

Nicholson Baker

VOX

se

”

X

Lectulandia

Un hombre y una mujer que no se conocen y que viven en ciudades distantes conectan, cada uno por su lado, con una línea telefónica donde varias personas charlan libre y descaradamente.

El hombre y la mujer se gustan por la voz, por la actitud, y deciden pasarse a una línea privada.

Lo que se pone en marcha es un fascinante proceso de mutua seducción.

El lector, como escuchando lo que no debería, va de asombro en asombro, mientras *él* y *ella* desgarran todos los velos del pudor, situando en la máxima pasión el flujo ansioso de su charla.

En el transcurso de una sola conversación, *él* y *ella* fantasean sin traba alguna, intercambian pasados éxitos, modifican el nombre de las cosas «privadas», se hacen pasar vergüenza, se hechizan, se despliegan.

Es decir: vuelven a inventar el sexo.

Divertida, original, tierna, excitante, **Vox** refleja como ningún otro libro todo el erotismo de nuestro tiempo.

Un clásico inminente.

Lectulandia

Nicholson Baker

Vox

ePub r1.0

Titivillus 27.03.18

Título original: *Vox*
Nicholson Baker, 1992
Traducción: Ramón Buenaventura
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

—¿Qué llevas puesto? —Preguntó él.

Ella dijo:

—Llevo una camisa blanca con estrellitas verdes y negras, y unos pantalones negros, y calcetines del mismo color que las estrellitas verdes, y un par de zapatos de lona negra que me compré por nueve dólares.

—¿Qué haces?

—Estoy tumbada en la cama, que está hecha. Cosa rara. Esta mañana la hice. Mi madre me regaló, hace unos meses, una colcha de gusanillo, idéntica a las que teníamos en casa, y hoy me entró mala conciencia, porque aún no la había estrenado y estaba sin desdoblar, así que esta mañana, por fin, hice la cama y la puse.

—No sé qué es el gusanillo —dijo él—. ¿Algo como de seda?

—No, es algodón. Gusanillo de algodón. Tiene unos nudos pequeñitos, haciendo los dibujos de toda la vida. Igual que en los hostales de cama y desayuno.

—Ah, menos mal, borlitas haciendo dibujos. Qué alivio.

—¿Qué alivio por qué? —Preguntó ella.

—Porque la seda tiene algo... Se le vienen a uno a la cabeza esos servicios de compañía femenina que ponen anuncios escritos con falsa letra del siglo XVIII... *Para caballeros bien informados...* Cosas por el estilo. O *Deliquios Íntimos*. ¿Conoces el catálogo ese?

—Lo recibo todas las semanas.

—Pues es como un diluvio. Filigranas de encaje, dibujos de Aubrey Beardsley; no, gracias. Todo lo que se me ocurre es, mire, señora, esos pantaloncitos de seda que lleva usted, tan ajustados, van a acabar por manchársele.

—En eso tienes razón —dijo ella—. Una vez me regalaron un picardías la mar de exótico, no de *Deliquios*, pero en la misma línea, todo de seda con lacitos. Y yo, bueno... Me pongo muy muy húmeda cuando me excito, la verdad, casi le da a una apuro... Y, claro, el picardías quedó hecho una sopa. El que me lo había regalado me dijo: «Pues qué más da, te lo pones una vez y luego lo tiras». Pero yo pensé que a lo mejor me apetecía volver a usarlo. La seda es muy agradable de llevar, ya sabes. De modo que lo llevé a la tintorería. No lo mencioné expresamente, lo metí entre un montón de ropa de diario. Me lo devolvieron con una etiquetita en que había un bailarín con cara de tragedia y con sombrero, que decía: «¡Lo siento! —Sabes, ¿no?

—, hemos hecho todo lo posible, hemos tomado medidas extraordinarias, pero las manchas de esta prenda no acaban de quitarse». La miré, y era rarísimo, había cinco manchitas como puntos, de forma ovalada, pero no donde mi humedad, sino más arriba, por delante.

—Qué extraño.

—Y el del regalo ni siquiera se había corrido encima de mí. Lo hizo en otro sitio, de eso, por lo menos, estoy segura. De modo que lo que yo pienso es que alguien de la tintorería...

—¡No me digas! ¿Y sigues llevándoles cosas?

—Bueno, es que me pillan muy a mano.

—¿Dónde vives?

—En una ciudad del este.

—Ah. Yo vivo en una del oeste.

—Qué bien.

—Está muy bien —dijo él—. Desde mi ventana veo una farola con muchos agujeros de escarpia, de los del servicio de mantenimiento. Quiero decir que es un poste de madera, como los de teléfonos, pero con alumbrado público...

—Claro, claro.

—Y casas. La farola es fotoactiva, y verla encenderse es una de las cosas más bonitas que hay.

—¿Qué hora es allí?

—Eeeh... Las seis y doce minutos —dijo él.

—¿Todavía no está oscuro?

—No. ¿Y allí?

—No del todo —dijo ella—. Para mí es como si no fuera verdaderamente de noche, mientras las lucecitas de mi sintonizador estéreo no son lo más brillante de la habitación. Bueno, no es eso exactamente, claro, pero ¿a que suena bien? ¿Con qué mano estás sujetando el teléfono?

—Con la izquierda —dijo él.

—¿Y qué haces con la derecha?

—En este momento, tengo los dedos puestos en la tierra de una maceta que me regalaron. La planta está un poco pocha. Estoy como removiendo la tierra con los dedos.

—¿Qué planta es?

—No me acuerdo —dijo él—. En la tierra hay incrustados varios guijarros pulidos. Ah, sí, espera, acabo de encontrar la etiqueta. No, no, es la del precio. Una misteriosa planta anónima.

—No me has dicho qué es lo que llevas puesto tú —dijo ella.

—Llevo... Llevo una bata, y chanclas con la suela azul y la tira de sujeción roja. Para mí es una novedad, esto de llevar chanclas. Quiero decir que empecé a llevarlas cuando me vine a vivir aquí. Son estupendas por la mañana, al despertarse. Los fines

de semana me las pongo y voy a la esquina a comprar el periódico, y te da una cosa con la tira de goma, justo en la entropierna de los dedos... Vamos, que te deja como un reloj para empezar el día. Es como meter el pie en la brida.

—¿Eres de los que se pirran por los pies? —preguntó ella.

—No... No... No... no... no... no... no... no. ¿Con las mujeres? No. Los pies de las mujeres son neutrales. Casi como los codos. Para *mí mismo*...

—¿Qué haces para ti mismo?

—Bueno, lo hago muchas veces, cuando estoy a punto de correrme, me viene como un impulso de levantarme sobre la punta de los pies. Es cosa de tensar todos los músculos de las piernas y, ya sabes, los del culo: los nervios se comunican entre ellos, y resulta como si estuviese corriéndome con las piernas. Por otra parte, a veces, cuando lo hago, tengo la impresión de ser uno de esos catedráticos de instituto que dan saltitos sobre la punta de los pies, o como una especie de demagogo que se pone de puntillas y ruge algo relativo al destino.

—Y luego, en lo más alto de la remontada, te corres en un pañuelo de papel.

—Sí.

—Las cosas que puede uno hacer por culpa del amor. Un médico que conocí una vez me dijo que le gustaba hiperventilarse mientras se masturbaba, como los perritos. Me lo explicó muy científicamente. Me dijo que la hiperventilación hace que se reduzca la cantidad de calcio ionizado en sangre, alterando la conductividad neurológica, y patatín y patatán. Una vez probé. El médico decía que cuando ya estás a punto, después de mucho jadear, ohí, ohí, hay que hacer una cosa llamada Valsava, o sea respiras y te aprietas la garganta para que no salga el aire, con *fuerza*, y si lo haces bien tienes un orgasmo de perder el sentido, con estremecimientos en las extremidades, en la raíz del pelo, en los dientes, no sé, todo el aparato. A mí nunca me salió muy bien la técnica, pero él era un tipo enorme, con unas barbasas tremendas, y unos brazos tremendos, le encantaban las albóndigas en conserva, con esa grasaza color naranja... Y era un tipo tan grande y tan inocentón, incluso tímido, que figurármelo jadeante...

—Con los ojos fruncidos y a medio cerrar.

—Sí, y encorvado sobre su órgano masculino, aunque te diré que nunca logré imaginarme su órgano masculino; pero figurármelo jadeando intencionadamente, con todas sus ganas, tragando saliva, no ha dejado de contribuir a algún buen momento mío.

—Huyuyuy. ¿En esa misma cama?

—En esta misma cama.

—Pero sin la colcha de gusanillo.

—Sin la colcha de gusanillo, que, por cierto, me está poniendo perdidos de pelusa los pantalones, mm, mm, mm, fuera de aquí todas. Fíjate tú: a lo mejor habría resultado más práctica una de esas colchas de seda de Deliquios, con todo lo pretenciosamente sexis que son.

—Bueno, sí, no creas que no me doy cuenta de lo sexis que pueden resultar las cosas de Deliquios —dijo él—. Los ligueros y demás. No es que me hagan mucho efecto, la verdad es que todo ese toque victoriano de afectación retorcida más bien me descoloca un tanto, pero no por eso dejo de admitir que cuando empezaron a llegarme los catálogos, uno tras otro, semana tras semana, principios de otoño, mediados de otoño, finales de otoño, ese flujo persistente de mujeres a medio vestir que me inundaba por correo, en un papel tan caro, con los labios como recién picados por una avispa, y demás, sí que me llamó la atención.

—Ya lo vas reconociendo —dijo ella—. Los modelos masculinos también son guapísimos.

—Bueno, sí, pero en lo que a mí respecta no era por los camisoncitos ni los camisoncinites ni nada de eso. De hecho, mira, te voy a decir lo que era. Era una foto de una mujer con un blusón de color verde, tumbada de espaldas, con las piernas al aire, cruzadas por los tobillos, y enseñando los pantis. No negros. Aquella foto, bueno, me puso en trance. Me acuerdo de llegar a casa del trabajo y quedarme sentado en la cocina, estudiándome la foto, durante... lo menos diez minutos, leyendo la breve descripción de los pantis, mirando otra vez la foto, leyendo, mirando, leyendo, mirando. La chica tenía unas piernas larguísimas. Pero, claro, ¿había alguien a quien yo pudiese regalarle unos pantis así? Pues no, la verdad. No en aquel momento. Eran de punto, algún tipo de punto, de gusanillo no, desde luego. ¡De malla! Ahí estaba, con esos pantis de malla, color verde cremoso. Es que, mira, a mí me resulta mucho más excitante decir «pantis» que decir «medias», a secas. Bueno, total, fui a la salita y puse el teléfono en el suelo y me tumbé junto a él, estudiando la foto, hojeando el resto del catálogo, pero volviendo una y otra vez a aquella imagen en concreto, hasta que empezaron a cansárame los brazos de tanto sostener las páginas en el aire, y me lo coloqué boca abajo encima del pecho. Entonces entré en una situación de puro arrobó, moviendo la cabeza hacia atrás y hacia adelante, sobre la alfombra. Si mueves la cabeza hacia atrás y hacia adelante, en el suelo, normalmente se te incrementa cualquier sensación de asombro o de encanto por la que estés pasando. Pero no llegan a estremecésete las extremidades, desgraciadamente.

—No.

—Y tampoco como demasiadas albóndigas en conserva. Bueno, sí, no es que no me gusten de vez en cuando, con champiñones... Solo estoy tratando de diferenciarme de... ¿comprendes?

—Ah, no te preocupes —dijo ella—. Tienes un acento completamente distinto, y una voz... Una voz convincente.

—Me encanta oírlo. Estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo, cuando llamé. La temperatura me bajó quince grados mientras me decidía o no me decidía a marcar el número.

—¿Sí? ¿Dónde viste el anuncio?

—Ah, en una revista masculina.

—¿Cuál? —dijo ella.

—Da un poco de vergüenza, aunque parezca mentira. *Juggs*. La revista *Juggs*, «tettas». Y tú ¿dónde viste el anuncio?

Hubo una pausa.

—*Forum*.

—¿Qué decía tu anuncio? —preguntó él.

—Espera que lo mire —dijo ella—. Hay un hombre y una mujer, dibujados a línea, cada uno con su teléfono en la mano, y la cabecera dice A TODAS HORAS. Me llamó la atención el dibujo.

—Lo he visto —dijo él—. No se parece en nada a mi anuncio. El mío lleva la foto en color de una mujer con el cordón del teléfono alrededor de la pierna y como tapándose el pecho con un brazo, y encima del número de teléfono hay una cabecera que dice HAGA USTED QUE SE CUMPLA. Pero sí que hay algo en este anuncio, no sé, con más clase que en los demás; es el conjunto, la tipografía que usan para el número, a pesar de la consabida imagen de mujer con teléfono; y pensé que a lo mejor atraía a un tipo distinto de interlocutor. Aunque, caramba, el cachonderío alcohólico del principio, con todos estos tíos en la línea, cuando empezaste a hablar, no era precisamente una charla de cóctel con canapés de pepino. Aquel tipo que no dejaba de interrumpir... «¿Te gusta que te hinquen la estaca gorda? ¿Cómo tienes de oscuros y de grandes los pezones?». Pero también es verdad que no llama uno para charlar como en un cóctel.

—No me molestaría, dejando aparte el pepino de los canapés. Pero mejor no. En fin, de todas formas, aquí estamos tú y yo, «frente a frente», como dicen, en la famosa «fiesta privada» de fibra óptica.

—Muy cierto.

—Sigamos, entonces —dijo ella—. Me decías que estabas en el suelo, moviendo la cabeza hacia atrás y hacia adelante.

—Ah, sí, bien: estaba en el suelo con el catálogo boca abajo encima del pecho, en estado de trance por culpa de los pantis, cuando se me formó en la base del cerebro una noción excitantemente pecaminosa. Me vi a mí mismo haciéndome una pera mientras encargaba aquellos pantis, era concretamente una visión de, una visión...

—¿De qué?

—De estar en la bañera, pero hablando por teléfono con Deliquios, con la encargada de los pedidos, que tiene, ya sabes, una vocecita toda cándida, y usa una permanente que no le sienta bien pero que resulta adorable en su exceso de rizos, y la voz un poquito gangosa, y una carita sin expresión, y unos vaqueros recién pasados por la lavandería, y unos calcetines preciosos, pero probablemente lleva las más selectas «braguitas abrasadoras» comercializadas por Deliquios, con un galón de blonda en el montículo del pubis, que se las habrá comprado con descuento especial para empleados de la casa; mientras, yo estoy en mi bañera, lo cual es ridículo,

porque nunca me baño, pero estoy en mi bañera, moviéndome con muchísimo cuidado, para que ella no oiga ningún chapoteo del agua para arriba o para abajo y se dé cuenta de que me he llevado el teléfono portátil al cuarto de baño y de que estoy medio sumergido; y entonces dice: «Si no le importa, voy un momento a comprobar si tenemos en almacén lo que usted pide, señor»; y aprovecho la pausa para arquear el cuerpo por encima del agua y poner mi Werner von Braun directamente en línea con el teléfono, para que la chica lo vea o perciba sus vibraciones, y en el momento en que ella dice: «Sí, señor, sí tenemos los pantis de malla color helecho», yo me corro en perfecto silencio, poniendo cara de feroche.

—Qué espanto.

—Ya, pero, no sé, es que estaba ahí, tumbado en el suelo de la salita. No suelo tumbarme en el suelo de la salita.

—¿Estabas... estabas jugueteando contigo mismo mientras imaginabas todo eso?

—¡Por supuesto que no! Tenía una mano en el teléfono, sin hacer más que *toquetear* las teclas de los números, como incitándolas, y la otra mano yacía sobre el catálogo que tenía boca abajo encima del pecho. Total: que me daba corte encargar unos pantis para mí, porque la chica de los pedidos lo mismo me tomaba por transexual, y yo de eso no tengo un pelo; lo que practico es la telefonía clitorica.

—Lo que practicas es la telefonía obscena.

—Exactamente. Y me puse a darle vueltas a ver si se me ocurría para quién encargarlos, y me acordé de una compañera de trabajo, una mujer muy agradable, otros dirían corriente y moliente, pero muy agradable, que una vez nos dejó de piedra, a mí y a otro tío, contándonos una historia que era como si se le acabara de ocurrir en aquel momento, unos amigos suyos que celebraban la boda, con un montón de invitados, en un museo, y llegan unos ladrones, con furgoneta y todo, y se meten marcha atrás y cargan todos los regalos de boda y se largan con ellos.

—¿Tenían los regalos en exposición? —preguntó ella.

—Sí.

—Pues entonces fue culpa suya.

—Y bien que se vieron castigados. Total, que uno de los regalos, según nos dijo esa compañera mía de que te hablo, era un cabestrillo sexual de esos que se cuelgan del techo con un perno, creo, y la mujer queda...

—Sí, ya sé —dijo ella.

—Y mi compañera no paraba de hacer chistecitos sobre lo difícil que tenía que haberles resultado a los ladrones que algún perista les comprara el cabestrillo, conque me vino a la memoria el modo en que hablaba de aquel artilugio tan extraño y me entraron ganas de encargarle los pantis, y que un día llegara a casa del trabajo y exclamara: «Huy, ¿qué será esto? Un paquetito de Deliquios que viene a mi nombre». Y que lo abriera y que sacase el envoltorio de plástico con los pantis dentro, y se quedara con el albarán de entrega en la mano, y que yo hubiera conseguido convencer a la chica de los pedidos para que mi nombre no figurara en el albarán.

—Claro.

—De modo que ahora ya sabe que tiene un admirador secreto. Y en el comprobante de empaquetado hay algo impreso que dice, todo en abreviaturas, 1 PAR PNTS MLLA, HCHO, TM, \$12.95, y me la imaginaba mirando el comprobante de empaquetado y pensando, «bueno, qué caramba, lo menos que puedo hacer es probármelos a ver si me valen».

—No, no, espera —dijo ella—. Lo que le llama la atención... Lo que de veras le llama la atención es...

—Dímelo tú —dijo él.

—Es que en el comprobante de empaquetado, encima del uno de «un par de pantis», hay una *marca de revisión*, en lápiz grueso.

—Efectivamente, eso es.

—Y ella mira atentamente la marca y se imagina que la ha hecho una mano de hombre, una mano sorprendentemente refinada, porque ha habido una huelga en el almacén de Deliquios y la dirección ha tenido que contratar a los modelos del catálogo, por razón de urgencia, para que ocupen el puesto de las recogedoras y las estuchadoras normales, que, claro, son en su mayoría unas buenas señoras procedentes de Laos. Y estaban justo en mitad de una sesión fotográfica para el catálogo, todos esos modelos, cuando se desencadenó la huelga, de modo que todos llevaban exactamente lo que tenían puesto para la sesión, es decir calzoncillos estampados color berenjena, y batas Henri Rousseau, pijamas Erté, y cosas por el estilo, pero no les dio tiempo de cambiarse, los metieron descalzos en el gigantesco almacén, porque la compañía estaba bombardeada de pedidos. Abril era su mejor mes. De modo que... Un modelo recoge el formulario de pedido de tu compañera de trabajo, y lo examina, y lee el nombre... ¿Cómo se llama?

—Jill.

—Lee el nombre: Jill Smith, y coge el formulario y lo arruga contra el rábano que lleva empotrado en los calzoncillos de fular, y se lo pasa al siguiente modelo, un campesinazo encantador con las tetillas muy raras, como ranuras, y este lo alisa, lo examina, euuu, Jill Smith, aprieta los mofletes del culo, y se lo pasa al chico siguiente, que lo vuelve a alisar, lo examina, lo muerde por un ángulo y se lo pasa al chico de al lado, y así sucesivamente a todo lo largo de la fila de modelos, cada uno más ancho de espaldas que el otro, y con más músculos en el estómago, hasta que el formulario llega al último de todos, que se ha quedado dormido en una púa de la horquilla mecánica, y que es un hombre mucho más ligero, con un cuello muy bonito, donde se le ve latir blandamente la yugular, que dan ganas de comérselo, y, claro, cubierto con un taparrabos de muaré verde, que se le hunde en la carne y se le sube, empujado por la púa de la horquilla mecánica. El hombre se levanta, se relame los labios, soñoliento, examina la hoja de papel, se sube a la horquilla mecánica y se aleja, zigzagueando, camino de la lejana bóveda en que se guardan los pantis de malla.

—¿Qué más?

—Llega a una montaña de cajas marcadas HELECHO, e introduce la horquilla en el palé más alto, y lo levanta, vrrrrr, lo baja, y lo descubre...

—Con el pito, seguramente.

—No, qué va, con sus fuertes y refinadas *manos* —dijo ella—. El precinto adhesivo hace *¡pap!, ¡pap!, ¡pap!* Cuando él abre de par en par la robusta caja, desgarrándola. Pero, ya que lo mencionas, sí, cuando se inclina para buscar en lo más hondo de la caja, dentro de la cual hay... una tonelada métrica de pantis de malla, el borde del cartón le aprieta el pito, se lo aprieta cada vez más, hasta que empieza a salirse por encima del elástico del taparrabos. Y el chico se sube otra vez en la horquilla, se pone los pantis en el regazo y regresa. Bueno, pues mientras estaba fuera, los otros modelos, Cipo, Cipete, Ciporrón y Cipotón, todos heterosexuales, por supuesto, han permanecido en fila, esperándolo, y pensando en la tal Jill Smith con los pantis puestos, y ahora los dinguilindones empiezan a ponérseles duros de verdad, y el pobre del conductor de la horquilla, con todo su sueño, y a lo mejor porque es él quien transporta los pantis, las pasa canutas para apearse del vehículo, porque ahora tiene una erección descarada, y se le ha puesto tan grande y tan maciza, que se le está saliendo en ángulo recto por encima del taparrabos. Ocupa su lugar en la fila de modelos, con el rabo balanceándosele ligeramente, y se lleva los pantis a la cara, exhalando el aire a través de ellos. Luego inclina la cabeza, agarra un lápiz con la punta sorprendentemente afilada, y pone una marca de revisión encima del número uno del comprobante de empaquetado. Le pasa este al modelo de al lado, y conste que a estas alturas todos ellos han superado la vergüenza y están todos ahí parados, en fila, con los diversos órganos adelantados en diversos ángulos, asomando por los diversos ropajes y calzoncillos y tangas. De modo que el chico de la horquilla le pasa los pantis al chico de al lado, que se hace cargo de ellos de un modo casi ritual, y se los enrolla alrededor del rabo, un par de vueltas, pega un fuerte tirón, y luego los desenrolla y pone una marca de comprobación justo encima de la marca que su compañero había puesto antes sobre el número uno del comprobante de empaquetado. Y le pasa los pantis al chico de al lado, que también se los enrolla en torno al rabo, con muchas vueltas, porque lo tiene *larguísimo*, y pega un tirón, y pone su marca justo encima de las anteriores. Y así sucesivamente, uno por uno, toda la fila, enrollar, desenrollar, marcar, y el último chico pliega los pantis con una habilidad y una presteza que casan mal con los enormes antebrazos que tiene, y los mete en un envoltorio todo de plástico, y pone la última marca sobre el número uno, de modo que ahora parece que hay solo una marca, hecha con un lápiz con la punta roma, cuando en realidad hay *nueve* marcas de comprobación. Y así, todos juntos, tarareando al unísono «Los remeros del Volga», sellan el envoltorio dirigido a Jill Smith y se lo envían.

—Bueno, pues a lo mejor fue eso lo que pasó *de verdad* —dijo él—. Aunque no, en realidad no había huelga ninguna en Deliquios el día en que yo llamé. Tenían el

ordenador parado, eso sí.

—Ah, bueno, de modo que *sí* que llamaste —dijo ella—. Qué malo eres. ¿Estando en la bañera?

—No, la verdad es que al final me pareció demasiada molestia. Llamé desde el suelo de la salita. Primero me puse en un respetable grado de calentura, y luego marqué el número con el 900 delante...

—Muy bien.

—Contestó una mujer, diciendo algo así como «Buenos días y bienvenido a Deliquios Íntimos; habla usted con Clitoricia. ¿En qué podemos servirle?». Tenía una voz juvenil y aguda, exactamente la clase de voz que me había imaginado. Y resulta que el señor consejero delegado del esperma se me bajó instantáneamente de catorce pulgadas y media a menos de tres. Que era lo contrario de lo que se pretendía. Le dije lo que pensaba pedir y ella me contestó que tenían el ordenador parado, pero que tomaría el pedido «a mano», ¿te das cuenta? ¿Cómo es posible que no fuera lo suficientemente crápula como para salir en seguida con algo provocador? Aunque hubiera sido algo elemental, del género de «Ay, cariño mío, espero que *todo* me lo tomes a mano». Pero no, lo que dije fue: «Lo siento, señorita, créame, no pretendía causarle tantas molestias». Le di mi dirección y el número de la tarjeta, y ella me dijo: «Ya he tomado nota, señor. ¿Desea usted hacer algún otro pedido en el día de hoy?». Yo dije: «Bueno, estoy muy indeciso; sí que hay otra cosa que me gustaría encargar para la misma persona, unas braguitas de lo más sencillo, pero estoy muy indeciso». Y añadí: «Por ejemplo, ¿ve usted eso que llaman *minimes* de Deliquios, en la página treinta y ocho? ¿Lo ve? ¿Tiene usted el catálogo delante?». Ella dijo que sí. Yo dije: «Muy bien. Pero no veo muy bien la diferencia entre los *minimes* y las *pantaloncitos nadja*, en la página, sí, en la página cuarenta y seis. A simple vista parecen idénticos». Ella dijo: «Un momento, por favor», y al oírla pasar las páginas del catálogo hice un último y gallardo esfuerzo por meneármela, porque la idea de tenerla ahí, mirando atentamente todas aquellas fotos de señoras en braguitas ligerísimas y pequeñísimas, con la oscuridad del pelo púbico transparentándoseles a través del tejido, al mismo tiempo que yo, al otro lado del hilo, miraba aquellas mismas protuberancias de pelo púbico tan acariciables... con imaginármelo habría tenido que bastar para correrme sin más demoras, pero no sé, a la chica se le notaba tanta buena intención en la voz, y había tan pocas probabilidades de que le gustase lo que yo intentaba hacer, si llegaba a darse cuenta... Quiero decir que seguramente no le apetecería trabajar en un sitio donde los hombres llamaban por teléfono y encargaban determinadas mercancías solo para poder... ¿Comprendes? No era eso lo que tenía en mente al entrar a trabajar en Deliquios, o por lo menos no era lo que tenía en mente cuando por fin me dijo: «Mire, es que los pantaloncitos nadja suben un poquito menos por la cadera», frase que habría bastado para que cualquier cascapollas se corriera con toda facilidad, porque ¿en qué nos hace pensar? Nos hace pensar en su propia cadera, en la de ella, nos hace pensar que los pantaloncitos nadja

suben por *su propia cadera*. Pero ni así pude sostenerla y no enmendarla. Conque dije: «Bueno, no, gracias, vamos a ver cómo le quedan los pantis, y luego encargo los *minimes*». Y una semana más tarde era el afortunado poseedor de un par de pantis. Todavía los tengo sin abrir. Dame tu dirección y con mucho gusto te los haré llegar.

—¿Por qué no se los diste a Jill? —preguntó ella.

—Pues por un millón de razones. Pero todavía no he acabado. Cuelgo de hacer el pedido e instantáneamente se me pone dura otra vez, por supuesto, y tras pensármelo un segundo pulso la tecla de repetición automática de llamada y contesta una mujer diferente, con la voz mucho más grave y más dispuesta, diciendo que se llama Vulva, o algo parecido; y yo le digo: «Mire usted, Vulva, querría hacerle una pregunta tal vez poco ortodoxa, pero no tiene usted por qué contestar si no lo desea. Siento curiosidad por saber si entre los hombres que llaman para pedir algo de su catálogo hay alguno que, de un modo sutil, o quizá no tan sutil, esté de hecho realizando una llamada obscena». Ella, riéndose, me dijo: «Buena pregunta». Y luego vino una pausa muy larga, larguísima. Yo dije «¿oiga?» y en ese mismo momento comprendí que acababa de fastidiarla, que el tono del ¿oiga? Traicionaba mi tensión sexual, eliminando toda posibilidad de tender un puente entre Vulva y yo. Y la verdad es que la primera pregunta sí que me había salido toda natural.

—¿Te dijo ella algo?

—Se limitó a decirme, con voz más administrativa, aunque todavía amistosa: «Me parece que no voy a contestar a su pregunta». Y yo le respondí: «Vale, de acuerdo, por supuesto». Y ella dijo: «Adiós». No «a su servicio», o algo así, fíjate, sino simplemente adiós, tolerándome aún un vestigio de complicidad más o menos divertida. Si hubiera dicho «a su servicio», me habría hundido en la miseria.

—¿Qué hiciste a continuación?

—Me incorporé, encargué una *pizza* y me puse a leer el periódico. Total que, ya ves, en realidad no me dedico a hacer llamadas obscenas. No soy capaz de sofocar un orgasmo.

—Ja ja. Yo sí —dijo ella.

—¿Sí? Bueno, físicamente sí que lo consigo.

—No, si ya te entiendo.

Hubo una pausa.

—Oigo cubitos de hielo —dijo él.

—Coca Cola *Light*.

—Ah. Cuéntame más cosas. Háblame de la habitación en que te encuentras. Descríbeme la concatenación de acontecimientos que te ha llevado a marcar este número.

—De acuerdo —dijo ella—. Ya no estoy en el dormitorio. Estoy sentada en el sofá del cuarto de estar guion comedor. Tengo los pies encima de la mesa de centro, lo cual habría sido imposible ayer, sin ir más lejos, porque la mesa de centro estaba abarrotada de correo y cosas del trabajo, pero ahora sí es posible, y toda la habitación,

todo el apartamento, está impecablemente ordenado. Hoy dije que estaba enferma, sin estarlo, algo que todavía no había hecho nunca en mi trabajo actual. Llamé a la recepcionista y le conté que tenía fiebre. Mientras le mentía lo pasé fatal, pero, oye, qué sensación de libertad, al colgar el teléfono. Y no he salido del apartamento en todo el día. Me he limitado a organizar mi entorno más inmediato. He recogido, he pasado el aspirador y he sacado toda la plata heredada (tres juegos distintos, muy incompletos) y la he puesto encima de la mesa del comedor. Luego me quedé mirándola y consideré seriamente la posibilidad de ponerme a limpiarla. No llegué a tanto, pero estaba bonita, ahí distribuida, un semicírculo de tenedores, otro más pequeño de cuchillos, cuatro cucharones, unas cuantas cucharitas de sal, diminutas, y un reducido grupo de novedades, como los tenedores para ostras. Ninguna cucharita de café. Un tenedor de la cubertería de mi abuela se cayó una vez en el lavaplatos, estando yo de visita en su casa, y la hélice del fondo lo dejó todo rayado. Alguien en el trabajo me ha hablado de un joyero que arregla piezas de cubertería, de modo que tengo en mente llevarle el tenedor ese para que lo repare. Y ahí lo tengo, preparado. También he juntado todos los collares rotos que tenía, ordenando las cuentas por colores. No había mañana en que no me agarrase una tremenda depresión, viendo todos esos collares revueltos en la mesa de noche. Ahora, ahí están todas las cuentas, listas para volverlas a enfilar. Las de color rosa en un sobre, las verdes en otro, y las polícromas, que son venecianas, en otro. Las tengo encima de la mesa del comedor, para llevarlas.

—¿El mismo joyero que recompone cubiertos de plata se dedica también a enfilar collares?

—¡Sí!

—¿Cómo fue que se te rompieron los collares?

—Tienden a romperse por las mañanas, cuando se me hace tarde y me tengo que vestir a todo meter. Se enganchan. El de jade, que es mi preferido, y que me lo regaló mi padre, se enganchó en la puerta del microondas, porque me agaché a recoger del suelo un papel y me levanté con demasiada prisa, y resulta que el microondas estaba abierto. Esta ha sido la última tragedia. Y, por supuesto, otro collar me lo arrancó del propio cuello el niño de mi hermana. Pero todos se pueden reparar, y serán reparados.

—Buena medida.

—Total, que el apartamento está transformado, pero de verdad, no solo por encima, sino con nuevas bolsas reservadas al orden, en su interior. No me duché hasta por la tarde, y *no* me masturbé, porque lo de haber dicho que estaba enferma ya me daba la sensación de ser una delincuente, y ahora quería mantenerme en la virtud y la pureza durante el resto del día. Cené temprano, con galletas saladas Carr y queso de untar y encima unas rebanaditas de pimientos rojos dulces, *kósher*, deliciosos, y *tampoco* puse la tele, sino el tocadiscos, que apenas si lo había utilizado en los últimos tiempos. Es un tocadiscos de mucho capricho.

—¿Sí?

—Me vino a costar unos mil cuatrocientos dólares —dijo ella—. Se lo compré a un amigo que lo vendía para comprarse otro, todavía más de capricho. Una verdadera locura. El tío me tenía enganchadísima. Le gustaban los Thomson Twins y la S.O.S. Band y, huy, ¿qué otros grupos había que le gustaban tanto? Uno era la Gap Band. Midnight Star. Y Cameo. Hace ya tiempo. No era un tío especialmente listo, de hecho era un tío muy corto de alcances, pero te llegaba a contagiar su convencimiento de que la música que a él le gustaba nos tenía que gustar a todos, solo con que la escuchásemos bien. Y era guapo. Me pasé cosa de cuatro meses, mientras me tuvo en sus garras, escuchando de veras todas esas cosas. Renuncié a mi vida por ello. Yo, en cuanto a gustos musicales, me paré en el colegio, en los Beatles, pero en los Beatles de los primerísimos tiempos. De hecho, para que una canción me gustara tenía que terminar en un acorde, comprendes, sin ir perdiendo volumen poco a poco.

—Y entonces conociste al tipo ese —dijo él.

—¡Exactamente! —dijo ella—. A él solo le gustaban las canciones que iban perdiendo volumen poco a poco, o, vamos, apenas si le gustaba ninguna otra. Así que me hice experta en el asunto. Me compré casetes. Las ponía altísimas, con los auriculares, y las escuchaba con toda la atención del mundo, tratando de captar el momento exacto en que el tío del estudio empezaba a bajar el botón del volumen, o como se diga. A veces iba yo subiendo el volumen a la misma velocidad a que él lo bajaba (quiero decir: a la misma velocidad que la mano fantasmal del productor del disco), y así conseguía que el sonido se mantuviese en el mismo plano. Entraba en una especie de trance, como tú en la alfombra, pensando que mientras yo siguiera subiendo (y conste que tengo un amplificador potentísimo) la música no pararía nunca, seguiría sonando indefinidamente. Y resulta que lo que al principio había considerado una especie de desviación artística, un intento de dar a entender, pues eso, «somos una panda de gente inconmensurablemente creativa que nos tiramos toda la noche tocando, hasta que el bueno del productor no tiene más remedio que cortarnos el volumen, para que no le llenemos el disco entero con una sola canción monstruo», todo eso se me convirtió en una especie, cómo te diría yo, en una especie de resumen de todas las esperanzas. La primera vez que lo noté fue en una canción llamada *Nadie en el mundo*, que era la canción que más le gustaba al individuo aquel que me volvía loca. *Nadie en el mundo me quiere más*. ¿La conoces?

—Qué bien cantas —dijo él.

—Qué va. Pero así va la canción, hasta que en un momento dado, hacia el final, cambia el modo en que la estás escuchando, porque de pronto se hace más importante la noción de que va a acabarse, hasta el punto de primar sobre los altibajos de la melodía, y aunque la cantante sigue cantando con la misma fuerza que antes, vamos, que se está desgañitando, está luchando por hacerse oír, es como si estuvieras oyendo la inevitable pérdida de popularidad del éxito, el modo en que va descendiendo por las listas, el ocaso de la cantante, a pesar de todas las cosas tan sutiles y tan hermosas que extrae del mismo puñado de notas de toda la vida, y justo cuando ataca la última,

la nota más alta, intrépida, esperanzada, llena de pasión, de todo lo bueno que hay en este mundo, entonces empieza a hundirse y está perdida.

—No, por favor, no llores —dijo él—. Me faltan los medios... Quiero decir que mi capacidad de consuelo no tiene tanto alcance.

Volvieron a sonar los cubitos de hielo. Ella dijo:

—Es que el tío me gustaba de veras. Todo lo que tenía de tarambana lo tenía de arrogante. Una noche fuimos a bailar y cometí el error de sugerirle, estando en la pista, que por favor se quitara el bolígrafo del bolsillo de la camisa y se lo pusiera en el de detrás. Y ahí se acabó todo: no volvió a llamarme.

—Será posible con el tío, y qué humos. Dime dónde vive y lo pongo a que vaya perdiendo volumen poco a poco, como la música. O le arranco de cuajo los brazos.

—No, ya lo tengo superado. Además, no era de eso de lo que quería hablar. El caso es que estaba aquí, con el apartamento maravillosamente ordenado, recién cenada, y vi el pedazo de sistema estereofónico este y lo puse en marcha, y el cielo se oscureció y las lucecitas rojas y verdes del receptor eran como boyas en el océano, o algo parecido, y empecé a ponerme como puedes imaginarte, toda triste, y al mismo tiempo feliz y resignada y cachonda, todo a la vez, mezclado, y de pronto llegué a la conclusión de que ya llevaba demasiado tiempo siendo virtuosa y que sin duda alguna tenía que masturbarme. Entonces me dije, alto ahí, espera un momento, Abby, no te vas a montar una sesión masturbatoria así, de cualquier modo: hoy tienes que esmerarte un poco, para redondear este día tan especial. De modo que fui a buscar un ejemplar de *Forum* que un día tuve el valor de comprar, hace ya tiempo. Me leí uno por uno todos los relatos y todas las cartas, y nada, ni por esas. De modo que me puse a mirar los anuncios, puede decirse que por primera vez. Y topé con el titular ese de A TODAS HORAS.

—HAGA USTED QUE SE CUMPLA.

—Exacto. Y me encanta el sonido de las pausas en las conversaciones a larga distancia, el ruido de fondo, como en las casetes. Pero resulta que no me apetecía hablar con nadie conocido. Y por eso, más o menos, es por lo que llamé. Ahora que he contestado a tus preguntas, dime tú algo.

—¿Qué prefieres oír? ¿Algo de verdad o algo imaginario?

—Primero me cuentas una cosa que sea verdad y luego otra que sea imaginaria —dijo ella.

—En cierta ocasión —dijo él—, teniendo yo como dieciséis años, o cosa así, estaba escuchando música con los auriculares, y tenía el receptor en el suelo de una habitacioncita contigua a la sala, vaya usted a saber por qué lo tenía en el suelo, supongo que porque mi padre estaría pintando la sala (sí, eso tiene que haber sido), y el cable de los auriculares era muy corto, pero a mí lo que me interesaba en aquel momento era aprender a bailar. Era invierno, quizá las ocho de la tarde, totalmente oscuro, y no había encendido la luz de la habitación. Y ahí estaba, tratando de aprenderme los movimientos, pero los auriculares me trababan al amplificador y tenía

que bailar completamente doblado, como siguiendo por el suelo el rastro de algún animal, aunque la verdad es que estaba en éxtasis: baila que te baila, sudando, sin aliento, batiendo los brazos... En un momento determinado me pasé de excitación y sacudí fuertemente la cabeza, hacia un lado, conque se me cayeron los auriculares arrancándome de paso las gafas... Pero yo tranquilo: bailé los movimientos necesarios para recoger las gafas y colocármelas de nuevo, y los repetí varias veces, asimilándolos. Y de pronto oigo: «Pero ¿qué es lo que estás haciendo, Jim?», con voz de horror. Era mi hermanita pequeña, que había oído todo aquel jadeo, en la oscuridad, y, claro, se había pensado que...

—Ya.

—Le dije: «Estoy bailando». Y se marchó. Seguí bailando un poco más, pero ya sin tanta convicción. Aquel año es que no paré un momento de darle al tocadiscos. No me pasaba lo que a ti, en aquel momento no estaba colgado por nadie. Me figuro que lo que me tenía colgado de verdad era el propio tocadiscos, francamente. Lo que hacía era imaginarme que la escala de megahercios era el perfil de una ciudad en la noche. Las marcas de FM eran los edificios, y las de AM eran su reflejo en el agua...

—Oye, bueno —dijo ella—, se supone que me tienes que contar algo de verdad, no que tú te imaginas.

—Sí, pero es que lo imaginario se confunde con lo verdadero, comprendes. Y el receptor tenía un pequeño señalizador móvil, iluminado de amarillo, y yo sabía dónde estaban todas las estaciones del dial, y le daba vueltas al botón y el señalizador amarillo iba deslizándose para arriba y para abajo, por todo el panorama de aquella ciudad radiofónica, como un taxi yendo por una amplia avenida del centro, y cada estación era un cruce, en un barrio de diversa composición étnica, y cuando llegaba a la señal roja que decía ESTÉREO a veces me entretenía un rato, pero otras hacía que el taxi se saltase el semáforo, atravesando todo el cartelito, que iba descomponiéndose a mi paso, hasta desaparecer. Y otras veces desplazaba el dial muy despacito, como quien maneja el volante de un coche, subiendo y subiendo, por los espacios de silencio que hay entre emisora y emisora, y de pronto entraba en la sintonía de una estación y brotaba la música, crepitante, una versión ardorosa y colorista de alguna canción que, por un segundo, sonaba muchísimo mejor de lo que yo sabía que era, como en los eclipses de sol, en el momento en que resulta visible la corona completa. Y luego iba deslizándome hacia el fértil valle de la propia emisora, que se extendía bajo mis pies, en estéreo, en toda una gradación de distancias medias y neblinosas.

—¡Eso es verdad! —dijo ella.

—¿Dices que es verdad? Pues mala cosa, porque entonces aún me queda algo imaginario que sacarme de la manga, ¿no?

—Me temo que sí.

—Pero es que a mí la imaginación no me funciona de ese modo —dijo él—. No se me levanta solo con chasquear los dedos. ¿De qué quieres que trate la cosa

imaginaria que tengo que contarte?

—Creo que... A ver, a ver: tendría que ser sobre mis collares y mis cuberterías, ya que las tenemos ahí, a nuestra disposición.

—Bien —dijo él. Hubo una pausa—. Érase una vez un tío que... Que necesitaba que le reparasen un tenedor. No, mira, no puedo. Lo siento. Dime tú alguna otra cosa.

—Te toca a ti.

—Antes necesito que me hagas más confiancias. Tiene que fluir una corriente de confiancias de ti para mí, hasta que quede cargado.

—Anda allá —dijo ella—. Inténtalo.

—Sí, pero no creo que se me pueda endilgar semejante tarea así, por las buenas. Soy un tipo la mar de pedestre. Tendré que atenerme a la verdad.

—Vale, de acuerdo, cuéntame la cosa o el hecho que te haya excitado más recientemente.

—La idea de hacer esta llamada —dijo él.

—No tan recientemente.

—Déjame pensar —dijo él—. El personaje ese de Walt Disney, Campanilla. Estaba saliendo del videoclub cuando vi un exhibidor de cartón anunciando *Peter Pan*, la versión de Walt Disney, en dibujos animados, que acaban de sacarla en vídeo, y al lado había un televisor pasando la película.

—¿Cuándo fue eso?

—Hoy, hará cosa de hora y media. Alquilé tres vídeos X.

—¿Y piensas verlos luego, esta misma noche?

—A lo mejor. O a lo mejor no. Iba a ponerlos al llegar a casa.

—Nada más llegar a casa.

—Tú lo has dicho.

—¿Sin cenar siquiera?

—Pasé antes por una pizzería.

—¿Qué *pizza* te comiste?

—Pequeña de anchoa y queso.

—De acuerdo. Así que llegas a casa con los vídeos...

—Eso. Y los coloco encima de la tele, me quito la ropa de trabajo, me pongo una bata...

—¿Nada más que una bata?

—Bueno, no, debajo llevo una camiseta de manga corta y ropa interior, claro.

—¿Qué ropa interior?

—Gris, blanca, en un tono así. Total, que salgo y veo el montón de vídeos X, todos apilados en lo alto del televisor, en sus cajas de color naranja. En la tienda usan cajas marrones para los vídeos normales, los de aventuras, los de comedia, los que muere hasta el apuntador, etcétera, y meten en una caja totalmente distinta, de color naranja, los vídeos para mayores. Es para evitar confusiones, con la cantidad de cuentos de navidad y de versiones porno de la Cenicienta que andan ahora por ahí.

Nunca había visto más de uno de estos vídeos en concreto, pero, por supuesto, sé muy bien lo que llevan dentro, y me parece estupendísimamente, apoyo la pornografía con todo mi entusiasmo. Pero resulta que de pronto vi de antemano mi propia excitación, en toda su crudeza, me vi pasando a todo meter las partes aburridas, en busca de una buena imagen, o por lo menos bastante buena como para correrme con ella, y el sonido del aparato de vídeo en avance rápido, ese ruido de robot industrial, y, total, que pensé: no, no, no, aunque en uno de los vídeos trabaje Lisa Meléndez, que está... que es encantadora, pensé que no, que no quería verlos tan en seguida. Menos mal que también me había comprado la revista *Juggs*, porque esa reacción anti naranja ya me había sucedido antes. Hay momentos en que apetece una imagen fija.

—Para eso está el botón de pausa —apuntó ella.

—Bueno, sí, pero salen unas rayas como de diente de sierra en la pantalla.

—Más ven cuatro cabezas que solo dos, como suele decirse. De todas formas, siempre tendrá mejor resolución una página de revista, supongo.

—Siempre —dijo él—. ¡Pero no queda ahí la cosa! No, de verdad, no te rías. No hay fotograma de película que tenga la calidad de una foto. La foto capta a la mujer en el momento en que sus dulcijas alcanzan la perfección de la expresividad, poniendo el alma al descubierto; o, mejor dicho, las respectivas almas, porque cada una tiene su propia personalidad. En las fotos, las mujeres tienen los pezones tan variados y tan comunicativos como los ojos, o casi.

—¿Qué es eso de las dulcijas?

—Bueno, es que a veces me gusta evitar lo de decir «pechos», o cualquiera de sus sinónimos más o menos jergales. Pero, como te estaba diciendo, no tienes más que fijarte en la pérdida de poder de provocación que se produce cuando pasamos de la revista *Playboy* al canal *Playboy* de televisión, exactamente con la misma chica, solo que en la tele se ven los movimientos entre pose y pose. Aunque la verdad es que no tengo el canal *Playboy*, de modo que lo capto con todos los rayajos y los cruces del circuito de codificación, y ando siempre saltando entre *Playboy* y los dos canales de uno y otro lado, porque a veces, justo al cambiar de canal, hay un momento en que la imagen resulta visible, y se capta un torso amarillo brillante, o una dulcija enterita, con su pezón al rojo vivo, que primero se tambalea, luego vacila y al final se desmenuza. Tengo observado que la codificación funciona peor cuando no se mueve nada en la imagen, es decir, cuando es una imagen televisiva de una imagen de revista, como si a la codificación le pasara lo mismo que a mí, que la dejasen anonadada las imágenes fijas, con su poderío. Una vez me quedé hasta las dos y media de la madrugada haciendo eso, saltando de canal en canal.

—Ya. ¿Y qué más?

—De acuerdo. Qué más. Estuve hojeando el *Juggs* todo nuevecito, con muchas expectativas, pero no sé... Resulta que la chica más sexi estaba en un ambiente de piscina, y a mí las piscinas me rebajan mucho el erotismo... Quiero decir, *en general*

me rebajan mucho el erotismo, porque ya te supondrás la enorme cantidad de ambientes de piscina que ha podido uno ver en las revistas, pero hay algo en eso de que sea un sitio público y al aire libre, al sol... Peor es un ambiente de playa, que me descoloca por completo... O sea, bueno, si estuviese desterrado en una isla desierta con nada más que unas páginas de una revista masculina donde se viera una mujer desnuda en una isla desierta, con las formas de la arena, artísticamente arriñonadas en torno a los cachetes del culo, pues a lo mejor renunciaba a mis principios y me masturbaba con ella... ¿Qué te parece la palabra?

—¿Masturbarse? Ni me gusta ni me deja de gustar.

—Vamos a inventarnos una palabra nueva —dijo él.

—Para mí misma, a veces lo llamo «hacerme tiritar un poco».

—Vale, sí, es una posibilidad. ¿Qué tal «tocar el violín»? La terminación en -in queda de lo más fino. No, pero mejor refoscacharse.

—Refoscacharse.

—Eso es. Mirando el *Juggs*, a pesar de tratarse del decorado de piscina, intenté refoscachármela, y había una foto en que la chica me miraba directamente a los ojos, tendida sobre una colchoneta amarilla, apoyada en los codos, y tenía las dulcijas tan en su punto de perfección y de belleza, con los pezones sin eruir, con unas aréolas blandas y tolerantes, que es lo que hace falta en una foto ambientada en una piscina, porque nada más ver un pezón erecto piensa uno en agua fría, sin excitación de ninguna clase. Por cierto: que te conste que no soy uno de esos desgraciados que andan merodeando por los supermercados, en la sección de pollos ultracongelados, en espera de que a las mujeres se les repunten los pezones con el frío. No me ponen ni siquiera mínimamente cachondo los concursos de camisetas mojadas, porque tengo que imaginar la correspondiente excitación en la mujer, y el frío es lo contrario del sexo. En todo caso, en los concursos de camisetas mojadas, a lo mejor logro convencerme de que la chica está utilizando el impacto del agua fría, los escarceos y los chorreones, para hacer posible algo que de otro modo no lo sería, y que la pone cachonda. O sea: que quiere enseñar los pechos, que está orgullosa de ellos, pero sabiendo muy bien que no es de las que se atreve a tirar para adelante y hacer un estriptis, o algo así, y el chapuzón en agua fría la distrae lo suficiente como para convencerla de que se trata de una diversión inofensiva... Así, y solo así, es como logro excitarme con un concurso de camisetas mojadas. ¿Comprendes?

—Me hago cargo. De modo que estás mirando a la chica de *Juggs*.

—Sí, y ella me devuelve la mirada, de una forma muy llamativa, con una expresión de mucho gozo y de mucha lucidez. Luego, sus codos ejercen auténtica presión sobre la almohada de la colchoneta amarilla, que parece como si fuera a reventar, y estoy a punto de hacerme a la idea de marcarme un refosco a ese compás, cuando resulta que no, que hay demasiadas cosas que desentonan: el fotógrafo la ha hecho peinarse con coleta, cogida con una especie de cintajo grueso de poliéster, color púrpura, y es un horror, lo de siempre, lo de toda la vida, los hombres

pretendiendo que una mujer de veintiocho años se convierta en una niña pequeña, imponiéndole esos iconos de adolescencia, la coleta, y, la verdad, ¿cuándo ha sido la última vez que has visto una chica joven con coleta? Por no mencionar, ya de paso, el hecho de que las chicas jóvenes también son un descolorido. De modo que ahí estaba esa mujer hermosa, atenta, adorable, de no menos de veinticinco años, y lo único que yo veía era al carapollas del fotógrafo tendiéndole la cinta de poliéster y diciéndole: «Vale, muy bien, ahora sujétate el pelo con la cosa esta». Y en ese momento comprendí que necesitaba hablar con una mujer real, sin imágenes de ninguna clase, ni avance rápido, ni pausa, ni fotos de revistas. Y ahí estaba el anuncio.

—Pero ya habías llamado antes a estos números, ¿verdad? —preguntó ella.

—Unas pocas veces, pero sin éxito ninguno. Y este número en concreto no recuerdo haberlo marcado antes: 2VOX.

—¿Qué quieres decir con lo de «éxito»?

—Que no me salió ninguna mujer con algo de chispa. Bueno, mejor dicho, que me salieron poquísimas mujeres, punto y aparte, excepto las pagadas por el servicio telefónico para dar charla sexual de modo mecánico y soltar un gemido cuando corresponda. Lo que suele salir es un hombre diciendo «oiga, ¿hay alguna dama a la escucha?». Pero también es verdad que de vez en cuando hay alguna verdadera mujer que llama. Y así, al revés que con las fotos, cabe al menos la remota posibilidad de que se produzca el encaje en algún momento. A lo mejor estoy pasándome de presuntuoso, pero creo que tú y yo encajamos, que existe la posibilidad.

—Sí.

—En cierto modo, es igual que la radio. ¿Sabes que nunca he entrado en una tienda a comprar un disco? Será por eso por lo que nunca he aprendido a apreciar la música que va perdiendo volumen poco a poco, tal como tú la describes, porque en la radio cada canción empalma con la siguiente, en fundido. Pero me parece a mí que es indispensable esa sensación de azar que se tiene oyendo música pop por la radio, porque al fin y al cabo de lo que se trata es de que alguien conoce a alguien, entre tropecientos millones de seres humanos que hay en el mundo, la única persona que le gusta, o una de las pocas personas que encuentra adecuadas. En cambio, si te compras el disco, o la cinta, eres tú quien controla en qué momento las escuchas, cuando lo que en realidad quieres es que sea como una lotería, como el destino, recorrer el dial para arriba y para abajo, buscando la canción que quieres, en la esperanza de que alguna emisora la esté emitiendo... Y qué intensa alegría cuando al fin aparece en un giro del botón. Haces algo más que oírla, es como si la cazaras al vuelo.

—Por otra parte —dijo ella—, si la cinta es tuya, con ello das muestra de algún discernimiento: sabes lo que te gusta, sabes cómo hacerte feliz, no te zambulles en un maremágnum de posibilidades fortuitas, esperando pasivamente que a algún *disc jockey* se le ocurra poner lo que a ti te gusta. De pequeño, tal vez, de pronto estás en un balcón, y hace solecito, y piensas: caramba, qué agradable es esto, y qué poco me lo esperaba. Pero ya de mayor piensas «sé que voy a experimentar determinado tipo

de placer cuando salga al balcón y me siente en esa silla, y es ahora cuando quiero sentir dicho placer».

—Bueno, muy bien, pues la razón por la que me puse en contacto con este número fue porque los placeres que andaba buscando hasta ese momento no me llenaban, y probé con la esperanza de tener suerte, de que surgiera la conversación...

—No me llegaste a decir qué pasó con la Campanilla de Walt Disney en el videoclub.

—Bueno, pues en la escena que vi, y era la primera vez que veía algún trozo de esa película de Disney, por cierto, y no te olvides de que andaba con el ánimo un poco alterado, ahí en la tienda, con mis tres películas naranja y mi revista para hombres en el maletín... Total, que en la escena de que te hablo Campanilla revolotea de un modo la mar de garboso, con mucho tiiing del xilófono y dejando una estela de lucecitas, y piensas: vale, la típica imagen del hada, bah. Y es diminuta, es una chica de clase acomodada, pero diminuta, no pasa de medio palmo. Una mujer insustancial, mágica, toda encanto waltdisneiano. Y de pronto ocurre. Se detiene en mitad del aire, y se mira, y tiene unos pechos muy pequeños...

—¿No quedamos en que no te gustaba la palabra pechos?

—Sí, tienes razón, pero a veces es la que mejor cuadra. Casi siempre, si quieres que te diga la verdad. Total, que tiene los pechos muy pequeñines, pero unas caderitas la mar de anchas, y unos muslitos la mar de anchos, y lleva un trajecito como rasgado o cortado en picos, que apenas si la cubre, y va y se mira, poniendo unos morritos adorables, y se coloca las manos en las caderas como para medírselas, y meneaba tristemente la cabeza. Demasiado grandes, parece decir. Bueno, ¡me puso a cien! ¡Esa cosa tan chiquitita, con aquellos caderones! Y en seguida, un segundo más tarde, se queda atrapada en una cómoda, entre un montón de artículos de costura, y trata de salir volando por la cerradura, pero no... Le sobran caderas y ¡se queda atascada!

—Suenan como para asarse de calentura, efectivamente.

—Y lo era.

—¿Te acuerdas de *Los caballeros las prefieren rubias*, cuando Marilyn Monroe está en un barco y trata de pasar por un ojo de buey, pero las caderas no se lo permiten?

—No, no me acuerdo. Voy a tener que alquilarla.

—Tendría gracia que la Marilyn se hubiera inspirado en Campanilla —dijo ella—. Si quieres que te diga la verdad, a mí también me pareció vagamente sexual el *Peter Pan* de Walt Disney.

—Bueno, sí... J.M. Barrie era uno de aquellos farsantes de antaño, y es evidente que algo de lo que reprimía se cuela en todas las versiones de su obra.

—Y la chica, la protagonista, flotando por ahí en bata —dijo ella—. Eso sí que me dejó interesada. Y también que resulta demasiado mayor para compartir el dormitorio con sus hermanos pequeños. Me acuerdo perfectamente. Andaría yo por los doce años. Vi la película con mi amiga Pamela, que luego ha salido lesbiana, creo,

con su pan se lo coma. Montábamos la tienda de campaña en su dormitorio, comíamos galletas Saltines y leíamos juntas la enciclopedia médica. Marcaban con una línea de puntos el sitio por donde el médico tenía que cortar el cartílago en una operación para meter un poco las orejas. Y al final de cada artículo decía, porque estaba hecho con preguntas y respuestas, decía: «¿Cuándo pueden reanudarse las relaciones maritales?». Y la respuesta siempre era de cuatro a seis semanas. Estuviera donde estuviera la línea de puntos, las relaciones maritales siempre se podían reanudar al cabo de cuatro a seis semanas. Era yo quien leía en voz alta los artículos. Y una vez me leyó ella a mí una novela de amor, entera, en una noche. Me dormí por la mitad y luego me desperté. Pamela estaba ya un poco ronca, pero seguía leyendo. Y otra vez, a lo mejor aquella misma noche, le conté una fantasía sexual que tengo de vez en cuando de que estoy en un sitio donde me dicen que me quite la ropa y me meta en el tubo.

—Perdón, ¿en qué?

—En el tubo, en un tubo largo —dijo ella—. Me deslizo dentro, con los pies por delante, y empiezo a bajar por ese tubo tan largo, sobre una especie de lenta corriente de aceite. ¿Te acuerdas de esos toboganes de agua que se ponían en el césped, y que destruían la hierba? Este no es tan rápido, sino mucho más lento, pero sin fricción, dentro de un tubo luminoso. Mientras voy bajando aparecen en el tubo muchos pares de manos, un poco por delante de mí, agitándose a ciegas, como buscando algo que palpar, y en seguida entro en contacto con ellas, por los pies, y ellas tratan de agarrarme los tobillos, pero tienen los dedos chorreando aceite, y según avanzo van subiéndome por las piernas, reteniéndome con bastante fuerza, pero sin fricción, gracias al aceite, y luego me presionan el estómago cuando les pasa por encima, y se vuelven como para recibir mis pechos, con ambos pulgares casi tocándose, y me resbalan muy despacito por los pechos, apretándomelos, y, figúrate, en la fantasía tengo unos pechos enormes, de modo que las manos tardan un montón de tiempo en recorrérmelos.

—¡Uau! ¿Qué dijo tu querida amiga Pamela cuando le contaste tal cosa?

—Al terminar de describírselo le pregunté si ella también tenía pensamientos parecidos, y me dijo «¡No!», como muy ofendida. Me dice: «¡No! Cuéntame otro». ¿Crees tú que se habrá hecho lesbiana por culpa de mi tubo?

—Bueno, lo que te digo es que yo, desde luego, sí que me hubiera metido a lesbiana. Pero ahora, ¿quieres aclararme una cosa? ¿Ahora mismo cómo tienes la luz en la habitación en que te encuentras, en el cuarto de estar-comedor? ¿Encendida o apagada?

—Encendida. Es una lámpara de mesa. La puedo apagar, si lo prefieres.

—Sí, quizá así resulte...

—Escucha —hubo un clic.

—¿A que la cubertería resplandece ahora a la luz de la luna? —dijo él.

—No la distingo.

—¿Te has fijado alguna vez en ese intersticio que hay en las películas, más bien en las de televisión, cuando aparece un personaje femenino pensando, tranquilamente, en un primer plano del rostro, y de pronto se vuelve, alarga el brazo y apaga la luz de la mesilla de noche, clic; pero, claro, es un plato, con luces muy estudiadas por todas partes, de modo que cuando la mujer acciona el interruptor tiene que coincidir con la supresión de las principales fuentes de luz, cataclás, y entonces el problema está en que la película cinematográfica no opera en la oscuridad, de modo que tiene que seguir habiendo un buen nivel de luz, pero dando la impresión de oscuridad, y al mismo tiempo que se suprimen las grandes luces incandescentes tiene que entrar en funcionamiento la imitación de luz de luna o tienen que verse por la ventana las luces de la calle, y, con todo ello, a veces pasa algo raro y se produce un milisegundo de desfase mientras se encienden los filamentos de la luz de luna artificial, el tiempo que invierten en calentarse y alcanzar su máximo; de modo que en ese momento de cambio se ve el otro juego de luces, el que tiene que transmitir la impresión de que «el dormitorio está a oscuras y tranquilo», cubriendo la cama y las paredes de la habitación? ¿Te has fijado alguna vez?

—No —dijo ella—. Pero te prometo que me fijaré la próxima vez que mire la tele, porque me ha sonado muy interesante.

—Fíjate —dijo él—. Por el momento, te alegrará saber que la farola de alumbrado público que se ve desde mi ventana está empezando a entrar en funcionamiento. Es un efecto de lo más asombroso. La luz no se enciende de pronto, no es nada parecido a lo que acabo de describirte. Va viniendo muy gradualmente, en un periodo de más de veinte minutos. Al principio pasa por una fase de color naranja oscuro. Rara vez me da tiempo de verlo completo, claro, con los horarios tan agitados que llevo. Pero cuando lo hago me parece bellísimo. Es tan gradual, que no distingue uno si es que la luz se ha hecho más brillante o que el cielo se ha oscurecido. Claro, son las dos cosas, pero no sabe uno cuál es la que más pesa. Y luego, dentro de cinco minutos, más o menos, habrá un momento en que la luz de la farola será exactamente del mismo color que el cielo, entiéndeme, el mismo amarillo-verde-violeta, como quieras llamarlo, de modo que parece como si hubiera un agujero de cielo en mitad de los árboles que hay al otro lado de la calle, en las ramas, cuando en realidad es la farola de este lado.

Hubo una pausa.

—Óyeme —dijo ella—. Esto está empezando a resultar muy caro, a dólar por minuto, o lo que sea que cueste.

—Noventa y cinco centavos el medio minuto, creo.

—Bueno, pues dame tu número y te llamo yo —dijo ella.

—De acuerdo, pero...

—Pero ¿qué?

—Que tendrás que encender la luz para anotar el número —dijo él.

—¿Por qué? Tengo muy buena memoria para los números.

—Sí, supongo, mucho mejor que la mía tendrá que ser. Pero ¿y si en este caso concreto se te borra el número de la cabeza?

—Vale, de acuerdo, no corramos riesgos. Enciendo la luz y lo apunto.

—Pero ¿y si te equivocas al apuntarlo, solo porque esta es una ocasión excepcional, y por primera vez en tu vida pones dos guarismos en orden inverso?

—Sí, dislexia sexual.

—¡Exacto! U otra cosa: ¿y si cuelgas y vas a buscar otra Coca Cola *Light* y al final decides que no, que qué estupidez, que no te apetece llamarme? ¿Cómo sé yo que no vas a dejar de llamarme?

—Sí que te llamo —dijo ella—. Lo estoy pasando muy bien.

—De acuerdo, pero ¿y si llamas, y ya, con la interrupción, aunque solo estemos un minuto desconectados, resulta que nos cambia la suerte, y de pronto perdemos la naturalidad con que nos estamos tratando ahora mismo, y no hay forma de recuperar el tono íntimo, con lo fácil que nos ha resultado la primera vez?

—Está bien, de acuerdo, me has convencido. No me des tu teléfono.

—La verdad, me parece barato, dos dólares el minuto, por una cosa así. Lo necesito. No me importaría pagar veinte dólares el minuto. Y esta línea, además, no tiene límite de tiempo. Por lo menos, eso dice mi anuncio: SIN LÍMITE DE TIEMPO, en letras grandes.

—Está bien, de acuerdo —dijo ella.

—De acuerdo. Y en compensación por lo indulgente que estás siendo voy a tratar de inventarme algo con esas pertenencias heredadas que tienes ahí, encima de la mesa del comedor. Deja que lo piense. Vale. Un tío que recibe gente, por todo lo alto, una cena para doce invitados, que no es su estilo, pero la da, de todas formas. Luego, cuando se han marchado sus amigos, se pone a recoger y le entra un poco de depresión. Recoge los platos, los vasos, los cubiertos, total: que jamás ha tenido el lavaplatos tan repleto. Por fin mete el último tenedor, pero, en su impaciencia por cerrar la puerta del lavaplatos y meterse en la cama, no comprueba que el tenedor quede bien encajado en la cesta, y resulta que no, porque los cubiertos están tan apretados, que habría tenido que empujar bastante para que el último tenedor llegase hasta el fondo y se quedara en su sitio. Se trata de un lavaplatos a la vieja usanza, y el primer chorro de agua que sale de la rueda móvil, a plena potencia, hace que el tenedor se caiga y se quede colgando entre un plato y el pequeño saliente del mango de una sartén, con los dientes hacia arriba y con el mango hacia abajo, de modo que el aspersor del fondo, al girar, lo golpea con todas sus fuerzas y le hace una mella. El tenedor se levanta por el golpe, pero no llega a liberarse de donde está trabado, y vuelve a quedar en la posición anterior, de modo que la rueda le atiza otro golpetazo, y así una vez y otra y otra, hasta dejarlo hecho unos zorros. En ese momento vuelve a entrar en la cocina el tío de la fiesta y apaga el lavaplatos, que estaba produciendo un estrépito terrible, pero el tenedor ya ha quedado fatal. El tipo lo seca con un papel de cocina, que se engancha en los sitios donde está mellada la pieza, desgarrándose, y al

hombre aquello le parece demasiado, y le entran ganas de tirar el tenedor a la basura, y se va a la cama hundido, sin comprender nada de nada. ¿De acuerdo? Bueno, pues en aquella misma ciudad hay una joyería que para algunos se pasa de moderna, pero que no está mal, de todas formas. No se dedican a la venta de diamantes, ni esmeraldas, ni ninguna de esas cosas por todo lo alto. De hecho, se llama «Harvey-Piedras semipreciosas». El tal Harvey es el dueño, claro, y sobre todo vende artículos de artesanía y de colección. Y resulta que tú trabajas en la tienda.

—¿Ah sí? ¿Yo?

—Ocurre que has seguido un curso universitario y has sacado el magíster en orfebrería, con especialización en montura de pendientes y perforación de cuentas para collares y pulseras, y resulta que tienes muy buen ojo y que te salen unas pulseras y unos pendientes, y sobre todo unos collares que sientan la mar de bien, es decir que no quedan bonitos en el estuche, sino puestos; de hecho, tus cosas, a veces, tienen una pinta un poco rara, como si les faltase confianza en sí mismas, ahí dentro de sus estuches, pero luego, colocadas sobre la carne humana, son divinas... Conque has sacado el título y te ha llegado la hora de ganarte la vida, de modo que te pones a recorrer las joyerías con muestras de lo mejor de tu trabajo. Las reacciones no son muy entusiastas, francamente, el mundo aún no está preparado para apreciar tu obra; y al final llegas a «Harvey-Piedras semipreciosas», que hasta ahora has venido evitando, porque es un poco como rebajarte (en principio era una tienda de artículos para drogotas), y el tal Harvey es un vejestorio con una considerable colección de pitilleras de fantasía, que te deprimen nada más verlas, y el tipo huele a antigualla, por así decirlo; pero el caso es que te entrevistas con él y te cae simpático, y te anima mucho en lo tocante a tu obra, y piensas bueno qué puñetas. Pero la única condición para entrar en Harvey es que trabajes en la propia tienda, en un chiscón de cristal que es como si estuvieras expuesta en un escaparate, para que la gente que pase por la calle te pueda ver en plena actividad. Al principio dudas un poco, pero él corre la cortina, te dice que te sientes y resulta que es una habitacioncita la mar de agradable, con dos cajoneras con una multitud de cajones pequeños, a ambos lados, muy al alcance de la mano, y un juego completo de utensilios de orfebrería con sujeción de resorte para tenerlos en su sitio, y un soplete muy majo, de llama azul, con la punta amarilla... El conjunto queda de lo más acogedor, aunque se vea desde la calle, y, total, te pones al trabajo. Y a Harvey no se le puede pedir más amabilidad: te trata con una especie de ironía bondadosa, alabándote mucho cada vez que haces una pieza que le llama especialmente la atención. El hombre llega incluso a preparar un exhibidor ex profeso para tu obra, y no le importa que algún día llegues un poco tarde. Los primeros meses te los pasas haciendo una serie de pulseras de plata, sencillas y elegantes, que Harvey va colocando en el exhibidor. Como es natural, muchos de los que entran en la tienda son jóvenes buscando una joya para la mujer que aman, y no están muy seguros, quieren quedarse convencidos de que no se equivocan al comprar una pieza determinada, y, total, Harvey adquiere el hábito de

asomar la cabeza por tu cortina y pedirte, con mucha vacilación y muy cortésmente, si no te importaría venir un momento para que el comprador potencial pueda ver la pulsera en una mujer de carne y hueso. A ti la cosa te resulta un poco embarazosa, porque al fin y al cabo eres tú misma quien ha hecho la pieza, pero te quitas las gafas protectoras, te pasas la mano por el pelo y ahí te tenemos, entrando en la tienda y dirigiéndote hacia Harvey, que te sonrío de oreja a oreja, y hacia el exhibidor abierto con la pequeña llave en la cerradura, y hacia el cliente que está ahí todo inquieto, con mucha prisa por salir en seguida con algo que regalar a su mujer o a su amada. Tú alargas el brazo y Harvey te coloca la pulsera, y la boca del cliente se pone en movimiento, y se le abre de par en par el talonario, y hale, así de fácil, la venta está hecha. Vendes diez, quince pulseras por ese sistema, con el mismo éxito, y empieza a entrarte la ambición, y creas un collar muy muy sencillo, pero con tres piedras que te ha conseguido Harvey, en el centro un crisólito diminuto y a cada lado un trozo precioso y resplandeciente de refoscachita sin pulimentar, que, como bien sabes, es semen de dinosaurio en estado fósil. Es de un buen gusto insuperable, tú misma te sorprendes de lo bien que resulta, nada de lo que hiciste en la escuela puede compararse con ese collar. Harvey está como en éxtasis, lo mira sosteniéndolo con el dorso de los dedos, con esos dedos suyos descoloridos, por culpa de los limpiadores de plata, y no hace más que mover la cabeza, y tú te sientes felicísima, tanto de haber descubierto tu oficio como de poder trabajar para alguien tan bondadoso como Harvey. De modo que, bueno, el collar queda colocado en el exhibidor, en posición no tan destacada como tú piensas que debería ir, y encima Harvey se empeña en fijarle un precio demasiado alto como para que se venda, en tu opinión, pero esta vez no hay modo de convencerlo. Pasan varias semanas y vendes otras varias piezas, un anillo, diversos pendientes, pero el collar no sale. Movida por la curiosidad, miras por la cortina y te parece observar que Harvey pone todo de su parte para no llamar la atención hacia la hermosa pieza, distrayendo a los clientes cuando hacen algún comentario al respecto. Te das cuenta, no sin cierto placer, de que Harvey está enamorado de ti, seguramente, a su manera, pero es tan mirado que no se le pasa por la cabeza plantearte la cuestión. Ahora aparta la vista cada vez que le tiendes el brazo para que te coloque una de tus pulseras en la muñeca y pueda verla el cliente. Y empiezas a percartarte de que no quiere vender el maravilloso collar de refoscachita, porque teme perderte en cuanto lo haga. Y te das cuenta de que seguramente está en lo cierto. Últimamente le ha dado por preguntarte si estás contenta, si dispones de todos los utensilios necesarios. Ha habido otras orfebres en el escaparate de «Harvey-Piedras semipreciosas», en tiempos pretéritos, claro está, y a todas les fue estupendamente, consiguiendo mejores puestos y mayores responsabilidades; pero ninguna había producido en Harvey el mismo efecto que tú, o al menos eso te figuras.

—Me estás pintando un tanto creidilla, ¿no?

—Sí, sí, desde luego, pero también te sientes bastante insegura. Total, que una mañana estás en tu chiscón de cristal, desojándote en la tarea, cuando levantas la

cabeza y ves un tipo casi pegado al escaparate, observándote. Lo saludas con la cabeza, porque ya estás acostumbrada, y él te devuelve el saludo. Lleva traje y tiene en la mano algo que parece ser un tenedor, envuelto en papel de cocina. Levanta la cabeza para mirar el rótulo del establecimiento y luego oyes cómo entra y se pone a hablar con Harvey. Este parece bastante reacio. Le oyes decir: «No pretenderá usted que la señorita desperdicie su tiempo en una labor tan poco creativa como esa». El tipo dice algo, en tono de mucha congoja, y Harvey contesta: «No, no, por supuesto que no le estoy tomando el pelo». En ese mismo instante asoma tu cabeza por entre las cortinas. Ambos hombres se te quedan mirando. Harvey dice: «Trato de explicarle a este caballero que usted es una artista y que no está aquí para hacer cosas como reparar un tenedor. Se empeña en que tiene que ser usted quien lo repare, no yo». El tipo del traje, un tanto corrido, levanta las manos como para decir algo. Tú pasas a la tienda. Te quitas los guantes de soldar y los pones, despreocupadamente, encima de un muestrario de botones electorales raros. Llevas una camisa con estrellitas turquesa y negras, y unos pantalones negros, y unas zapatillas de deporte del mismo color. Extiendes la mano y el tipo te entrega el tenedor. Tú le preguntas: «¿Ha sido un incidente en el lavaplatos?», y él te contesta que sí con la cabeza. Tú dices: «No tardo ni un segundo, Harvey». Y Harvey exclama: «¡Estupendo! ¡Adelante con ello!», y se sienta cerca de la caja registradora, con la vista al frente. Está cabreado. Tú le dices al tipo aquel: «A mediodía lo tendrá usted listo», y regresas a tu zona del escaparate. Tomas la pieza en que estabas trabajando. Es una especie de broche y no está saliéndote lo que se dice muy bien. Se te ha ido la inspiración, en cierto grado, con eso de que Harvey se niegue a vender el resultado de tus mejores esfuerzos. Le echas un vistazo al tenedor que tienes ahí delante y entonces captas la presencia de alguien al otro lado del cristal, y levantas la cabeza. Es otra vez el tipo ese. Le dedicas una expresión inquisitiva y él mueve los brazos como diciendo «no me haga usted caso». Pero no se marcha. Vuelves a mirar el broche, pero no te gusta y prefieres que no lo vea Don Tenedor, no vaya a pensarse que es una muestra representativa de tu obra. Lo pones aparte y colocas el cubierto dañado en una prensa, apretándolo con mucha suavidad, y te pones los guantes protectores y empiezas a repasar con la llama del soplete las partes donde ha saltado el baño de plata. Las reparaciones son cosa de Harvey, de modo que no has tenido muchas oportunidades de practicar al respecto, pero ahora descubres que en pequeñas dosis pueden resultar una actividad muy satisfactoria y relajante. El tenedor, naturalmente, no puede quedar como nuevo: vas fundiendo las asperezas, hasta alisarlas, y lo que resulta es una superficie muy brillante moteada de pintitas irregulares, la mar de bonitas. Te alegras de tener las gafas oscuras puestas: miras a hurtadillas, alzando solamente los ojos, sin mover la cabeza, y ves que el tío del tenedor sigue ahí, como hundido, mirándote hacerle esas cosas a su querido tenedor. Está como si primero lo hubieran fundido y luego lo hubieran pasado por el yunque. Tú sumerges el tenedor en un recipiente con agua. El tipo sonrío. Vuelve a entrar en el establecimiento. Tú sales de tu encierro. Harvey

levanta la cabeza. Tú le entregas el tenedor y él, tras echarle un vistazo, dice: «Son doce dólares». Don Tenedor paga los doce dólares, se hace cargo de la pieza reparada y da las gracias a Harvey. Luego dice: «Tenía curiosidad por ver cómo lo hacían. No era mi intención hacerles perder el tiempo». Y luego: «Ya que la señorita es una artista, como usted dice, ¿me podría enseñar alguna cosa suya?». Sin darse ninguna prisa, Harvey se acerca al exhibidor, lo abre, suspira. El tipo se inclina mucho para ver las joyas, tiene la cabeza prácticamente metida en el maletín. Tú lo miras todo. Por primera vez observas que el hombre lleva el pelo recogido en una especie de cola de caballo. Y entonces él dice, señalando el collar: «¿Me permite verlo?». Harvey te echa una mirada casi de súplica, pero tú no dices nada. De modo que él, dando la impresión de que acaba de decidirse, dice tristemente: «Esto es lo mejor que tenemos en la casa». Y lo desprende del pequeño bastidor y se lo tiende a Don Tenedor, que primero se lo pone muy cerca de los ojos y luego lo sujeta en el aire. Harvey le pregunta: «¿Es para su prometida? ¿Cómo tiene la tez? ¿Clara, oscura?». Tenedorín se sale por la tangente, diciendo: «La verdad es que no sé para quién sería». Harvey te mira y tú sigues ahí sin decir nada, de modo que no tiene más remedio que tragar saliva y añadir, casi en un susurro: «A decir verdad, el único modo de apreciarlo es verlo puesto». Y el tío del tenedor dice: «Lástima, entonces, qué le vamos a hacer». Y pregunta que qué piedras son esas y Harvey se lo dice y el tipo se limita a mover la cabeza. Por último Harvey, al borde de la exasperación, le dice: «Mire, es ella quien lo ha hecho, y es ella quien lo sabe todo al respecto, de modo que más vale que se lo cuente ella con todo detalle. Yo me voy por ahí a comer algo». Volviéndose hacia ti, te dice: «Enséñele la pieza, ¿vale?». Agarra su chaqueta y se larga, cerrando tras de sí la puerta con tan insólita energía, que el cartel de ABIERTO se pasa a CERRADO por sí solo. Y entonces...

—¿Uummm?

—No, ya está. Me he vaciado hasta la última gota, poniéndoos a los dos ahí, cara a cara.

—¡No, por favor! No me digas que lo estás soltando en este mismo momento. ¿De verdad te has vaciado hasta la última gota, o lo dices en sentido figurado?

—Por el momento, francamente, no hay nada lleno que pueda vaciarse. Ha sido un trabajo ímprobo, juntaros a los dos. Me da la impresión de que en cualquier momento voy a meter la pata con esta historia. Es muy estresante.

—Bueno, pues escucha —dijo ella—. Sale Harvey, dando un portazo tal que el cartel se pone en CERRADO, y me deja abandonada ahí en medio, sola en la tienda con el Don Tenedor ese, tan taciturno y tan rico, Don Tenedor Colacaballo, que sostiene mi collar en sus dedazos de gruesos nudillos. El tipo se sienta en una gradilla, se inclina para observar el collar, levanta la cabeza para mirarme... Y ¿qué es lo que hace?

—Decirte: «La verdad es que tendría que verlo puesto para saber si me gusta o no». Y tú te miras la camisa de las estrellitas negras y las estrellitas verdes, y haces

un gesto como de tirar de ella hacia abajo para ajustarla, y luego, sonriendo, dices: «Lo siento, pero la ropa que llevo no es adecuada para una pieza así. Haría falta un traje de noche con escote». Trazas con el dedo la curva ideal del escote. Y Tenedorín te dice: «Desabróchese usted la camisa, entonces». Y ¿qué es lo que haces? Te desabrochas los tres primeros botones de la camisa. Con cada botón notas cómo se desplaza la tela, ligeramente, a la altura de las clavículas. Tenedorín se levanta, con el collar pendiendo de la mano izquierda, y, ante tu sorpresa, se pone a desabrocharse los botones de la bragueta. Porque, claro, es un tipo de los que llevan bragueta de botones. Se desabrocha tres botones. Todavía estáis como a dos pasos de distancia. Tú te remetes el cuello de la camisa, tratando de adaptarlo a la línea del escote que deberías llevar para lucir esa joya, pero te basta con mirar hacia abajo para darte cuenta de que tienes que desabrocharte un botón más, y miras de reojo al tipo: ¿Habrá llegado él a la misma conclusión? ¡Oh no, por supuesto que sí! Está meneando la cabeza. Te dice: «Creo, de veras, que va usted a tener que llegar un poco más abajo para ponerse el collar». Conque te desabrochas otro botón y él replica desabrochándose el último de la bragueta. No hace nada, no se te aproxima, ni siquiera habrías notado que lleva la bragueta abierta, si no fuera porque le has visto abrísela. ¡Vaya tupé que tiene el muy hijo de puta! ¿Qué es lo que pretende? Toma el collar con ambas manos, por los cabos, y lo balancea para indicarte que te aproximes. Tú lo haces. Cuando ya te tiene cerca, el tipo dice: «Creo que será más fácil si se da usted la vuelta. Así podré ver el cierre». Conque te das la vuelta y ves el collar, hecho con tus propias manos, bajar poco a poco por delante de tu rostro, y notas que los colgantes te tocan la piel, apenas, y tratas de sujetar la camisa para que no interfiera, pero él, en lugar de poner el cierre, sigue bajando el collar, hasta que se te acomoda en los pechos, y lo oyes decir, muy serio: «Hummm, no, creo de veras que no voy a poder apreciar el collar si no se quita usted la camisa. Las estrellitas negras y verdes desentonan con las piedras». Conque te desabrochas del todo la camisa y te la dejas caer por los brazos. Por debajo llevas una camiseta negra de algodón, con los tirantes muy estrechos. Con mucha suavidad, él va levantando la joya sin separarla de tu cuerpo, y al fin la prende, sujetando los cabos a cierta distancia de tu cuello, de modo que sus manos apenas si llegan a rozarte. Agachas la cabeza para mirar. No es fácil saberlo, pero queda bastante bonito, te parece a ti. Se te ven los pezones a través del tejido negro. Él, a tu espalda, no dice nada. Tú le preguntas: «¿Quiere usted verlo ya?». Pero él te contesta: «Espere, déjeme hacer otra cosa antes». Y lo oyes arrastrar la gradilla por el suelo, solo un poco, y oyes sus zapatos en los peldaños, y luego una especie de rozamiento, y en seguida un ruido rítmico muy apagado, el ruido que hace la manga de su chaqueta entrando repetidamente en contacto con un faldón de la propia chaqueta, y cuando el ritmo se intensifica ligeramente a cada rato oyes una especie de *plic*, o de *clic*, un ruidito como húmedo, y sabes exactamente qué es lo que el tipo está haciendo, y luego oyes su voz, un poco agitada, diciéndote: «Creo que ahora ya estoy listo para mirarlo». Y te vuelves y ahí lo tienes, sentado en el peldaño

superior de la gradilla, con la polla y entre ambos huevos asomando por los pantalones, y cada vez que se tira de la polla hacia arriba ves que la piel se le encoge en torno a los huevos. Bueno, pero ¿será posible el tío este? Y tú te tocas los hombros con las manos y te bajas los tirantes de la camiseta negra y la propia camiseta, hasta que se te queda enrollada en torno a la cintura, y a continuación te coges los pechos..., las dulcijas, y te las levantas, de modo que cada una de las dos piedras laterales que lleva el collar toque un pezón, y que moviendo los pechos hacia atrás y hacia adelante se te muevan los pezones, que están duros, también hacia atrás y hacia adelante, por detrás de las dos piedras pendientes, y ves cómo se afana él, cada vez más deprisa, se le va poniendo cara de estar a punto de correrse, y le sonrías, acercándote un paso, como poniendo a su disposición tus pechos y el collar de plata y tus clavículas, y en seguida lo miras cara a cara y le dices: «Bueno, ¿qué tal, le gusta? Como habrá podido comprobar, es una joya para traje de fiesta». Y él se afana todavía más, a toda mecha, y primero arquea las rodillas ligeramente y luego las estira y hace «¡Ooh!» y te pringa toda la joya con un engrudo calentito.

Hubo una pausa.

—Y —dijo ella— ¿el tipo compra el collar o se limita a coger su tenedor recién reparado y largarse?

—No sé. Supongo que coge el papel de cocina en que traía envuelto el tenedor y lo usa primero para limpiarte el pecho y luego para limpiar el collar. Y al final lo compra y te lo regala.

—Eso está bien. Una solución honrosa. Un tanto precipitada, tal vez. Hehem... ¿me perdonas un segundo, por favor?

—Por supuesto.

—Es que... Tengo la boca seca... Voy a buscar...

—Por supuesto —dijo él.

Hubo una larga pausa y regresó.

—Es curioso que me imagines del tipo artes y oficios —dijo ella.

—No descaradamente artes y oficios. ¿O sí?

—Pues no, la verdad, no creo. Y tú ¿llevas cola de caballo?

—No.

—¿Hueles a antigualla, entonces?

—No creo que esa fuera la palabra.

—Me gustaría saber a qué hueles.

—Alguna vez me han comentado que huelo a lápiz Conté —dijo él.

—Ahá.

—O, bueno, a lo que olería un lápiz Conté si oliese a algo.

—Ya. Me alegro de saberlo —dijo ella—. Aunque maldito si entiendo de qué me estás hablando. Pero, eso sí, ¿sabes lo que me ha recordado tu cuento, ahora mismo, mientras estaba en la cocina?

—¿Qué?

—Estábamos mi madre y yo en un museo, en Roma, y pasábamos junto a una estatua con toda clase de decoloraciones, una figura femenina, muy bonita, y mi madre me señaló un área como jaspeada y me dijo, meneando la cabeza: «¿No ves? Es tan realista, que los hombres tienen que...». No me explicó más. Y a estas alturas aún no sé si me lo dijo en serio o no. Yo andaré por... sí, por los dieciocho años, más o menos. Me dije, bueno, vale, en Italia, la gente les desgasta los pies a los santos, en las iglesias, de tanto sobárselos, y los hombres se corren encima de las estatuas de mujer.

—Sí —dijo él—. Creo recordar que yo también eyaculé encima de esa estatua. Pero no me hagas mucho caso. Son tantos años ya, y tantísimas estatuas...

—¿Te gusta viajar, como suele decirse? —preguntó ella.

—¿Quieres decir meterme en un aeroplano y plantarme en algún sitio, en busca de diversión? No, nunca he estado en Roma. El dinero de las vacaciones me lo gasto en cosas más importantes.

—Como por ejemplo esta llamada.

—Exacto. Pero ahora dime, de verdad, cuando tu madre hizo que te fijaras en la estatua aquella, ¿no te excitaste un poco?

—Yo diría que no —dijo ella—. Fue sencillamente interesante, un hecho de interés sexual, como de enciclopedia familiar. Ah, bueno, y volviendo a tu cuento: debajo de la camisa no llevo ninguna camiseta negra.

—¿Qué es lo que llevas debajo de la camisa?

—El sujetador.

—¿Qué clase de sujetador?

—De ninguna clase. Normal y corriente, blanco.

—¡Ooooh!

—Se me ha quedado un poco pequeño al lavarlo, pero era el único limpio que tenía.

—Siempre me ha impresionado eso de que los sujetadores se laven como otra prenda cualquiera. ¿Este se abrocha por delante o por detrás?

—Por detrás.

—¿No deberías quitártelo?

—No, no creo —dijo ella.

—Ooh, te noto en la voz que estás frunciendo el entrecejo y metiendo la barbilla, para poder mirártelas. ¡Ayayay!

—¡Ja ja!

—Es que me pongo a ciento cincuenta, cada vez que me imagino una mujer mirándose los propios pechos. Como cuando van andando. Las hay que andan con las manos como revoloteando por delante de los pechos, o con los brazos cruzados por encima, sin gracia ninguna, o hacen como que sujetan la fajilla del libro que leen, para poder tener las manos por delante, o hacen como que se ajustan el reloj, o la pulsera y es que me coloca a ciento cincuenta el hecho de que hasta vestidas de pies a

cabeza las ponga nerviosas la patente obviedad de sus pechos.

—Cómo no van a ponerse nerviosas, si ven que las estás mirando, con los ojos saliéndose-seté de las órbitas.

—Qué va, si soy muy discreto. Y depende del estado de ánimo en que me encuentre. Una vez me puse como una fiera salvaje solo con estar ahí parado, esperando el autobús. Era en hora punta y había muchísimas mujeres que pasaban por mi lado, dentro de sus coches, camino de la oficina, y me llegaban como fogonazos, unos brevísimos atisbos de la correa del cinturón de seguridad cruzándoles por encima de los pechos. Ese cinto tan grueso, de un material tan tupido, ahí puesto, abriéndose un hueco entre los pechos. No lograba apartar los ojos, cientos de veces, ropas de todos los colores, camisas, blusas, unas detrás de otras, todas las tallas de sujetador y todas las combinaciones de licra y algodón imaginables, como fotogramas de una película. Para cuando llegó el autobús estaba literalmente que me caía. A duras penas si logré meter el dinero en la expendedora. ¿Qué ruido es ese?

—Nada. Estaba cambiándome el teléfono de oreja.

—Ah —dijo él—. ¿Te enteraste de lo del chinito aquel que padeció un episodio de combustión humana de carácter espontáneo?

—No.

—Pues no sabes lo que te has perdido. La cosa salió por primera vez en uno de esos periódicos sensacionalistas, pero luego creo que lo dijeron por la radio. Sabes qué es la combustión humana de carácter espontáneo, ¿no?

—En líneas generales.

—Bueno, pues el chaval ese entró aparentemente en combustión humana de carácter espontáneo, pero la quemazón quedó restringida al aparato genital. ¡Bum! Un rato como para no tener que pasarlo. Pero, lo ves, comprendo perfectamente que una cosa así pueda ocurrir. A veces tengo miedo por mi propio aparato genital. Es la de diez, lo cachondo que me puedo poner... Tampoco esta palabra me parece adecuada... Pornondo, machondo, chachondo... Me pongo tan *chachondo* que me miro la unidad polla-pelotas y es como si pudiera agarrar todo lo tieso del conjunto y empezar a desatornillármelo, venga de vueltas, hasta que saliera entero y verdadero, como esas bielas de las bicicletas que se sacan sin necesidad de llave. Y al final te lo doy para que lo uses de consolador.

—Hale, pues pásamelo. Aunque nunca me han molado mucho los consoladores, la verdad. Una vez usé uno, para darle gusto a un tío, y me agarré unos hongos. Creo que se llamaba «La bestia poderosa».

—Podría valer como descripción de mí... de mi biela.

—Pero no creas que no te comprendo. A veces me pasa lo mismo, que me salgo por los bordes. Se me pone duro el clítoris, como una cuña totalmente encajada, como una pastillita de caramelo: me vienen ganas de llevarlo guardado en un estuche de madera, para mayor seguridad. Normalmente, donde me gustan los orgasmos es en la ducha.

—¡Mmm! De veras, ¿no deberías quitarte el sujetador?

—No, de veras que no, y te digo por qué. Cuando me sobreexcito... No, no pienso decírtelo.

—Sí, sí, sí, por favor, dímelo, por favor, por favor, ahora mismo.

—Cuando me masturbo sin estar en la ducha, mis pechos también reclaman atención, pero, mira tú por dónde, no hay nadie a mano para ocuparse de ellos, de modo que lo que hago es bajarme el sujetador justo hasta que el borde me queda por debajo de los pezones, y así están atendidos, y yo puedo ocupar ambas manos en asuntos de más abajo.

—Esto es un milagro —dijo él.

—Una charla telefónica, sin más.

—Una charla telefónica que me apetece tener. Me encanta el teléfono.

—Bueno, a mí también me gusta —dijo ella—. Por ese poder que posee. El hijo pequeño de mi hermana tiene un teléfono de juguete, blanco, con caballitos y cerditos y patitos en el disco, y un auricular blanco que no pesa absolutamente nada, y es como para quedarse con la boca abierta, la sensación de poder que tienes cuando estás ahí haciendo como que hablas con alguien. Tapas el receptor con la mano y susurras teatralmente: «Stevie, es el elefante Horton, que quiere hablar contigo». Y se lo pasas y al niño se le ponen los ojos como platos y ambos, por un momento, os quedáis tan convencidos de que está al teléfono el elefante Horton. Luego, dos teléfonos al mismo tiempo. Stevie con el blanco de los patitos y los cerditos y yo con el amarillo de las ruedas y los ojos que se le mueven cuando lo llevas arrastrando por el suelo. Y le pregunto a Stevie que qué tal le va y charlo un rato con él y luego le digo: «Oye, Stevie, ¿quieres hablar con Paul?». Y él que sí. Paul es un familiar (lo que te estoy contando fue la última vez que estuve en mi casa), y el hombre, que estaba ahí tan tranquilo, sentado, pone cara de sorpresa y se le va la mano en un gesto automático y agarra el diminuto aparato de plástico que yo le ofrezco, interrumpe lo conversación real que estuviera sosteniendo y dice: «Diga». Y no creas, todo con una sonrisa la mar de enrevesada, porque *casi* se lo está creyendo.

—¡Tienes razón! —dijo él—. Y aquí me tienes, hablando contigo, que de verdad estás en algún lugar de la costa este, ¡y con el sujetador puesto!

—Por sorprendente que te parezca. ¿Qué otras palabras tienes para los objetos que ahora mismo estoy mirando de arriba a abajo, con admiración?

—¿Otras palabras mías para pechos? La principal es dulcija, las dulcijas... A veces, dulcijindas. Nanas. Las klein, en alemán. Y lo que me parece que en modo alguno viene a cuento es «culo». Cuando hablo conmigo mismo, el culo de las mujeres se llama el «tocotoc».

—O sea que también dirás «el agujero del tocotoc».

—Jamás he llegado a tanto.

—Klein suena raro. Aquí estoy, sobándome las klein, tan carnositas y tan grandotas. ¿A ti te suena bien?

—No sé. Pero Patsy Cline es un nombre muy sexi, y se pronuncia lo mismo. Aunque, la verdad, no tengo ni idea de quién es.

—Una cantante.

—Hasta ahí llego. En cierta ocasión miré los Klein de la guía de teléfonos y entre los que venían con el nombre de pila completo, en vez de solo la inicial, me apareció una mujer. Y bien sabe Dios que no me hacía falta mucho más para marcar el número. Bueno, de hecho llegué a marcarlo, y cuando contestó le dije: «Ay, perdón, debo de haber marcado mal». A pesar de todo, en la vida real nunca he conocido un Klein que estuviera aureolado de poder sexual.

—Será cosa del teléfono.

—No te llamarás Klein de apellido, ¿verdad?

—No —dijo ella—; pero una cosa sí que te digo.

—¿Qué? ¡Venga! ¿Qué?

—A veces, cuando estoy a punto de alcanzar el orgasmo, lo llamo... lo llamo «delgado», así, en español.

—¿Qué es a lo que llamas «delgado»?

—A la polla del macho en erección.

—Oh, oh. Perdón.

—Es porque en mis tiempos de instituto estuve coladísima por un chico que se llamaba Delgado. Así que hace un rato, cuando dijiste no sé qué del «consejero delegado del esperma», por un segundo *delegado* me sonó igual que *delgado*, y se me subió la sangre a la cabeza de una manera... Creí que habías utilizado mi palabra secreta.

—Pues fíjate, para esto es para lo que yo vivo, para que me digan cosas así. Necesito que me digan una por minuto, o mejor por segundo.

—Eso es una imposibilidad.

—Estaré semanas celebrando esta revelación.

—Es un secreto, ¿eh?, así que...

—Chitón, no saldrá de esta línea telefónica. Aquí afuera lo decimos todo, pero no en nuestras vidas. Ahí, nada. Aquí me puedes decir, puedes incluso exigirme, que vaya aflojando el nudo de la bata hasta que se me abra.

—¿Qué clase de bata es?

—Blanca, de toalla. Y conste que puedes decírmelo, no tienes más que decirme: «Jim, por favor, estira al máximo el elástico de tus calzoncillos grises, hasta que se te libere la erección, y luego lo bajas y te lo pones por debajo de los huevos, y luego coge la revista *Juggs* y la usas de abanico para refrescarte el atleta acalorado que tienes ahí». Y ¿sabes qué? Que lo haría.

—Bueno, sí, podría decirte que hicieras todo eso, pero no sé, son decisiones importantes que deberías tomar tú solo.

—Y a lo mejor también podría pedirte que me dijeras algo de ti, y a lo mejor vas y me lo dices.

—Quién sabe.

—Por lo menos, ya me has dicho la palabra secreta que usas para la polla masculina adulta. No la mía, a mí no me incluyas. La de quienquiera que pienses *por ti misma*. Lo ves, lo ves, eso es lo que me hace falta. Necesito enterarme de secretos, y tenerlos, y guardarlos. Necesito inspirar confianza. Cada vez que te despachas tú sola y no se lo cuentas a nadie, es un secreto sexual. El hecho ha sucedido y solo tú estás en el ajo, y te lo has administrado exactamente como te ha apetecido y lo has pensado exactamente como has querido pensarlo. Y cada una de las miles de veces que tienes un orgasmo solo constituye un momento único y perfecto, con un orden preciso en las imágenes y con un repliegue tuyo accionado por el dedo corazón a tu modo exclusivo, y mordiéndote el labio inferior con un grado concreto de fuerza: todo enteramente privado. Casi estoy por pensar que cada vez que una mujer se corre en privado la corredumbre tiene que seguir existiendo en otra esfera, en una esfera de tres palmos de ancho, en alguna dimensión ideal, algo así como los óvulos que llevas dentro, haciendo cola por salir, salvo que estos vendrían a ser... Digamos los óvulos de los orgasmos de antaño, aunque suene raro, y yo soy uno de esos espermatozoides viables, merodeando por ahí con todos los demás, y con gusto me pasaría la vida flotando de esfera orgásmica en esfera orgásmica, escudriñándolas por dentro hasta que una de las veces consiguiera verte gozar por ti misma.

—¿A que en cada esfera mística hay una ventana pequeña con una persiana Gradulux que no llega a cerrarse por completo, dejando una rendija para que tú subas todo encogido y te pongas a fisgar?

—Exacto. Podríamos pensar en una viñeta de cómic, estilizada, con el dibujo de una ventana curva y tú dentro, desnuda, refoscachándote como si fuese lo último que te queda por hacer en esta vida. Pero de hecho la cosa no se limita al puro y simple vuayerismo, o no creo, vamos: es algo más sagrado, más reverencial que todo eso, porque cuando no estoy de ese talante, concretamente de ese talante, se me quitan las ganas de vivir. Entiéndeme, no es que me vengan ganas de matarme, sino que soy un hombre y el hombre está ahí para mirar y el mirón descompone la pureza del acto; total: que se me quitan las ganas de vivir, que lo que me apetece es ir perdiendo volumen poco a poco, hasta quedarme en un hilito. Y ni que decir tiene que todos los demás hombres son unos perfectos extraños, que en modo alguno tienen acceso a todo este asunto. En los momentos en que estoy muy excitado me falta poco para odiar a todos los demás hombres del mundo. Hay veces, en el cine, cuando se besan y la cámara nos muestra al actor y a la actriz chuperreteándose las encías, slaf, slaf, y entonces va, de pronto, y aparece una zona de maxilar masculino recién afeitado, con la piel toda plegada por la inclinación, me da muchísimo asco. ¿Qué pinta ahí ese tío? ¡Que lo saquen del plato! Para qué contarte cuando salen esos bestias idiotizados de las películas porno: una hermosa mujer entregando su perfecta persona a unos follalotodo horribles y lascivos, que sueltan risotadas malévolas poniendo cara de lujuria sugerente, unos obsesos que están constantemente cambiando de conversación

para hablar de sexo... Quítatelos de encima, muchacha. Una vez me encontraba en una tienda, en la sección de revistas guarras, y aquello estaba de bote en bote, y para alcanzar una revista que quería ver, *Talla Grande*, o algo así, tuve que pasar el brazo por encima del hombro de un tío, sin llegar a tocarlo, por supuesto, solo pasar el brazo, y el tío que vuelve la cabeza y me dice con voz de psicópata, en un susurro: «Apártate o te corto en rebanadas». Yo le contesto: «Perdone, pero lo único que pretendía era coger la revista». Y él empeñado: «Pues no te me acerques, gilipollas, ¿vale?». Bueno, pues eso, yo nunca llegaría a hablar así, ni a amenazar a nadie, pero comprendo la reacción del tío ese. Ahí, en el estante de las revistas, lo que uno quiere es estar solo en el mundo, con todas esas mujeres desnudas, maravillosas y comprensivas. Las pandillas de tíos que salen juntos a beber cerveza y se meten en los clubes de estriptis... Me deja completamente perplejo que alguien pueda buscar compañía masculina para una cosa así.

—Pero a las mujeres sí que nos gustan los hombres, de vez en cuando.

—Lo sé, me consta, y eso es lo que me permite engañarme a mí mismo y aceptar la existencia de los demás hombres: las mujeres suelen pensar en algún hombre cuando están con el orgasmo, y ello justifica la existencia del varón. De hecho, este quiebro lógico secundario me permite excitarme con cosas que en realidad no me excitan, como por ejemplo hace un rato, cuando tú te embarcaste en lo del catálogo y los modelos masculinos en el almacén, todos con la mazorca asomándoles por el elástico de los calzoncillos. El razonamiento viene a ser, bueno, su excitación, la de ella, me excita más allá de toda medida, y la fuente de dicha excitación, tal como ahora mismo se manifiesta, es el cuadro que me está describiendo. Imagino tu cara, imaginándote ese cuadro, y consigo excitarme yo. Como esos chiflados religiosos que se entregan al diablo creyendo expresar así su extremada humildad ante Dios... Solo que yo no llego tan lejos. ¡Ah! Ya sé lo que quería contarte.

—¿Qué?

—Antes hiciste mención de una amiga tuya leyéndote por la noche una novela de amor, ¿te acuerdas? Bueno, pues ahí va un buen ejemplo de lo que estoy tratando de decirte. Una vez me metí, solo para echar un vistazo, en una librería de libros viejos que se llamaba Libros Bonnie. Pero la cosa no iba de lo que yo creía antes de entrar, porque apenas si había libros viejos, solo libros de reciente publicación, pero ya degustados. Venía a ser como una biblioteca. Estantes y más estantes, todos llenos de novelones románticos, súper bien alineados, a veces hasta cinco o seis ejemplares del mismo título, uno detrás del otro, *La desazón del amor*, *Juicio de amor pendiente*, *La dura pureza de la ternura*, cosas por el estilo, pero aun habiendo muchos ejemplares, no había dos idénticos, porque todos ellos estaban leídos. Se les notaba el paso por las manos de alguien, página por página. ¿Y por las manos de quién? Por las manos de una mujer. Se me puso en marcha el corazón. Estaba penetrando en un claro del bosque encantado. Saqué de su sitio un novelón y era como agarrar una toalla todavía húmeda, acabada de utilizar por una mujer recién salida de la ducha. ¡La misma

intimidad! Pero era muy largo, en la vida llegaría a leerme un libro de semejante calibre. Conque lo volví a poner en su sitio. En el mostrador había una mujer de treinta y ocho o cuarenta años, tal vez la propia Bonnie. ¡Ella tenía que haber leído alguno de aquellos volúmenes! Creo que no había nadie más en el establecimiento, y la buena señora era consciente de mi presencia, porque le había sonreído al entrar. Quería que me viera mirando los novelones románticos. Entonces me adentré un poco más por uno de los pasillos y tropecé con una veta enorme de novelas de amor, cientos de ellas, todas clasificadas por subtemas, unas más verdes y otras menos verdes, según, en unas se admiten cosas como «la lengua de Fulanito triscaba por su ombligo», y en otras no. Total, que di con una serie de libros rojos, no más allá de cincuenta, la colección Perfil del Deseo, Deseo escrito con una letra tan cursi como ramplona, en diagonal: *Deseo*. Se me dispararon todos los timbres de alarma de dentro de la sesera, y por un momento pensé en acercarme a Bonnie y preguntarle «Oiga, por favor, de esos libros, Perfil del Deseo, ¿cuál es el más excitante de todos, a su entender?». Pero nunca sería capaz de una cosa así. Y tampoco importaba, porque de los propios libros ya podían deducirse cientos de orgasmos femeninos: no había por qué molestar a una mujer en concreto, no había por qué meterse en la intimidad de nadie, bastaba con tomar un ejemplar y pensar en una mujer sujetándolo con una mano, entre el pulgar y el meñique. Todo estaba en lo manejable que era el volumen, como hecho para los dedos. Prácticamente, era como si aquel libro te estuviera diciendo a gritos: «¡Yo estaba allí, al ladito del clítoris, mientras pasaba por dos orgasmos seguidos!».

—Y ¿llegaste a comprar uno de esos Silueta del Deseo? —preguntó ella—. ¿El que se titulaba *La puta puteza de la ternura*?

—¿Te importa esperar un momento? Tengo que ir a buscarlo.

—Sí, claro, por supuesto.

Hubo una pausa.

—Se titula *La suerte del principiante* —dijo él—, y es obra de Dixie Browning. Viene destacada por la propia editorial, en calidad de volumen del, entre comillas, «Autor del Mes». No es solo que parezca usadísimo, sino que la anterior poseedora le tiró encima un vaso de ginebra o de agua o de lo que fuese, porque está todo ondulado. Con ondulación permanente, figúrate.

—Fiú.

—Volviendo a casa, en el coche, llevaba tal empalme encima por el mero hecho de poseer ese libro pre degustado, que en un semáforo, al ver por el retrovisor que tenía detrás una mujer, hice con los dedos, en el techo del coche, a pesar de que estaba lleno de cagadas de pájaro, tracé unos pequeños círculos como acariciando un clítoris, muy lentamente... La idea de que aquella mujer pudiese llegar a interpretar el significado del gesto casi me hace desmayarme de excitación. Pero no le vi expresión alguna en la cara. Total, que me llevé el libro a casa y me puse a leerlo. Y ¿sabes qué? ¡Era bueno! No solo me levantó un par de erecciones parciales, sino que

al final acabé con lágrimas en los ojos. Trata de un hombre y una mujer que están en una cabaña del bosque. Él es un científico muy manazas y ella le enseña a ser un poco menos torpe y al final consigue que se afeite la barba y el tío, una vez aseado, resulta que es irresistible, y además la transporta hasta las más altas cumbres del arrobo, aun careciendo de escuela en las cosas del amor. Estaba bien. Bueno, claro, no es que vaya a releerlo así, a corto plazo, pero cuando ves las cosas que pasan por exquisitas, hoy en día, no hay más remedio que admirar esta novela, por lo bien encajada que está dentro de su género. Pero da lo mismo. Lo que importa ahora es que al terminar el libro me imaginé a la anterior poseedora en ese mismo trance, acabando de leer, enfundada en una bata de franela de lo más corriente... Apaga la luz, cierra los ojos, pone el despertador... De pronto, vuelvo la última página del texto y resulta que hay cuatro o cinco páginas más, de promoción, con los títulos a publicar, etcétera, y sigo pasando y... ¿Estás preparada? Sigo adelante y me encuentro con... Voy a leértelo. Dice así: «¡Pásese usted sin que se le pasen las páginas! COMPLEMENTO DE LECTURA I le permitirá leer con las manos libres. El “complemento” ideal de sus novelas. En los viajes, durante las vacaciones, en la oficina, en la cama, en la mesa de estudio, en la cocina, mientras come»... No te pierdas lo de «en la cama», en plena mitad. Lo ponen astutamente, en una lista no sexual, legitimizado, como esos gigantescos aparatos de dar masajes que siempre llevan su prospecto hablando de alivio de los dolores musculares y de espalda, cuando para lo que en realidad están es para que las mujeres se masturben con ellos en la cama. El Complemento de Lectura es un adminículo con el dorso rígido, al que se sujeta el libro mediante una, entre comillas, «cincha de alta legibilidad». No hay nada que el libro pueda hacer, ahí queda, impotente, de par en par, atrapado en la cincha transparente, ofrecido a la admiración de todos los ojos de este mundo. El texto publicitario dice: «Este maravilloso invento convierte la lectura en un puro placer. Su ingenioso diseño mantiene el libro con las páginas ABIERTAS y APLANADAS, de modo que ni siquiera el viento conseguirá alterarlas. ¡Y usted, mientras lee, podrá estar haciendo cualquier otra cosa con las manos!». Total, que esa fue la página del libro, de *La suerte del principiante*, donde acabé masturbándome: la idea de una mujer leyendo que el invento le dejaría las manos libres para hacer otras cosas, y la idea de que lo encarga y luego sostiene el libro, bien atado, entre las rodillas dobladas hacia arriba, para leer el pasaje crucial del placer mientras ella se ocupa, allá abajo, de... De algo que no puede hacerse sin tener ambas manos libres... ¡Dios! El problema, sin embargo, es que a ti seguro que no te parece excitante nada de esto que te estoy contando.

—Bueno, verás —dijo ella—, sí que me resulta algo excitante, pero por la misma razón que tú expusiste antes, porque te excita a ti.

—Pero es que ahí está la cosa —dijo él—: si solo te resulta *algo* excitante, porque me excita a mí, no tengo más remedio que suprimir mi excitación de grado alto y sustituirla por una excitación de grado bajo, porque tu nivel de excitación determina

el mío, más que ninguna otra cosa. Al final, el problema es que a ti te resultará infinitesimalmente excitante y a mí se me convertirá en un descoloque y tendré que descartarlo. Ahí está el problema.

—Habrá que encontrar un término medio.

—El término medio está en que tú me digas lo último que te haya hecho concentrar la atención en la pastillita de caramelo.

—El cuento de la joyería me ha gustado bastante, la verdad.

—No, no, que sea algo de antes de esta noche. ¿Cuándo fue la última vez que te masturbaste?

—Anoche. No me acuerdo muy bien. Son cosas que como vienen se van.

—Venga allá, sí que te acuerdas.

—Fue en la ducha.

—Espera un segundo. Vale. Fue en la ducha.

—¿Qué es lo que acabas de hacer?

—Nada. Que estaban empezando a fastidiarme los calzoncillos. Sigue.

—Fue en la ducha, que es casi siempre el sitio donde mejor me masturbo. En el *college* teníamos unas duchas preciosas, de mármol, con las alcachofas a mucha altura, y el agua, la forma de cada gota, era exactamente como tenía que ser, unas gotas gordas y bien servidas, miles de millones de gotas. Anda que no me pude masturbar veces en las duchas aquellas.

—¿Me estás diciendo que te masturbabas en las duchas comunes?

—No, no, privadas —dijo ella—. Eran como cajitas de mármol, con su nicho de mármol. Muy ruidosas. A veces, cuando el agua se juntaba fluyéndome por el brazo abajo y pasándome por entre las piernas, hasta desplomarse contra las baldosas, hacía un ruido casi como de carraca. Era un colegio mixto, de modo que potencialmente podía haber algún chico de mí mismo pabellón en la ducha de al lado, pero la cosa no me interesaba. De todas formas, solía ducharme a unas horas muy raras, cuando los cuartos de baño estaban desiertos. A la una y media de la tarde. Iba a clase, me ponía a dibujar en los márgenes del cuaderno, y me salía una curva pequeña, y la miraba, hum, y la transformaba en un pecho, aumentándola un poco de tamaño, y en seguida hacía el otro, y luego dibujaba un par de manos que sujetaban los pechos por detrás... Era una idea que siempre me llamaba la atención: estaba sentada en un aula, o algún tipo de sala, con poca luz, en una conferencia sobre historia de la arquitectura, con diapositivas, y alguien sentado detrás de mí alargaba los brazos y me agarraba los pechos, apretándome contra el respaldo del asiento. De modo que cuando terminaba de dibujar los pechos con las manos encima no me quedaba más remedio que masturbarme, y salía a todo meter hacia mi ducha de mármol color crema. En algún sitio había leído algo sobre los dioses fluviales que también me excitaba. La verdad es que en aquellos momentos habría ido en busca de cualquier cosa líquida, la que fuera, una piscina, una bañera, un estanque, un océano. Veraneamos varias veces en la costa de Carolina, alquilando una casa, durante mis primeros tiempos de instituto,

y me bañaba en el océano, y tan pronto como me metía en el agua me venían ganas de marcha y nadaba hacia adentro, pensando en la cantidad de toneladas de agua que tenía debajo de las piernas, pero no podía, claro, porque había mucha gente alrededor, de modo que tenía que esperar a la ducha para poder masturbarme... Bueno, y aquella ducha también era estupenda, porque estaba al aire libre, en una caseta de madera, y yo llegaba con el bañador helado, sin quitármelo hasta encontrarme en el interior de la ducha, y tenía los pezones de punta, como en tu concurso de camisetas mojadas, y me iba despojando poco a poco de la tela, bajo la ducha caliente, me iba quitando el traje de baño frío, resultaba agradabilísima aquella mezcla de calor y de frío, que unas veces era frío lo que notaba por las piernas abajo, y otras calor, y me abría el bañador para que se llenara de agua calentita y se me saliera por el contorno de los muslos, una cosa la mar de agradable, la piel se me confundía con las diferentes sensaciones, pero al mismo tiempo estaba muy consciente de sí misma, con el vapor subiendo... Ah, en aquella caseta de la ducha, que se llenaba de vapor cuando yo aún no me había metido, había también un espejito de cristal, supongo que para afeitarse. Estaba a mano izquierda mirando a la alcachofa, que en este caso quedaba bastante baja. Y después de quitarme el bañador lo colgaba en el pivote de al lado del espejo, y me excitaba verlo ahí colgando, todo arrugado, porque implicaba mi plena y completa desnudez. Luego, cuando se empañaba el espejo, le pintaba un par de pechos en la superficie, con el dedo. El cristal estaba frío. Me apetecía apoyar los pechos contra el espejo, pero quedaba demasiado alto, de modo que me imaginaba apretándomelos fuerte, el uno contra el otro, y luego apoyándolos contra el espejo, y acababa de ver en la tele una cosa sobre esos espejos que solo reflejan por un lado, y me imaginaba que en el jardín había hombres viéndome los pechos aplanados contra el espejo lleno de vaho. Una vez incluso llegué a meterme en la ducha con una barra de labios y me pasé un buen rato pintándome los pezones y luego enjabonándome hasta que se quitara la pintura.

—Cielos, pues cómo te pondrían los lavaderos de automóviles.

—Los lavaderos. Me gustaba la parte del final, cuando te pasan por encima los escobillones de fieltro, pero no verdaderamente... Era muy raro que mi familia llevase el coche al lavadero. Casi nunca. Bueno, sí que recuerdo una cosa de mi imaginación... Me imaginaba volviendo a casa en coche con un desconocido y de pronto nos atrapaba un terrible monzón tropical, o como se llamen, y no funcionaban los limpiaparabrisas, de manera que yo tenía que encaramarme al capó y ponerme de rodillas y, sujetándome a la antena, ir restregando los pechos por el parabrisas, para que el hombre pudiera conducir. De hecho, tampoco es que lo pensara mucho, digamos que solo sería para una vez.

—Las fantasías están sometidas a extrañas presiones evolutivas, ¿verdad? —dijo él—. Si no funcionan, o si no se metamorfosean en algo capaz de funcionar, no sobreviven.

—Sí, incluso en la elaboración del orgasmo, hay como una especie de interruptor.

Piensas, vamos a ver: ¿Dos pollas, cada una asomándose por una axila, chorreando esperma? ¿Sí o no? No. ¿Soy profesora de geometría y me dedico a calibrar los penes de mis alumnos? ¿Sí o no? No. ¿Estoy de enfermera en una clínica de fertilidad y mi trabajo consiste en desnudarme ante los clientes con dificultades de eyaculación y primero mamársela y luego utilizar la lengua como si fuera un tubito, para verter el esperma en su correspondiente probeta? No. ¿Estoy en un probador y el guardia de seguridad, que es hawaiano, me espía por el monitor del vídeo, mientras yo me voy probando pantalones vaqueros? Bueno, a lo mejor sí. En realidad, viene a ser como vestirse para una fiesta, sin saber qué ponerse hasta el último minuto y probándose frenéticamente una imagen detrás de otra, ropa y más ropa, sin saber qué combinación es la que verdaderamente resulta mejor, y se hace tarde, cada vez más tarde, hasta que por fin sacas del armario el traje maravilloso, con un bordado riquísimo, y te lo enfundas y, aah, ya puedes despacharte a gusto.

—¡Cielo santo! Pero ¿qué pasa si estás leyendo y las imágenes no se hallan bajo tu control? ¿A lo mejor con el libro abierto, encajado en un Complemento de Lectura?

—¡Ja ja! ¿Quieres decir con las manos libres para hacer *cualquier otra cosa*?

—Por ejemplo, sí.

—Bueno, pues tengo un sistema, para cuando leo.

—Supongamos que estás leyendo el ejemplar de *Fórum* que tienes en casa.

—Muy bien. Pues lo que hago es leer un poco de lo que sea, del relato o de la carta o de la novela, para ver si es algo con lo que me va a apetecer masturbarme. Si el texto ofrece buenas perspectivas, lo leo entero, a todo meter, para averiguar qué es lo que ocurre exactamente y localizar el punto en que me van a venir ganas de aflojar los topes, y los otros puntos que más vale que me salte, por la razón que sea, porque se pasan de violentos, o por aburridos, o por irrelevantes. Luego vuelvo, no siempre hasta el principio, desandando el camino, y el trecho que desande dependerá del punto que me haya marcado para alcanzar el orgasmo, porque tengo que medir el retroceso con mucha precisión, dependiendo de lo cerca que me considere del resultado final... Si estoy muy cerquita de correrme, no retrocedo más que un párrafo, pero si tiene pinta de que voy a tardar, a lo mejor me leo la escena entera, o toda la carta, o incluso la carta *anterior* a la elegida. Y hay veces en que me equivoco y empieza a montárseme el orgasmo cuando todavía me falta una página para llegar al gran momento del relato, y tengo que lanzarme en busca de las palabras que necesito. O también puede pasarme lo contrario, que se me esté echando encima el gran momento del relato y que el orgasmo ande remoloneando, que no estén en actividad todos los negociados, y, nada, tengo que leer la fraselanzadera muy despacito, sílaba por sílaba, «la... miéndole y... re... lamiéndole... la pode... rosa... verga...».

—Entonces, vamos a ver —dijo él—: si entras en una habitación donde hay un sillón y una mesa, y a un lado de la mesa hay un televisor, un aparato de vídeo y una

película X, y al otro lado un libro pornográfico de la época victoriana, ¿qué elegirías?

—El libro Victoriano, sin ningún género de dudas.

—Eso es algo que no me entra en la cabeza.

—Tú escogerías la película, ¿verdad? —preguntó ella.

—La película o, en todo caso, el propio sillón. Pero nunca el libro.

—La clásica oposición —dijo ella.

—Cierto, pero no... No deja de ser interesante. Llevo tanto tiempo oyendo hablar de esos estudios donde se demuestra que las mujeres se inclinan por el relato y los hombres por la imagen, que últimamente estoy empezando a pensar que los relatos representan *mujeres*, con lo cual adquieren para mí una especie de carga sexual, y de hecho eso es lo que me puso tan cachondo en Libros Bonnie, la vez que te dije, la idea de que estaba colándome de rondón en el recinto privado de una mujer. Creo que, poquito a poco, estoy empezando a comprender por qué la gente, en general, se inclina por la pornografía escrita. El orgasmo que se obtiene mediante la pornografía escrita es vaginal en vez de clitorídeo, por así decirlo, si es que semejante palabra significa algo, que no lo sé. Hace años leí en una revista para hombres un relato escrito en primera persona por una mujer, que seguramente no lo era, pero así estaba escrito, para que te creyeses que la historia te la contaba una mujer, una chica de dieciséis años que se está bañando en la piscina de los vecinos y que, claro, todavía no está acostumbrada a sus propias dulcizas, que le resultan una novedad, y no tiene en cuenta que la parte de arriba de su bañador es demasiado ligera y poco adecuada para los cometidos que ahora tiene que cumplir, y, hale hop, se le queda atrás en cuanto hace el primer largo, y la chica lo pasa fatal y no hace más que pedir perdón, pero el señor Boquigruño le dice que no se preocupe, que no tiene por qué avergonzarse, que a él no le importa nada que se bañe sin la parte de arriba, y así sucesivamente. El caso es que es un relato corriente y moliente, sin nada especial, pero el hecho de que estuviera escrito con la voz de la chica era como si yo hubiera estado ahí espionando cuando se quedó sin la parte de arriba, y eso bastó para proporcionarme una tremenda... para hacer que mi inversión me procurase unos dividendos inesperadamente elevados. Supongo que la pornografía verbal, por el hecho de registrar el pensamiento en lugar de recoger exclusivamente las imágenes, o como sea, puede alcanzar más temperatura que ningún otro medio. Telepatía al alcance de todos los bolsillos. Pero a mí, la verdad, me siguen haciendo falta las imágenes. De ti en la ducha, por ejemplo. O sea, cuando el orgasmo, ¿tienes las piernas ligeramente separadas?

—Sí.

—Y ¿eres la afortunada poseedora de una de las legendarias duchas para masaje de la marca Water Pik?

—Sí que tengo una, pero nunca la uso en ninguna de las posiciones especiales. Ya estaba instalada cuando yo ocupé el piso. Resulta muy práctica para limpiar la bañera. Pero cuando... No me la apunto, ni me la encajo entre las piernas, ni nada parecido.

La uso como cualquier otra ducha. Lo que sí hago...

—¿Qué?

—Cuando empiezo a hacerme tiritar...

—¡Dilo ya!

—A...

—Sigue.

—Abro la boca y me la lleno de agua. La sensación del agua rebosándome por los labios... ¿Estás ahí?

—No dejes de hablar.

—Es que ya está —dijo ella.

—Estabas en la ducha, anoche, y el agua te corría por la cara, saltando de una parte de tu cuerpo a otra parte de tu cuerpo, como las bolas de un *flipper*, y tenías los ojos cerrados. ¿Qué te pasaba entonces por la cabeza? Mira, me gustaría...

—Perdón, no te oigo, estás como murmurando.

—Digo que me gustaría *cujc* —dijo él.

—¿Qué?

—Perdona, a veces me atraganto sin querer. Digo que me gustaría... ponerte las manos en los muslos, muy arriba, y separártelos, y cubrirte el montículo entero con la boca y respirarte encima, a través de las braguitas.

—Uuuch.

—¿Estás ahora mismo con las piernas separadas?

—Las tengo encima de la mesa de centro, cruzadas por los tobillos.

—Tendrá que valer —dijo él—. Cuéntame lo que te pasaba por la cabeza anoche, en la ducha.

—Francamente, no creo que consiga recordarlo. Y, de todas formas, las cosas que pienso se suceden a mucha velocidad. Y tampoco es que me pase el tiempo venga un orgasmo por aquí, venga un orgasmo por allá. Muchas veces me ocurre, en la ducha, que me acuerdo de alguna situación embarazosa, o de alguna tontería que he dicho, y trato de espantar el recuerdo en voz alta: «Aparta y vete, cacho cabrón». Por ejemplo: de pronto me acuerdo de un día en que volví de una fiesta con un pedo tremendo, como que estaba clarísimo que iba a ponerme a devolver en cualquier momento, pero en mi cuarto de baño había alguien, lavándose la cara, lavándose los dientes, canturreando, todo contento, y yo gimiendo, apoyada en la puerta, dando unos golpecitos la mar de educados, arañando casi sin fuerzas, pero resulta que el andoba había echado el pestillo, porque no funcionaba el pico de la cerradura, y debía de estar demasiado contento con la marcha de las cosas como para escucharme, o sencillamente se pensó que estaba de broma, que le estaba diciendo hola con los golpecitos, y, total, que acabé echando la pastilla en la puerta de mi propio cuarto de baño.

—Huy qué horror.

—Perdona la grosería. Afortunadamente, la cosa había ido del impepinable

ponche de fruta. El tío estuvo adorable, nos lavó a mí y a la puerta, me quitó la ropa y me puso el camisón. Luego, claro, fue ese mismo quien me dejó tirada porque le dije que se metiera el bolígrafo en el bolsillo de detrás. Las cosas así, cuando estoy en la ducha y las recuerdo, me hacen muy mala impresión, y me pongo a lanzarles insultos para ahuyentarlas.

—No sabes lo bien que te entiendo: «¡Largo de mi ducha! ¡Ahora mismo!».

—Sí, sí, sí. Y, no creas, también me lavo, cuando estoy en la ducha. Y pienso en todas las cosas que tengo que hacer. De modo que la pajita no es más que una parte del repertorio. Tampoco es que el asunto me absorba la vida entera.

—Bueno, claro, por supuesto, *ya lo sé*. Pero... ¿Te lavas la cabeza antes o después de la pajita?

—Lo normal es que primero despache los asuntos urgentes y que luego haga una cata, a ver si me lo pide el cuerpo.

—¿De qué color tienes el pelo?

—Castaño claro. Ondulado. Pero cortito. ¿Y tú?

—Negro —dijo él—. Ahora dime de qué cosas te acordaste que tenías que hacer, anoche en la ducha.

—Oh, bueno, cosas de trabajo. Cartas que escribir... Eso es lo que tendría que estar haciendo ahora, escribiendo cartas.

—No, no: ni hablar.

—Y tengo que pintar el vestíbulo. Ah, mira, ahora me viene a la cabeza una imagen sexual que tuve ayer. Los anteriores inquilinos pusieron un papel espantoso, una especie de pátina metálica, con el dibujo de un árbol rodeado por una cerca, y una rueda de carro apoyada en ella, repitiéndose una y otra vez. *Un espanto*.

—No suena muy bien, no.

—De modo que llegar al piso y sobrepintar el papel fue todo uno —dijo ella—. Escogí un color que se llama Farolillo de Papel, y le di dos manos. No fue porque no me avisaran, desde luego: «Estás pintando sobre papel metalizado, *comprendes*, y no va a tardar nadita nada en pelársete todo». Pero, vamos, ni pensarlo, que fuese yo a tolerar el papelajo ese... Se me podía quedar impreso en la psiquis y aparecérseme a los ochenta años, en mi lecho de muerte. Conque le eché encima dos buenas manos de pintura. Y el primer año bien, no pasó nada. Pero luego vino un verano canalla, y, como quiera que fuese, la humedad se las apañó para sacar a relucir de nuevo el diseño metálico, y vuelta a que se vea la rueda de carro apoyada en la cerca. Muy tenuemente, eso sí. Ahora, qué quieres que te diga, casi me gusta. Pero, qué remedio, tendré que volver a pintarlo. Conque en la ducha me vino la idea de estar ahí en el vestíbulo, pintando con un rodillo. Qué pérdida de tiempo. Y de pronto me digo, eh, tú, espera un momento, será por dinero, esta vez llamo a los pintores, pagando lo que sea. Y se me aparecen tres pintores, y resulta, de buenas a primeras, que en la pared hay un *boquete* enorme, a cuatro palmos del suelo, lo suficientemente grande como para meter yo el cuerpo y quedarme con las piernas en el vestíbulo y el tronco y la

cabeza en el cuarto de estar. Hubo que pulir el boquete y que forrarle los bordes con piel de cordero. Yo, sin nada encima, apoyándome con las manos en dos botes llenos de pintura, pero de pintura *calentita*, y eso sí que era extraño. Había un pintor trabajando en el cuarto de estar y otros dos en el vestíbulo, por donde me asomaba la parte inferior del cuerpo. El pintor que tenía a la vista no daba la impresión de haberse fijado en mí. Estaba de espaldas, pintando una pared. Los del vestíbulo utilizaban rodillos, pero de los pequeños, de los que se usan para retocar detalles, que no miden más allá de cuatro dedos, unos rodillitos monísimos, que pasan por *todas partes*. No sé cómo, pero de pronto me di cuenta de que uno de los pintores se estaba equivocando de color, que estaba pintando el vestíbulo con el color que yo había elegido para el cuarto de estar, Opulencia Opalina... O sea, que se había equivocado al coger la lata del camión. Qué *desastre* de hombre. El otro era más concienzudo: estaba aplicando un esplendoroso Farolillo de Papel con su rodillo de retoque. Por cierto, que los nombres de los colores son del catálogo de las pinturas Sherwin Williams, no me los he inventado yo. Total, que doy una voz: «Señores, por favor, ¡no vayan a equivocarse de colores! ¡Hay mucha confusión en potencia!». Pero ellos estaban de charleta y no me oyeron. Yo sí que oía los rodillitos, tan pegajosos ellos, recorriendo la pared, *sshp, sshp, sshp*, mientras los pintores sostenían una conversación la mar de trivial, hablando de una chica que habían visto aquel fin de semana, en el lago, a bordo de una motora, vestida con un mono, pero sin nada debajo, de modo que las tetas se le salían por los lados del peto, y a continuación hicieron referencia a una vez, en un trabajo, cuando uno de ellos, evidentemente, abro comillas, «le comió el coño», cierro comillas, a la señora cuya casa estaba pintando y ella luego se la meneó a él encima de una solera de pizarra toda resquebrajada, porque tenía la paranoia de que no fuera a estropeársele el acabado de la taracea de pino que tenía puesta en el suelo, muy antigua. En aquel momento di otra voz, con toda la amabilidad posible: «Eh, muchachos, por favor, no vayan ustedes a equivocar los colores». Pero esta vez, en lugar de contestarme, uno de ellos agarró el rodillito, lo pringó bien pringado en Farolillo de Papel Semibrillante, y me lo plantó en el lado derecho, bueno, ya me entiendes... en el cachete derecho del culo, y en seguida noté que me trazaba una recta de pintura por la pierna abajo, recorriéndome la pantorrilla, hasta llegar al tendón de Aquiles, para luego volver a subir. Igualito que la costura que llevaban las medias de antes de la guerra, pero en más ancho. Luego volvió a meter el rodillo en la bandeja, para recargarlo, y la emprendió con mi otro cachete, otra vez hasta abajo y vuelta a subir, muy decidido. El tío al principio apretó poco, de modo que apenas si noté un roce como de algodón, de pronto, en lo alto del muslo, y el rodillo que empezaba a bajar, muy poquito a poco; pero luego fue aumentando la presión y la pintura se escurría del rodillo, corriendo por delante de este, por mi pierna abajo, sorprendentemente cálida. Los botes de pintura habían estado en la trasera del camión, aparcado a pleno sol. Fue de lo más agradable, la sensación del rodillo en las corvas. Me di cuenta de que me arqueaba ligeramente hacia arriba,

como los gatos cuando los acarician. Entretanto, el otro pintor, el que se encontraba en la habitación donde yo tenía la cabeza y el tronco, seguía tan campante con su trabajo, dándome la espalda, de modo que la tarea, al menos en parte, continuaba en marcha. Yo esperaba, ahora, que los dos del vestíbulo se pusieran de nuevo al tajo, sin más dilaciones. Lo que pasó, en cambio, fue que noté un par de manos en cada pierna, que me alzaron por un segundo y que me colocaron sendos botes de pintura bajo los pies. La postura resultante no era especialmente cómoda. Los bordes de los botes me hacían un poco de daño en los pies, y tenía las piernas más separadas de lo normal, y además la espalda muy apretada contra el revestimiento de piel de cordero que le habían puesto al boquete. Pero tampoco resultaba intolerable. Y entonces sentí un roce de nudillos en la cara interna de los muslos y comprendí que el primer rodillito me estaba empezando a trazar una franja de Farolillo de Papel a partir justamente del nacimiento del pelo púbico, pasándome muy despacito por encima del clítoris y todo lo demás, como una especie de apisonadora, y luego vuelta a subir. Y, al mismo tiempo, el otro pintor acababa de equivocarse de pintura al cargar el rodillo, poniendo Opulencia Opalina, y, ladeando el rodillo, me estaba pintando una franja horizontal en el culo, la primera pasada sin apretar, y la segunda apretando, y luego por en medio, y yo que chillaba: «¡Que no! ¡Que no! ¡Qué le digo que esa no es la pintura correcta!». Pero el tío dale que te pego con el rodillo, por la zona de lo que tú llamarías el «agujero del tocotoc», sin dar muestras de estar oyéndome. Pintura no tóxica, claro está. Luego le oí dejar el rodillo y noté que me plantaba las manos muy en lo alto del culete, con las puntas de los dedos presionándome las caderas, y en seguida hizo una cosa la mar de sorprendente. Sentí que todo su peso me gravitaba en las caderas, donde tenía él las manos, y en el centro de la espalda, y me supuse que estaba sosteniéndose en equilibrio, como un gimnasta, solo con las manos, con las rodillas dobladas y las piernas separadas. A continuación, apenas un segundo más tarde, noté la presión ardiente de un objeto chato en el agujero del culo, tan opulentemente opalino como lo tenía, y en seguida un empuje como de irse abriendo camino. Se me escapó un «¡huyuyuy!» y fue entonces cuando el pintor del cuarto, volviéndose sorprendido, paró mientes en mí por primera vez. Yo seguía con cada mano en un bote de pintura. Y al otro lado, en el vestíbulo, mientras uno de los pintores, el gimnasta, se me clavaba en el culo, sin molestarse en pedir perdón, el otro, el más concienzudo, el que siempre había usado la pintura correcta, me separó... me separó los labios del verdadero yo, con los pulgares, y noté cómo se me iba deslizando dentro. Exclamé «¡Fuú!» y al pintor del cuarto de estar se le pusieron los ojos como platos. El tipo se me quedó mirando con cara de «¿Pero qué vídeo de gimnasia practica la señora esta?». Me figuro que yo, en ese momento, tenía el labio de arriba fruncido de placer. De hecho, tenía una expresión como de estar abriendo con los dientes un paquete de condones, con carita de dentera, pero *sin paquete de condones*. El pintor de mi lado cargó el rodillo con pintura de un gris bastante cálido, pero bastante cálido, y a continuación se tendió en el suelo debajo de mí, aunque en

sentido contrario, con la cabeza contra el rodapiés, de modo que la cara y las gafas manchadas de pintura me quedaban al fondo del campo de visión, entre teta y teta. Lo siguiente que hizo fue situarme el rodillo encima de un pezón y luego pasarlo de pecho a pecho en horizontal, hasta colocarse en la puntita opuesta, todo ello mientras se valía del pie para poner en posición otro bote de pintura. Sin separar la espalda del suelo, levantó las caderas en el aire, con las botas asentadas en el bote de pintura, igualito que los elefantes del circo, con ese taburetito que les ponen, ¿te imaginas? Y a continuación se sacó la polla. En ese mismo momento, el pintaculos del vestíbulo me retiró las manos de la espalda, cargándome todo el peso del cuerpo, con la polla y los músculos del muslo, en pleno culo, mientras el pintapiernas, el que estaba de pie, se salía de mí casi por completo y de inmediato me la volvía a meter hasta el fondo, tanto que notaba contra el cuerpo la tensión de sus músculos, y abrí la boca para decir: «¡Ooh!», que es sin duda alguna lo que habría dicho si todo esto que te estoy contando hubiera ocurrido de verdad en el vestíbulo de casa, pero, por supuesto, en cuanto abrí la boca se me metió en ella el pito del señor que tenía debajo, y solo pude decir «mmm», y a continuación se me corrieron dentro, uno detrás de otro, primero el de la boca, cosa rara, luego el del coño y por último el del culo.

—*Dios del cielo* —dijo él—. Y ¿pensaste todo eso mientras te masturbabas en la ducha?

—Y más. Date cuenta de que una cosa es contarlo, que lleva su tiempo, y otra verlo en una rápida sucesión de imágenes, entre otras varias. Tardo mucho en correrme.

—Cuéntame las demás cosas.

—Bueno, mmm. La idea que por fin me hizo correrme fue... Fueron dos. Perdóname un segundo.

Hubo una pausa.

—¿Qué has hecho? —preguntó él.

—He ido a buscar una toalla para tenerla a mano cuando me haga falta. No quiero correrme aún, pero me estoy poniendo mojadísima.

—¿Quiere ello decir que te has quitado los pantalones negros y los zapatos de lona? —preguntó él.

—Sí.

—¿Braguitas?

—No.

—Y ¿de qué color es la toalla?

—Verde —dijo ella.

—¿Dónde la tienes?

—En la mano, hecha un burruño, puesta donde es menester, pegadita a los bajos. Ahora acabo de apartarla.

—¿Por qué no quieres correrme aún? No me importaría nada, la verdad.

—Porque si me corro me desmorono y se me quitan las ganas de seguir hablando

como estamos hablando, y me gusta hablar como estamos hablando. Tengo un clítoris la mar de falso, y no hay una vez que no trate de engañarme, cuando estoy con alguien, o incluso cuando estoy a solas, me dice: «Ánimo, Abby, despáchate, sin problemas, ¿no ves que dentro de unos minutos puedes correrte otra vez?, fíjate qué delicia, no frenes, no seas reservona, yo estoy aquí para lo que sea, lo mismo me da tres que cuatro...». Pero ya me conozco. No soy persona de orgasmos múltiples. *Un segundo* después de correrme, por mucho aspaviento y mucho gemido que le haya echado a la excitación, el clítoris empieza a recogerse en su celdilla, y la cabeza se embarca en otras ocupaciones. Eso sí, dos o tres horas después a lo mejor me doy el último toque en la ducha. Pero nunca antes.

—Ya veo. Entonces, por lo que más quieras, no te alejes de la toalla. Me encanta alargar las cosas.

—Estupendo. ¿Dónde estábamos?

—Ibas a contarme qué era exactamente lo que tenías en la cabeza mientras te corrías en la ducha, ayer por la noche.

—De acuerdo, pero ¿qué quieres decir: la imagen que me hizo correrme o la imagen que tenía en la cabeza mientras me corría?

—Pues... No sé.

—Hay una gran diferencia —dijo ella—. O sea, las imágenes reales que tengo en la cabeza mientras me corro son del tipo, no sé, elefantes marinos dormitando en una roca, un carrusel de tarjetas de felicitación, un cuadro muy bien envuelto en tela de saco, el mobiliario del porche... El cerebro se me dispara de tal manera, que no hay forma de adivinar qué bártulos lo estarán ocupando cuando llegue el momento del apagón general. Casi nunca son imágenes sexuales. Lo que te interesa es lo de antes, cuando me va viniendo, ¿no?

—Sí, supongo.

—Ayer creo que fue una combinación de dos ideas, pero me da un poco de corte.

—¿Ahora te va a dar corte, cuando acabas de contarme una especie de polvazo a tres pollas?

—Sí, pero eso no es nada, es solamente una imagen. La cosa que me hizo correrme ayer sí que la he puesto en práctica, hasta cierto punto, indirectamente.

—¿No te he contado yo lo mío con la novela de amor? —dijo él—. ¡Incluidos los meneítos guarros con los dedos en el techo del coche! Yo sí que me he soltado el pelo.

—Dime qué pinta tiene la cosa cuando te empalmas.

—¿Quieres que te lo diga así, de memoria?

—No.

—¿Quieres que me desate la bata, etcétera?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Jem. Pfu. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Está bien tiesa?

—Sí.

—¿Estaba ya, o acabas de ponerla tiesa?

—Estaba ya un poco. Acabo de mejorarla.

—Háblame de ella. Mírala y háblame de ella.

—Bueno, es una cosa... No sé. Jo.

—¿Te la estás toqueteando?

—Estoy... ¿Te digo la verdad?

—Sí.

—Con los dedos de la mano derecha estoy dándome tironcitos del pellejo de sujeción. La otra mano, toda nerviosa, está haciendo malabarismos con los huevos.

—Menéatela un poco, ahora, despacito —dijo ella.

—Vale. Cada vez que subo se aprieta por la punta. O sea, bueno, no es que sea ninguna novedad, siempre ocurre. Pero ahora que me has pedido que me esté mirando, eso es lo que más me llama la atención. Una especie de agarrotamiento.

—Acelera.

—Pero solo un momento, ¿eh?

—Vale, sin llegar a la combustión humana de carácter espontáneo, esta vez.

—Vale. Iiii. Qué bueno, tú.

—Eres un niño muy malo. Te noto las sacudidas en la voz.

—Sacudipaja. Pero no quiero correrme aún. Me paro.

—Muy prudente lo tuyo.

—Qué curioso —dijo él—. Al acelerar me ha venido una imagen que lleva años y años apareciéndome, sin que nunca me haya fijado en ella. Me imagino haciendo algo imposible... Cuando ya tengo encima la corrida, a punto, a punto, contorsiono una pierna y logro atrapar la polla con la corva, espachurrándola como si fuera una nuez en un cascanueces, hasta que se le quiten las ganas de evacuarse.

—Eres un bicho raro —dijo ella—. Pero me lo he pasado muy bien haciéndome la dominante contigo, por un momento.

—Ya. Pero tampoco deja de ser inquietante. Las reglas son diferentes hablando por teléfono. ¿Quieres que te diga lo que de verdad me vino a la mente cuando me pediste, abro comillas, «háblame de ella», refiriéndote a esta polla mía? ¿Quieres que te diga lo que de verdad me vino a la mente cuando se me pasaron el susto y el terror?

—¿Qué fue?

—Lo de aquella vez que estaba colgadísimo por una chica de la oficina —dijo él—. Una tía con unos brazos preciosos, de los que se enorgullecía mucho. No creo que tuviera una sola prenda de manga larga. Estaba desesperadamente enamorada de un individuo llamado Lee, el típico hombre casado que se dedica a encandilar a todas las titis, y que me caía fatal, personalmente. La chica sabía muy bien el cuelgue que yo tenía por ella, porque incluso solía enviarle notas internas con un solo asterisco en mitad de la página, al día siguiente de cada noche que me hubiera masturbado

pensando en ella. No sé hasta qué punto le parecía encantadora la cosa. A fin de cuentas, creo que no le disgustaba. Tampoco es que yo me lo tomase completamente en serio, claro. Una vez incluso extendió los brazos ante mí, en un gesto de perplejidad, y me preguntó «¿Qué pasa? ¿Hoy no tenemos asterisquito?». Sabía muy bien que me encantaban sus brazos. Traté de conseguir que ella me enviara a mí una nota interna con un signo de libra esterlina al día siguiente de cada noche que se masturbara pensando en Lee, pero nunca llegó a hacerlo. Un día tuve que ir a recuperar trabajo retrasado, y me vino la necesidad de cascármela. La oficina estaba absolutamente desierta, era un fin de semana largo. La chica se llamaba Emily, y cuando pasé por delante de su puerta fue como pasar por una vulva grandísima, tanto como para contener una mesa de despacho, y decidí que lo que tenía que hacer era sacarme una fotocopia del pito, bueno, no, dos fotocopias del pito, una antes de usarlo y otra después de usarlo, y dejarlas ahí, encima de su mesa, junto con la nota interna del asterisco.

—¿Qué pretendías conseguir con eso?

—Bueno, más que nada, quería que *viese* mi polla, pero, claro, no iba a sacármela delante de ella... Me hacía falta cierta distancia, bueno, ja ja, somos personas civilizadas y tenemos una edad, la cosa no pasa del papel. Total. Pero no te creas que es tan fácil fotocopiar el propio pito. Es un deporte que se practica mucho en las oficinas, me consta, pero hay que ponerse a ello para saber lo que cuesta. A lo mejor, si hubiera podido ponerme en plancha, como tu amigo el pintor encima de... de tu espalda, a lo mejor habría sido más fácil, pero tenía que empezar por conseguir algo lo más parecido posible a una erección, ahí delante de la fotocopidora, en una oficina desierta, un día de fiesta. Me puse a pensar en ella mirando la fotocopia de mi polla, el lunes próximo, y diciéndose, en principio, caray, qué tío más chiflado, pero luego dándose cuenta de que no tenía más remedio que mirarla y requetemirla, sin poder apartar los ojos de aquella imagen concreta de mi polla, *saliéndose del papel*, y la metía en algún archivo secreto, junto con las notas internas de los asteriscos, y alguna noche que se quedara trabajando hasta tarde pasaría sus larguísimos brazos por la parte de abajo del cajón y sacaría la carpeta de los asteriscos y empezaría a pasar hojas, asteriscos y más asteriscos, hasta llegar a la fotopolla. Así se me puso dura, y quedaba superado el primer obstáculo. A continuación había que situar la polla en el cristal, pero ¿qué ocurre?, que la fotocopidora que tenemos en la oficina, que no me gusta nada, pero son demasiado roñosos para comprarse una máquina decente, la fotocopidora que tenemos en la oficina está diseñada de modo que el papel normal, el de ocho y medio por once pulgadas, hay que ponerlo de lado, en mitad del cristal, entre las dos marcas. Sabes lo que te digo, ¿no?

—Sí.

—Total, que el problema era que en una hoja de ocho y medio por once pulgadas no me iba a salir más que una rodajita de la punta del pito. Siempre podía ponerme a horcajadas encima de la máquina, claro, pero eso era ya pasarse de ridículo. Al final,

acabé reproduciéndome el pito con una reducción del sesenta por ciento, porque el ajuste máximo de reducción utiliza toda la zona del cristal donde me alcanzaba el aparato, y me quedó una cosa de aspecto vagamente obscuro, aunque a escala reducida en su conjunto. Parecía una choza Quonset, toda chiquitita, a media altura del lado derecho de la página. Escribí 70% DE REDUCCIÓN en la copia. Pero, evidentemente, había que dejar de lado mi plan de sacudírmela a toda prisa y hacer una segunda copia, porque el pito, ya menguado, ni por el forro iba a alcanzar el punto donde empieza el cristal, más allá de la franja de plástico. Pero ahora estaba ya enloquecido con la idea de hacer por aquella mujer algo en que quedara algún vestigio de humor, para que pudiera decirse «es broma, es broma», pero que no por ello dejara de transmitir en toda su plenitud la idea de que ese fin de semana había estado solo en la oficina, con una tremenda erección, pensando en ella. ¿Cómo me las apañaba para indicárselo? ¿Dejando mi *mácula* en la nota interna del asterisco? Demasiado basto. ¿No te parece que habría sido pasarme?

—Sí, creo que sí.

—Eso mismo pensé yo. De modo que lo que hice, en cambio... ¿No te ponían a ti, en el jardín de infancia, a hacer siluetas de tu propia mano? Había que apoyarla en un papel e ir contorneando los dedos, uno por uno, con un lápiz. Así iban apareciendo los pequeños salientes de los nudillos, y, según seguías contorneando, una y otra vez, el lápiz adoptaba un ángulo ligeramente distinto, con lo que venía a resultar una especie de *aura* de la mano, con un parecido mucho más grande del que nunca sacaríamos dibujando, y, luego, bastaba con pintar las uñas y las arruguitas del dorso de los dedos para que quedase estupendamente. Una vez, una niña y yo hicimos un intercambio: ella me contorneaba la mano a mí y yo se la contorneaba a ella, al mismo tiempo... Con lo despacito que iba, le hacía cosquillas y se reía cada vez que el lápiz le llegaba a un punto entre dos dedos, pero fue valiente y aguantó. Se llamaba Martha. ¡Cuánto me alegro de haberlo recordado! Una de las maestras nos enseñó a dibujar un pavo usando dos manos superpuestas. Pero eso no tenía interés alguno, era un simple truco. Lo mismo pasaba con las sombras chinescas: lo bonito no eran los cocodrilos o los murciélagos que se podían obtener con las manos; lo bonito era el modo en que la imagen de sombra permite percibir con toda exactitud el verdadero contorno de la propia mano, el aspecto que verdaderamente tienen las almohadillas de carne que se forman debajo de cada articulación del dedo. Evidentemente, eso era lo que había que hacer. Conque cerré la tapa de la fotocopidora y cogí una hoja en blanco y me concentré en la idea de la sorpresa que iba a llevarse aquella mujer y luego en la idea de cuando ella estuviera mirando la nota interna, hasta que recuperé la enderezadura. En seguida me puse a contornearme el pito con un boli, sujetándome con un dedo y sosteniendo el bolígrafo muy recto, para arriba y para abajo, y era una sensación muy interesante, no placentera, pero muy interesante, aquel bolígrafo frío. Completé cinco pasadas. Y lo grande fue que, sobre el papel, el pito quedaba realmente impresionante. Con todo el aspecto de ser un *pito enorme*. Porque, claro, la

imagen que se obtiene es mayor que la realidad por lo menos, cómo te diría yo, dos radios del bolígrafo, o sea todo el diámetro del bolígrafo, su buen medio dedo. Mucho mejor que la fotocopia, que, como ya te he dicho, parecía una especie de pajar puesto de lado, ahí en el margen derecho. Total, que escribí CONTORNO DE POLLA A ESCALA 1:1, figúrate, 11 h. 43 m., DOMINGO, 24 DE NOVIEMBRE, o la fecha que fuera. Y puse la nota interna, con los dos autorretratos, en la bandeja de entradas de la chica aquella.

—¡Anda allá! ¿No los encontró nadie?

—No... No. Los recobré antes de marcharme.

—Ah, bueno.

—Y estuve un mes sin mandarle ni una sola nota interna de asterisco, lo cual era bastante insólito. La chica me empezó a lanzar miradas inquisidoras. Al final, una tarde se acercó a preguntarme que qué me pasaba. Dijo que no parecía tan exultante como de costumbre. Y yo me puse a refunfuñar sobre un compañero de trabajo, y a lamentar el hecho de que fuéramos una compañía de segunda fila, cuando podíamos estar entre los primeros, las sandeces de siempre. Y luego le dije: «Y hay algo más». Ella dijo: «Bueno, y ¿qué es?». Sabía que era algo relativo a ella. Total, que con una extraña mezcla de rechazo y de ganas, le confesé que había sacado un perfil y una fotocopia de la polla y se los había puesto en la bandeja de entrada, una noche, pero que luego me lo había pensado mejor. Ella dijo: «¿Sigues teniéndolos?». Y yo le contesté: «¡Jo! Creo que sí».

—¿Los tenías guardados? ¿En alguna carpetita personal?

—Claro —dijo él—. Figúrate, con el trabajo que me había costado hacerlos... Luego, además, todo aquello era parte del plan, quiero decir lo de soltarle lo que había hecho y que ella pidiera verlo y que yo lo tuviera a mano para enseñárselo.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que la polla fotocopiada parecía un sonograma.

—¿Eso es todo?

—Ya te dije que la tía estaba enganchadísima con el tal Lee. Le sugerí que se quedara con los folios, si quería, a efectos comparativos. Pero dijo que no, que gracias. Una semana más tarde, o cosa así, comimos juntos. Mientras ella lloriqueaba, a vueltas con Lee, yo la escuchaba comprensivo. Luego le pregunté, fue que no pude evitarlo, le pregunté: «Dejando aparte la fotocopia —dije—, me gustaría preguntarte si el perfil de la polla no te resultó algo excitante, aunque solo fuera un poquito. No allí en mi despacho, claro, sino más tarde. ¿No sentiste ni siquiera un atisbo de excitación, más tarde?». Mirándome con expresión indulgente, me dijo: «De veras que lo lamento: las dos imágenes me hicieron sentir algo de ternura por ti, pero *desde luego* que no me excitaron». La cosa no parecía tener vuelta de hoja.

—Eso diría yo —dijo ella.

—Ya, ya. Pero la tenía. Siguieron pasando cosas.

—¿Quieres decir que acabasteis por montárosla juntos, tú y...? ¿Cómo se llamaba

la chica?

—Emily.

—Es verdad, ya me lo habías dicho. ¿Y?

—Bueno, sí, llegamos a pasar una noche en mi apartamento —dijo él.

—¿Lo de siempre? ¿Cubriste la pantalla de la lámpara con tus mejores trapos? ¿Brindó ella por ti con el tubo de Koromex?

—Más o menos. Pero, en fin, eso fue lo que pensé cuando me pediste que me mirara la polla y te contase lo que veía. Tengo que reconocer que es una de las peticiones más inquietantes que me han hecho en mi vida.

—¿Te gustaría saber si a mí me resultaría excitante un perfil de tu polla?

—Sí, la verdad es que me pica la curiosidad.

—Dependerá del humor en que me encuentre. A lo mejor me podría gustar hacer yo misma el trazado. Si tú me trazas el cuerpo entero, yo, a cambio, podría trazarte a la pálida Ramona... El receptor por el que estoy hablando, el del teléfono...

—Sí.

—Es igual que un tamiz, igual que un filtro de esos que se colocan en el desagüe de la bañera. A veces, cuando estoy al teléfono, pienso que si me concentrara lo suficiente podría meterme dentro y convertirme en vapor y luego volverme a materializar en la habitación de la persona con quien esté hablando. ¿Me paso de rebuscamiento, para tu gusto?

—No, yo también he pensado lo mismo alguna vez —dijo él.

—Lo interesante —dijo ella— está en que el propio viaje tomaría su tiempo. Muchas veces me pregunto qué sentiría uno si se convirtiera en una especie de nube de vapor, pero con consciencia. ¿Sabes los camiones esos que se dedican a eliminar la vegetación que crece en las cunetas? ¿Los del zumbido? El tipo echa adentro una rama, y suena mmmmn-yooonnnn-mmmmmm, y empiezan a salir astillas por un tubo que llevan en lo alto. Pues lo mismo, pero, claro, sin dolor. Donde yo me sitúo es en el momento en que ya soy una espuma de madera astillada y hojas en trocitos. O ¿sabes también qué? Los pájaros, cuando los succiona el reactor de un avión. A veces estoy en la cama, a las tres o las cuatro de la madrugada, y me imagino volando a muchas millas por encima de la superficie terrestre, con un frío enorme, y aparece uno de esos aviones secretos, todo negro, con unos motores redondos de un tamaño descomunal, uno de esos motores que llevan como cuchillas rotatorias, igualitas que la parte de abajo de las setas. El avionazo negro va deprisísima, y yo lo mismo, pero en dirección contraria, y al cruzarnos me meto de cabeza en uno de los gigantescos motores, y salgo convertida en una larga nube de sangre. Tengo una longitud de varias millas y, además, por causa del frío, estoy cristalizada. Con unos brazos *larguísimos*, como a ti te gustan. Y luego me vuelvo a condensar en la cama, ssshp, otra vez toda cortita y abrigada. Seguro que tiene alguna relación con mi nivel de estrógeno. Pero el viaje por teléfono tendría que ser algo parecido, creo yo. Qué digo, no tendría que ser, es.

—Te quiero, te quiero, te quiero. Me lo cuentas todo.

—Eso parece, ¿verdad? Muy impropio de mí.

—¿Sí? —dijo él—. Será que soy un confesor compulsivo. Aunque, la verdad, rara vez me sucede esto de arrojar mi pan a las aguas y que me lo devuelvan multiplicado por diez.

—Cuéntame todo lo demás que te ocurrió con tu amiga Emily.

—¿Por qué? No, no, me haría parecer un tipo raro.

—Eres un tipo raro —dijo ella.

—Sí, tienes razón, lo soy.

—No te importe... Yo también soy rarita. Lo que pasa es que me gustaría averiguar cómo eres con una mujer en los brazos, físicamente. No por teléfono, con la cosa de los catálogos o de la perfecta desconocida llamada Klein, y todo eso, por muy gratificante que pueda resultar. ¿Qué acabasteis haciendo Emily y tú?

—No llegué a tocarla, vaya eso por delante. Conque seguramente quedarás defraudada. Es una historia la mar de corriente, la verdad, y ahora ya me están entrando ganas de empezar a impresionarte un poco.

—Impresióname con tu franqueza... Ese parece ser tu estilo.

—Bueno, pues esto fue lo que pasó —dijo él—. Después de haberle enseñado el perfil de la polla, y todo eso, fue como una especie de desenlace, y empezamos a comportarnos con mayor reserva mutua. A fin de cuentas, ¿qué podíamos decirnos? Yo se lo había ofrecido todo, ahí puesto, encima de la mesa, y ella básicamente me había rechazado. Pero entonces hubo una gran fiesta de despedida, de alguien que se marchaba, y Lee estuvo vacilando con ella de esa forma suya tan distante y tan engreída. Mira, me saca de quicio el modo que tiene el tío de llenarse la boca de cacahuets. Los cuarenta y ocho ya no los cumple, desde luego, pero hay que verlo cuando le preguntan algo, que echa para atrás la cabeza, se descarga en la boca un celemín de cacahuets, y contesta la pregunta en plena masticación. Pretende ser sardónico masticando cacahuets. Es una de esas convenciones televisivas que tiene a la gente fuera de sus cabales. Por supuesto que hay veces en que está uno tan deseando decir algo, que lo dice con la boca llena, y me parece muy bien. Lo que ya no me parece tan bien es que se utilice el hecho de hablar con la boca llena para demostrar lo totalmente relajados y espontáneos que podemos ser cuando nos metemos en conversación. Esto viene de haber crecido viendo anuncios de galletas saladas. Tatatatá. De manera que mientras yo lo odio con todo mi corazón el andóval está en la fiesta y, en mitad del asunto, algo desagradable sucede entre Emily y él, básicamente que él le deja claro que le pirra el vacile, pero que se olvide de cualquier otra cosa, porque está casado. Emily me lo cuenta en el aparcamiento y luego se agacha, agarra el espejo lateral de mi coche, para mirarse, y me suelta: «Muy bien, magnífico... Ya he conseguido un aspecto convincentemente patético». Es lo mejor que le he oído decir nunca, y puede que la haga parecer más vulnerable y encantadora de lo que es en realidad. Bueno, tampoco estoy siendo justo, es una chica majísima.

Total, que me pasé toda la semana siguiente con ella hablando de Lee, analizando la situación desde todos los puntos de vista posibles, aunque evitando decirle que yo, por mi parte, lo encontraba tan repulsivo como infantil; pero, aparte de eso, agotamos el tema por completo. Al final ya no aguantaba ni un segundo más de Lee, y le dije a Emily: «Oye, necesito que me des tu opinión». Porque evidentemente lo que le hacía falta era quitarse los problemas de la cabeza. Eran las seis, estábamos saliendo de la oficina. Y no sé cómo, por pura chiripa, aquel resultó ser el *momento* exacto para pedirle opinión: la vi desfruncirse de alivio, toda dispuesta a ayudar, y en seguida, mostrándome con el dedo un café que había en la otra acera, me dijo: «¿Por qué no nos sentamos ahí enfrente un rato?». Conque ocupamos una mesa, nos trajeron nuestros cafés con leche y le conté el problema. Saqué un trozo de periódico, lo desdoblé, me quedé mirándolo, la miré luego a ella, y vuelta a mirar el papel, y vuelta a mirarla a ella, hasta que por fin le dije que estaba pensando en poner un anuncio personal solicitando algo *muy* específico. «Así es como había pensado redactarlo». Y se lo pasé. Era el formulario de los anuncios personales, ya cumplimentado. Decía... Pero va a defraudarte.

—A ver si es verdad. Deseando estoy que me defraudes.

—Vale. Decía algo así como «Estamos tú y yo sentados en mi sofá, viendo una película X, sin tocarnos. Eres alta o baja, etcétera, y quieres verme mirarte mientras el placer te transforma los rasgos. Tengo 29 años y soy soltero de raza blanca».

—¿De verdad pensabas poner un anuncio así?

—Pues sí, a lo mejor. O no, puede que no hubiera llegado a ponerlo. Hacía bastante que andaba por ahí con él en el bolsillo. Ya empezaba a tener esa pinta que tienen las cosas cuando llevan un montón de tiempo plegadas.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Emily dijo: «Bueno, puedes probar, pero dudo mucho que nadie te conteste». En lo cual tenía muchísima razón.

—Bueno, no sé.

—Y aunque no la tuviera, tampoco creo que yo deseara lo que decía desear. Encontrarme con una extraña, la dificultad de romper el hielo... Habría sido un esfuerzo tan tremendo, solo para pasar del primer blablá que una situación así hace indispensable. No hay erección capaz de superar una prueba semejante. Lo que de verdad quería era pasarle el papel de periódico todo doblado a Emily y mirar cómo lo leía. En seguida le pregunté: «¿Qué tal quedaría si le quitase la parte más penosa, lo del placer que le transforma los rasgos?». Y ella dijo: «Eso precisamente es lo único bueno que hay en el texto».

Conque opté por el consabido si tú estuvieras en mi lugar, y le dije: «Ya sé que tú no eres yo, pero si lo fueras y quisieras alcanzar ese objetivo, ¿cómo lo expondrías?». «Mira —contestó ella—, lo mejor será que me definas exactamente ese objetivo, con tus propias palabras, para hacerme una idea más precisa». Conque le dije, ehem, bueno, que lo que buscaba era, entiéndeme, estar sentado en un sofá, junto a una

mujer, mirando una película porno, y que la mujer no mirara más que la película y que yo tampoco mirara más que la película, y que ella, hum, pues... se masturbara y que al empezar a descuajaringarse me dijera: «Mírame a la cara», y que yo la mirase a la cara y ella mirase la pantalla de la tele y ambos nos viniésemos al mismo tiempo. Conque me dice Emily, dice: «Muy bien, vale, ya tenemos un punto de partida». Saca un bolígrafo y se pone a escribir un borrador del anuncio en el mantelito. Escribe: «Estamos tú y yo sentados», y comenta: «Vale, hasta ahí vamos bien, una agradable nota coloquial, muy bonito». Creo que estaba verdaderamente encantada de no tener que hablar de Lee. Y a continuación golpea el mantelito con el bolígrafo y me dice: «Mira, no, tienes que poner las cosas mucho más en claro. Tienes que conseguir que la chica se encuentre a gusto, confiada. Tienes que hacer mención de algo parecido a una manta». ¡Así, como caída del cielo, una manta! No, espera, ya sé lo que dijo, *antes* de lo de la manta, dijo algo así como: «Tienes que conseguir que la mujer que lo lea comprenda que tus depravaciones no son incompatibles con cierta noción de lo correcto y cabal». No exactamente con esas palabras, pero muy parecidas. ¿Puedes creértelo? Y *de inmediato* saca a relucir la manta. Era un aspecto suyo enteramente nuevo para mí. Le pregunto: «De acuerdo, ¿crees que deberíamos especificar el tipo de manta?». Y ella, diciendo que sí con la cabeza, responde: «Sí, sin duda alguna, el tipo específico de manta, el tamaño, el grosor, el color... Es el único dato en que la chica puede basarse». Yo dije: «Vale, bien, ¿qué piensas tú? ¿Una de esas mantas verdes del ejército? ¿Una cobija mormona?». Ella pensó por un momento y luego dijo, dice: «Creo que deberías hablar de una manta con flecos». A lo cual le contesto: «Pero si *no tengo* ninguna manta con flecos». Y ella: «Tienes razón, eso plantea un problema». Y luego empieza el bombardeo de preguntas. Dice: «¿Qué distancia hay entre el sofá y la tele?». Emily nunca había estado en mi apartamento, claro. Le contesto: «Bueno, es que la tele está puesta sobre una mesita con ruedas, de modo que no hay distancia fija; pero, eso sí, el cable limita el alcance, de modo que probablemente no se pueda alejar más allá de un par de pasos del sofá». Ella, tras tomar nota de lo anterior, sigue adelante: «Porque la mujer que se ponga a repasar estos anuncios puede necesitar un dato así. Aunque no lo parezca, un hecho así puede ser de la máxima importancia... Y, vamos a ver, ¿el sofá es de dos, de tres o de cuatro plazas?». Le digo que es de tres, y ella dice: «¿Así?», y se pone a dibujar un televisor y un sofá en el mantelito. Conque le digo: «No, no, así», y hago un croquis de la habitación. Solo el sofá, las paredes, las puertas, las tomas de electricidad. Dibujo también dos figuras muy tiesas con flechas de dirección, para indicar dónde estarían sentados ambos personajes, viendo la tele. Ella mira, afirma con la cabeza y dice: «Muy bien. Lo siguiente es que no puedes decir película X, sin más. ¿Qué película piensas poner cuando la cosa suceda?». Yo digo: «Huup. Pues una película pornográfica, yo qué sé. Alquilaré un montón de ellas antes de que aparezca la chica, seis o diez, y ya iremos probando». Ella dice: «Pues no creo que llegues a obtener respuesta con semejantes vaguedades. Tienes que *comprometerte* a respetar una

determinada situación». Y digo yo: «Pero es que hay miles y miles de vídeos porno, como tú bien sabes». Y ella: «A eso me refiero. ¿Vas a ponerle un clásico, que a lo mejor ya conoce, o algo que tenga pocas probabilidades de haber visto antes? ¿Será nuevo para ti o no será nuevo para ti? Estas pequeñas matizaciones resultan *cruciales*». Y yo que digo: «También puede ocurrir otra cosa: que especificando la película ella vea el anuncio y alquile el vídeo y cuanto más lo mire más se interese en el anuncio». Y ella exclama: «Caray, tienes toda la razón. Hay que poner de qué película va a tratarse, en concreto; pero lo que no sé es qué película en concreto le puede interesar a ella». Y, para gran sorpresa mía, se me descuelga con una sugerencia. Dice: «Te voy a sugerir una cosa. Una película doblada. Una de esas películas extranjeras, con doblaje». Y a continuación explicó por qué. Dijo que así operaría en más niveles: está la parte gráfica, pero también unas bocas que pronuncian palabras sexuales en francés o en italiano, mientras los dobladores norteamericanos hacen *oooh* y *aaah*, y por lo general los actores norteamericanos de doblaje son mejores que los que tienen que ocuparse del sexo y hablar al mismo tiempo. Y sin interiores de *boudoirs* de Los Ángeles, ni fuegos de chimenea de Los Ángeles reflejados en copas de vino de Los Ángeles, ni nada de Ron Jeremy. Tampoco estoy reproduciéndolo con las palabras exactas, pero a eso era a lo que se refería. Y a continuación me dijo, sin salirse del tono práctico en que había empezado, dice: «Por ejemplo: Atom Home Video distribuye películas dobladas muy interesantes». De modo que planto la taza de café en el plato y le digo: «Vale, todo aceptado. Especifico el tamaño del sofá, especifico que las películas serán porno italiano de primera clase, recién importado, pero no me fío de mí mismo a la hora de comprar la manta adecuada. Eso es lo que más me preocupa, porque ahora me doy cuenta de que la manta es indispensable para completar el cuadro. ¿Por qué no me ayudas a elegirla?». Y ella que pregunta: «¿Ahora?». Y yo que le digo: «*Tiene* que ser ahora, sin más tardar, porque mañana quiero remitir el anuncio y, como tú misma dices, tiene que ir con el tamaño, el color, todo lo de la manta, si pretendo conseguir algo. *Me es indispensable* tu ayuda al respecto». Y dice que bueno.

—¿Qué clase de manta acabasteis comprando?

—Fuimos a un sitio de rebajas, bastante costoso, de esos que chorrean luz fluorescente, en una galería de cerca del trabajo, y entramos en la sección de mantas y vimos unas grandísimas, metidas en bolsas de plástico con cierre de corchetes. Las había horrorosas y no tan horrorosas, y resultaba muy raro, era como si ella y yo fuéramos una auténtica pareja que hubiera salido a comprar una manta. Emily fisgó por todas partes, rebuscando en un sitio y en otro, y yo detrás diciéndole: «¿Qué tal esta?». Ella palpaba la manta, ponía cara de estárselo pensando seriamente, meneaba la cabeza. Luego, cuando ya había recorrido las dos alas, me dice: «Pues no, no veo ninguna manta con flecos, entiéndeme, con *auténticos* flecos. Y voy a tener que marcharme a casa». Yo le contesto: «No, espera, vamos a alguna otra tienda». Y ella: «No, porque para cuando podamos llegar ya estarán cerradas todas las buenas tiendas

de mantas. Si hubiera encontrado aquí una manta con flecos decentes, te habría podido ayudar en la selección. Pero a partir de este momento me parece que te las vas a tener que apañar tú solo». Creí enloquecer. Me puse a revolver todas las mantas, pero de veras, estaba dispuesto a hacer venir al director del establecimiento y que buscara en el almacén. Y vaya que si encontré la manta, una pequeña, acrílica, arrinconada en lo alto de una estantería, una cosa de lo más normalita, verde y azul, nada del otro jueves, te digo, pero con unos flecos largos, de rizo. Emily la miró, la palpó, se puso encarnada y dijo: «Esta vale». Conque me fui derecho a la caja y dije que me la quedaba. Dentro había una etiqueta de cartón marcada ORLA DE SEDA MANTA ACRÍLICA DE PRIMERA CALIDAD, con la impepinable señora dormidita, toda sonriente, bajo la manta. Mientras marcaban el número de la tarjeta de crédito, Emily y yo nos quedamos mirando el dibujo, y, déjame que te diga, en ningún lugar de este planeta podía haber nada más obsceno que ese grabadito de la etiqueta con que venía la manta.

—¿Cuánto pagaste por ella?

—Diez dólares, o algo por el estilo, no me acuerdo. Aprovechando el impulso, compré también la revista *People*. Total, que cuando volvimos al coche la gran suerte fue que yo había tenido la astucia de no aparcar justo delante de la tienda, sino un poco más abajo (íbamos en mi coche), casi directamente enfrente de una tienda de alquiler de vídeos. Cuando llegamos no se veía mucho, pero ahora ya se había hecho oscuro y la tienda tenía las luces puestas, intermitentes, vídeo... vídeo... vídeo, era lo más brillante de todo el centro comercial. Conque le abrí la puerta a Emily y en cuanto entró en el coche le di la bolsa aquella tan enorme, con la manta dentro, y le dije: «Perdóname un instante, por favor, en seguida vuelvo». Y me metí disparado en la tienda de vídeo, buscando la sección de películas para mayores, que la tenían bastante secuestrada, y me puse a buscar por las cajas. Estaba sin aliento, con los sentidos súper alerta, revisando los vídeos, uno detrás de otro, «atom, atom... atom». Estaba convencido de que lo único que tenía que hacer era acertar con la película, dar con la película correcta. Parecía imposible, pero estaba en vena de suerte, en una irresistible vena de suerte, y encontré un par de títulos de producciones «Atom», entre los Caballero Controls y Cal Vistas y todas las demás productoras de menor cuantía que llenaban los estantes. Total, que alquilé una cosa que se titulaba *Un placer tan profundo*. Bueno, figúrate, ya el título apestaba a traducción, de modo que era perfecto. Me hice miembro del videoclub, alquilé la película y cinco minutos más tarde estaba de vuelta en el coche. Emily me aguardaba tan tranquila, hojeando el *People*. Me preguntó: «¿Has encontrado algo?». Y yo le dije: «Sí, una cosa que se llama *Un placer tan profundo*». Ella lanzó un pequeño «¡oh!» y me dijo: «Y ¿vas a verla esta misma noche?». Yo le contesté: «Sí, claro, qué remedio. Tengo que comprometerme a respetar una determinada situación. Has sido tú quien me ha convencido». Y ella me dijo: «Repítemelo, por favor, para tenerlo perfectamente claro. Lo que pides en el anuncio es una chica que acceda a sentarse a tu lado en el

sofá, que mire contigo la película y que se masturbe. ¿Es eso?». Apoyó ligeramente la mano en la caja que contenía el vídeo. Yo dije: «Sí», y ella siguió: «¿Solo eso, nada más, absolutamente nada más que eso? ¿De acuerdo?». Yo dije: «Sí, solamente eso. Y creo que tengo el modo exacto de formular el anuncio, y que voy a encontrar una chica, gracias a ti. Tú me has ayudado a elegir la manta adecuada y, además, creo que ahora tenemos también el vídeo adecuado...». En ese punto vacilé. A continuación le dije: «Bueno, *creo* que tengo el vídeo adecuado, pero así y todo... No sé, la cosa sigue inquietándome un poco. ¿Cómo sé que el vídeo es verdaderamente el que tiene que ser, y cómo hago para elegir qué escenas son las que...?». Para entonces ya estábamos en el aparcamiento de la compañía, justo detrás de su coche. Emily tanto podía marcharse como quedarse. Le dije: «Mira, estoy hecho un lío. No sé ni papa de películas eróticas de importación. Necesito tu consejo en este punto. No voy a ser capaz de juzgar por mí mismo. Nunca estaré seguro». Me quedé mirándola y ella se me quedó mirando a mí, y acuérdate de que yo me había pasado *horas* aguantándole la tabarra de Lee para arriba y Lee para abajo, de modo que al final dice la tía: «De acuerdo». Y fuimos a mi apartamento.

—¿Era buena la película? —preguntó ella—. ¿Salían estatuas?

—¿Estatuas? Ah, bueno, ¿quieres decir cosas antiguas? No me acuerdo si estaba o no estaba localizada en Roma. Era sobre una mujer que parecía estar a cargo de algún negocio de falsificación y que almacenaba la falsa moneda en unas arquetas. En una escena hacía el amor con un chalado que llevaba una corbata amarilla enorme, como de payaso, con el signo del dólar plantado en el centro. Una cosa sin pies ni cabeza, tontísima... pero qué más daba, Emily tenía razón, el doblaje la hacía extremadamente erótica. Y los pechos tenían una pinta la mar de europea, no sé cómo decirte: no alimentados a base de cereales, ni tan simétricos; pero, claro, a lo mejor era una ilusión provocada por la banda sonora.

—A todo esto, ¿tú qué hacías? ¿Mirabas la película o mirabas a Emily? ¿Qué llevaba ella puesto, por cierto?

—Una falda y una especie de jersicito de manga corta, rojo oscuro, si no me equivoco, una especie de rojo oscuro con rayas doradas verticales. Unos pechos adorables, pequeñitos, altivos, elegantes. Entiéndeme: ahí metidos, dentro del jersey.

—Y tú de qué ibas, ¿de chaqueta y corbata?

—Sí. Le abrí la puerta del apartamento y, dada la distribución que tiene, hay una entrada muy corta, con la puerta de la cocina a mano izquierda, y luego te encuentras inmediatamente en la salita... Total, que Emily entró por delante de mí, y aunque puse buen cuidado en no encender las luces de la sala, *allí* estaban, de todas formas, el sofá contra una pared y el aparato de vídeo, en su mesa, contra la otra pared, y era como si hubiese una línea fosforescente que conectara ambas cosas: estaban unidas entre sí, y ningún otro objeto de la habitación contaba para nada. De modo que Emily se volvió rápidamente hacia mí, para no verse obligada a encarar la salita tan de buenas a primeras, y puso en el suelo la bolsa de la manta... Bueno, se me olvidaba

algo muy importante que sucedió en el coche. Aparqué en la parte trasera del edificio donde está mi apartamento, salí, contorneé el coche y abrí la puerta de su lado. Ella entonces me pasó la bolsa de la manta con el *People* dentro, salió del coche y a continuación extendió los brazos para que le devolviera la manta. El gesto resultaba la mar de exacto, como si la manta hubiese pasado a ser de su incumbencia y a ella le tocase transportarla. Yo llevaba la cinta de vídeo y ella la manta. Bueno, pues dejó en mitad de la sala la bolsa de la manta y me dijo: «¿Qué? ¿Me enseñas tus posesiones?». Incurriendo en una expresión tan convencional, *tus posesiones*, ponía de manifiesto lo nerviosa que estaba, pero también era una de esas personas que dan lo mejor de sí mismas en las situaciones difíciles, ¿comprendes? Personas que al ponerse nerviosas parecen estar otorgándote el privilegio de captar su nerviosismo. Conque le enseñé la cocina, el dormitorio, el cuarto de baño... Hizo gestos de experta aprobación ante los imanes pegados a la nevera... Una maravilla de nerviosismo, el suyo. Le hice la lista de lo que podía ofrecerle para beber y antes de meterse en el cuarto de baño optó por un té de hierbas a la naranja. Conque metí dos tazas de té de hierbas en el microondas. Normalmente solo preparo una taza, claro está, y lo pongo para dos minutos, luego calculé, teniendo en cuenta el volumen extra de agua, que esa vez tendrían que ser cuatro. Pero me pasé un poco y el líquido estaba demasiado caliente. Al regresar con los dos té s volví a verla en la salita, dándome la espalda: había estado mirando mi televisor, que es un aparato de fabricación malaya, muy poquita cosa. No sé por qué todo el mundo, en cuanto dices que tienes vídeo, piensa que también vas a tener un televisorazo tremendo... No sé. De todas formas, lo pequeñito del aparato también parecía ajustarse perfectamente a la situación, aquella noche. Total, que Emily se deja caer el bolso por el brazo abajo, para depositarlo en la alfombra, junto al sillón de la pared de enfrente del sofá y se quita también los zapatos y los deja junto al bolso, creándose así una especie de pequeño reducto fuera del ámbito del sofá, suyo propio. Yo pasé un momento al cuarto de baño y al volver estaba sentada en el sofá, hojeando *People* con la poca luz que llegaba de la cocina. Las luces de la salita seguían sin encender, porque más adelante habría resultado incómodo apagarlas. Hizo un poco como si la hubiera sacado de la absorta lectura de un artículo, cuando encendí la tele, sin volumen, y dijo no sé qué de Arsenio Hall. Pero ella misma vio que no venía a cuento, y se le escapó una sonrisa, porque ahora estaba en el sofá, con la tele puesta, con ese sonido de frecuencia súper alta que hace el tubo al cargarse eléctricamente, y que a veces se oye incluso cuando va uno andando por las calles y la gente tiene las ventanas abiertas... Es como si el televisor afirmara su personalidad, su presencia, incluso con el volumen quitado, mediante un sonido que el oído parece ir percibiendo, o apreciando, cada vez mejor según avanza la noche y que también significa estar en casa, en privado, con las cortinas echadas y en secreto, porque es igual que cuando vivías con tus padres y a las seis de la madrugada bajabas de tapadillo al salón, para ver *Los tres Stooges*, dejando el volumen extremadamente bajo, para que tus padres no se dieran cuenta, pero no se te

quitaba de la cabeza, a pesar de lo mal que viajan los sonidos de muy alta frecuencia, no se te quitaba de la cabeza que aquel pitido podía subir por las escaleras e inquietar los sueños de tus padres con la noción de que tú estabas ahí abajo, en el salón, viendo *Los tres Stooges*... Ese sonido exactamente era el que nos acompañaba a Emily y a mí en la habitación, y, aunque en pantalla no hubiera más que los rostros de una conferencia de prensa, ambos sabíamos cuál era su verdadero significado. Ella, señalando su taza de té, dijo: «Pensándolo mejor, ¿te importaría añadir a esto un chorrito de *bourbon*, o lo que tengas?». Obedecí. Metí la cinta, el aparato hizo ese ruido suyo como de tragar, subí el volumen, y de pronto ahí estaba, sin aviso previo del FBI, ni nada por el estilo, el logotipo con la palabra ATOM en azul, y una especie de música de onda sinodal, uou-uou-uou-uou, que iba enfocándose en una nota según entraba en foco también la palabra ATOM. Incluso salía el típico croquis atómico, muy estilizado, y no dejaba de impresionarte lo de ver ese símbolo, que en tiempos significó progreso y ciencia ficción y química y luego los males de la radiación, diciéndote ahora: «Mira, tú, esta película erótica te la vas a tener que tomar muy en serio, tanto como cualquier otra cosa de las que solo se descubren con ayuda de un acelerador lineal. Puedes hacer como que te ríes y que la encuentras tan divertida como ridícula, pero tu risa no va a ser auténtica, pues por mucha filmación de sexo porno que hayas visto en tu propia casa, por el simple procedimiento de ir las alquilando, la cosa siempre conservará la facultad de impresionarte por lo menos un poco, y siempre será un milagro, como una bendición». Y en seguida venía un adelanto. Yo le dije a Emily, colocando en sus manos el telemando: «Ponlo en avance rápido en cuanto haya algo que te aburra». Se me había olvidado cómo eran los adelantos: todo montaje rápido, sin desarrollo, por aquí unas dulcijas brincando, por allá un primer plano de corredumbre. Me acuerdo que una vez fui a ver una película muy de arte y ensayo, con Richard Dreyfuss, hace la tira de tiempo, se llamaba *Inserts* y estaba clasificada X, y no era muy buena, por cierto, llena de ese espanto en que cae el cine en cuanto intenta convertir la pornografía en arte, quitándole toda la gracia. Pero, por lo de la X, la ponían en una sala porno, te estoy hablando de los años setenta, y me acuerdo de un hombre y una mujer que marchaban delante de mí por el pasillo, muy empinado, que iba de la taquilla a la sala. Llevaba cada uno su bote de palomitas de maíz, porque el puesto normalmente estaba cerrado, pero esa vez, por tratarse de una película legal, con grandes nombres en el reparto, lo tenían abierto, y la pareja entró por la puerta, de modo que ya llegaba a sus oídos la música electrónica, malísima, dobló la esquina y, zas, se encontró en la oscuridad de la sala, mirando por encima de las butacas, mientras pasaban los adelantos, que, claro, eran todos de películas porno de las de toda la vida, cinco o seis, y de pronto apareció un plano gigante de una tía más o menos como Brigitte Monet tragándose una enorme polla horizontal y haciendo ruidos como de atragantarse, reforzados por un tamborileo de octavas electrónicas. Vi que la mujer se paraba en el sitio, se agarraba al brazo del hombre y lo miraba con cara de súplica... «¡Me dijiste que no iba a ser

una película así!»... Y el hombre puso una cara terrible de «lo siento, perdóname», mientras yo, detrás de ellos, emitía un yayayayay exquisitamente reprobatorio de lo que estaba sucediendo en la pantalla, intentado que ninguno de los dos creyera haber cometido un terrible error y que ella no fuera a disgustarse con él. Por aquel entonces tendría yo unos dieciocho años y pretendía que las mujeres captasen lo maravillosas que eran las películas porno. En esas sigas, de algún modo, y durante estos últimos quince años puede decirse que hasta cierto punto lo he logrado, gracias al vídeo, aunque tú sigas inclinándote por la novela victoriana si te dan a elegir, y a lo mejor tienes razón... Pero aquella vez lo que quería era que la buena señora se tranquilizase, viendo que aquel cine lo frecuentaba gente normal, como yo, hombres inteligentes y pacíficos, que no era el acabose de la civilización... Emití aquel sonido de reprobación a pesar de que la visión de la polla mamada ni por lo más remoto me habría molestado, si no hubiese habido nadie más viéndola. Noté que la mujer vacilaba e hice lo mismo que los agentes inmobiliarios, cuando te llevan a ver una casa y dan un rodeo para pasar por las calles más bonitas y agradables, en vez de por donde siempre. Quería escoltar a aquella mujer, con toda gentileza, hasta la imagen gráfica de una polla corriéndose, y que tuviera una experiencia placentera, y que no se marchara asqueada ante el tipo de cosas que les gustan a los hombres. Lo mismo me pasa cuando estoy en una ciudad que conozco bien y veo un grupo de turistas recorriendo, con todo el despiste, alguna zona céntrica, y me doy perfecta cuenta de que se sienten defraudados, y lo que me apetece es plantarme ante ellos y decirles: «Miren ustedes, ya sé lo que dice su guía, lo mismo que todas las demás, pero olvídenlo, esto no es nuestra verdadera ciudad, hagan el favor de visitar primero este barrio y luego este otro»... Mi caballerosidad me empujaba a salvar a aquella mujer del inminente ataque de la polla cruda y feroz, lo mismo que cuando era pequeño soñaba con que una chica se estaba ahogando y yo la sacaba del fondo del mar, dándole mi tubo submarino para que respirara, y luego la subía al bote, le quitaba el bañador, todo mojado, y la revivía a base de friegas con la toalla, hasta que ella recuperaba el aliento y movía la cabeza, dándose cuenta de lo cerca que había estado de perecer.

—«¡Gracias, oh Popeye, por salvarme de la fementida polla!».

—Exactamente. Total que... ¿Sigo o no sigo?

—Sí, sigue.

—Vale. Total que estábamos con el adelanto de una película con una pinta horrible, algo en la línea *post Calígula* o *The Devil in Miss Jones*, con mucho rebuscamiento gratuito, lo que más odio en el mundo, antorchas, enanos, y en mitad de todo ello, claro, de pronto, zas, te sorprendía una escena de sexo puro y normal, cuyo carácter abrupto se me hacía perceptible a través de Emily, porque ella estaba ahí, a mi lado, compartiendo mi sofá. Luego se acabó el adelanto y volvió a aparecer el logotipo ATOM, entrando en foco. Miré a Emily y ella miraba directamente a la tele, con la luz de la cocina resaltándole el perfil, y tenía las piernas cruzadas y el

antebrazo en el estómago, sujetando la taza de té con la mano izquierda. Llevaba una falda plisada. Se la veía tremendamente *vestida*. Se llevó la taza a la boca y vi que entraba en contacto con sus labios: el té seguía demasiado caliente, de modo que tuvo que efectuar uno de esos sorbos largos y profundos que levantan el líquido de la superficie, convirtiendo el té en aerosol, y se le frunció los ojos cuando el vapor caliente le tocó la punta de la lengua. En ese momento empezó la película, *Un placer tan profundo*. Primero sale una doncella que oye la campanilla y le lleva algo a un hombre en una bandeja, y se marcha en seguida, tras cambiar unas palabras con él.

—¿Has vuelto a alquilar esa misma película después?

—Dos veces. Es una de las tres que he alquilado esta noche y que seguramente no veré. Me divierto mucho más contándotela. Total, que la doncella se marcha y empieza a sonar un europop erótico de lo más tenue, e instantáneamente: corte a mujer semidesnuda y hombre con polla, con los jadeos doblados. La mujer puede estar al final de la treintena y es muy atractiva, con el cabello recogido atrás. Pasado un minuto de esta escena, Emily apartó la vista del televisor, miró en dirección a la ventana y me preguntó: «¿Estás seguro de que no pueden vernos?». En casa hay cortinas, pero, para ser franco, en aquel momento no tenía ni idea de si podían o no podían vernos, y vivo en un primero, en un costado del edificio, y la preocupación de Emily era aceptable, de modo que me puse en pie de un brinco, cogí las llaves, dije que volvería en un segundo y salí a ver si se veía algo por mi ventana, pero la verdad es que no, que era de lo más fiable: no solo no se veía a Emily ni nada de la habitación, sino que ni siquiera se distinguía que la tele estuviera encendida, supongo que por ser tan pequeño el aparato. Conque regresé al piso y volví a sentarme, con la respiración algo agitada, y le dije a Emily que desde afuera no se veía *ni papa*. Ella dijo: «Estupendo, gracias». Y yo: «¿Qué ha pasado hasta ahora?», y ella, con una voz ligeramente distinta de la suya natural: «El hombre y la mujer han estado jodiendo en posturas variadas». De hecho, la escena seguía siendo la misma: ahí estaba el italiano aquel, que resultó llamarse Mario, colocando la polla, todo lo larga que la tenía, entre los pechos de ella. Recuerdo que al ver esa imagen me volví inmediatamente hacia Emily y le miré los ojos: cada vez que se producía un corte, hacían unos movimientos diminutos, para ajustarse al centro de gravedad de la imagen siguiente. Las películas pornográficas casi siempre se hacen a base de saltos hacia atrás y hacia adelante muy repetitivos, alternando entre dos o tres posiciones de cámara, de modo que yo sabía en qué imagen andábamos sin necesidad de apartar la vista de los ojos de Emily: digamos que la alternancia era entre un primer plano de la cabeza de la mujer para arriba y para abajo, chupando la polla, y luego un plano más alejado, para que se viera que ella estaba de rodillas en el suelo, apartándose el pelo de delante de la cámara, y él tendido de espaldas, A B A B, mientras yo veía cómo cambiaba la mezcla de colores en el iris de Emily, observando también sus mínimos desplazamientos, tan exactos. El milagro de la visión. Tenía una cara muy atenta, frunciendo el ceño con gesto de divertido disgusto. Cuando acabó la escena le

pregunté: «¿Qué te va pareciendo?». Lo único que quería era oír su voz. Y ella dijo: «Pues mira si será casualidad, pero ya la había visto hace cosa de un par de años». A continuación contemplamos sin decir palabra otras tres escenas de sexo. Puede que más. Hubo un momento en que le hice una pregunta del tipo «¿es este uno de los falsificadores?» y ella me contestó que sí, pero el resto del tiempo lo pasamos en completo silencio, mientras aquellos esforzados europeos se debatían y se montaban y se chupaban, jadeando y corriéndose en inglés, delante de nosotros. Digamos que los hombres se corrían. Sigue siendo una rareza ver a una chica correrse de verdad en una película, porque todo se les va en agitaciones y meneos. Hubo otra ración de europop electrónico sin relieve. Tras un gigantesco plano de eyaculación, Emily dejó la taza, tomó aire, lo expulsó inflando las mejillas y sonrió. Yo me reí de puro alivio. Le dije: «¿Es así como lo recordabas?», y ella dijo: «Tengo un poco de frío». Conque desabroché la bolsa de plástico de la manta y desplegué aquella cosa tan acrílica y tan grande y tan corrientita, para ponérsela encima, pero algo hice mal, evidentemente, porque ella me pidió: «¿Te importaría volverla un poco hacia este lado?», haciéndome ver qué era lo que quería. De modo que la envolví con la parte de los flecos justo debajo de la barbilla. Luego me volví a sentar, me concentré en la película, y otra vez la sacudida. Piénsalo un poco: dos compañeros de trabajo, ahí, vestidos de pies a cabeza, en un cuarto de estar, ajustando una manta, y yo remetiéndome una punta detrás de cada uno de sus hombros, que era la primera vez que le tocaba los dos al mismo tiempo, un mimo absoluto, y cuando tendríamos que haber estado hablando del primer cumpleaños que éramos capaces de recordar, vuelves la vista, ves el televisor y, haley, un par de tetas balanceándose y el peinado de una mujer que se agita en el aire mientras ella se traga y se destraga una europolla sin expresión, y se oye: «¡Oh, Mario, Mario!». Pasado un momento empezó a moverse algo debajo de la manta, y luego vino una especie de temblor. Emily no dijo nada, ni siquiera se le alteró la respiración, llevaba la cosa con muy buen pulso. Estaba con la boca cerrada. Dijo: «¿Quieres hacer el favor de sujetar la manta un segundo, para que no resbale?». Conque sujeté la manta para que no resbalase mientras ella, levantando las caderas y con el entrecejo fruncido, hacía determinados movimientos. Su cara estaba muy cerca de la mía, pero sin contacto visual. Al final, por la parte de abajo de la manta aparecieron sus pantis con las braguitas aún alojadas en ellos, y luego volvió a esconder los pies. Diciendo «Gracias» agarró de nuevo la parte de arriba de la manta. Otra vez el movimiento, tan rápido como leve, bajo la manta. Tenía los labios ligeramente separados, con la lengua apoyada contra los dientes inferiores, ejerciendo presión, y en su boca se percibían movimientos muy ligeros y sutiles, sin llegar nunca a la crispación, sin llegar nunca a hacerse demasiado patentes ni incontrolados, al contrario, controladísimos, pero muy súbitos, apenas perceptibles, como si en varias ocasiones hubiera estado a punto de decir algo que empezara con «huy». En la tele había una señora empuñando una polla, sube, baja, sube, baja, y con la boca lánguida. Cada vez que terminaba una escena de sexo se quedaba quieta la manta de Emily.

Llegamos a la escena en que el tío de la corbata amarilla con el signo del dólar se pone a fornicar con la protagonista. Ella dice algo por el estilo de «Déjate de tonterías y métemela», y él obedece. Lo cual tiene su impacto en Emily, porque se coloca la manta entre los dientes, para tener las dos manos libres sin por ello destaparse, y empieza a verse el bulto de su mano izquierda desplazándose entre sus pechos, mientras el pequeño ritmo circular se va haciendo cada vez más evidente.

—Y tú ¿qué hacías?

—Cuando estábamos en una escena erótica, quiero decir en plena visión de una escena erótica, deslizaba la mano por debajo del cinturón y me apretaba fuerte, a través del calzoncillo. Cuando terminaba la escena erótica sacaba la mano y me la ponía en el muslo, en una postura la mar de decente. Total, que la escena del tío de la corbata amarilla la excitó muchísimo. Nada más terminar se quitó la manta de los dientes y se secó los labios con el dorso de la mano derecha, limpiándose las lanillas de la manta, y a la luz del televisor pude ver que le resplandecían los dedos, por efecto de los arrechuchos. Nos mantuvimos a la espera durante las secuencias de relleno, porque nos importaban un pimiento los diálogos y los desplazamientos en coche y todo ese rollo, y lo único que queríamos era ver sus buenas fornicaciones, y punto y aparte. En la escena siguiente salían dos mujeres y un hombre. A eso de la mitad, la cosa dio la impresión de ir a ponerse lésbica, y observé que la manta de Emily vibraba con menos entusiasmo, hasta detenerse por completo. Ella lo que necesitaba era pollas en acción. Afortunadamente, al final no resultó ser una escena torti: una de las dos mujeres se conformó con hacerse a un lado y masturbarse. La manta de Emily recuperó energía. Pero esta vez no la tenía en los dientes, sino suelta, de modo que empezó a bajarse, con tanto vaivén. Vi que el borde, tras haberse despedido del cuello, empezaba a bajar muy despacito por los abultamientos del jersey y, debajo del jersey, del sujetador, y vi cómo los flecos se quedaban prendidos a los pechos y luego se soltaban poco a poco, uno por uno. El moroso descenso concluyó en la cintura de la falda. Ahora me daba un poco más de apuro mirarla directamente; vi que se apremiaba un pezón con los dedos como dando pasitos, y que luego se pasaba la mano al otro pecho. Era la izquierda. Nada de uuhs ni de aahs, todo muy calladita, solo se le oía la respiración, unas veces con la boca ligeramente abierta y otras con la boca cerrada. Una vez apretó los labios y se los mordió. Ciertos signos me llevaron a pensar, otras veces, que se estaba mordiendo las mejillas por la parte de dentro. Ahora distinguía con exactitud la postura en que tenía las piernas: un poco separadas, porque la manta hacía un socavón a partir del bulto donde la mano procedía a sus caracoleos, sin recato alguno. Pero no era eso lo que me tenía acogotado. Era que ahora se le veía el brazo entero, el brazo derecho entero, y la manta no lo interceptaba hasta la altura de la muñeca, que tenía arqueada, hundida en sus movimientos circulares. Y yo veía los músculos de aquel antebrazo tan esbelto y tan hermoso, tensándose y destensándose, controlando los dedos. Ahí me quedé enganchado. Luego terminó la escena. Yo me saqué las manos del pantalón y Emily

cruzó los brazos por debajo de los pechos. Chiflaba un poquito, como cachondeándose. Tres dedos húmedos descansaban en su brazo. Tuvimos que esperar. Más relleno. La protagonista entra en una oficina con dos hombres que no habíamos visto anteriormente, ambos con traje de ejecutivo. Los tíos piensan que ella los está acusando de haberla engañado en el pago de los billetes falsificados, pero la tipa les dice algo así como: «Señores míos, a lo que me refiero es a mis propias necesidades». Y de pronto ahí los teníamos, uno a cada lado de la señora, con las corbatas puestas. La señora lleva medias blancas y está sentada en una silla de respaldo recto. Primero se la chupa a uno y luego al otro. Emily susurra: «*Esto es*», y sus dos manos desaparecen bajo la manta. Luego vuelve a susurrar: «¿Quieres un poco de manta?», y yo le digo «Sí», de modo que ella agarra su lado, para que no resbale, y yo tiro por mi parte, hasta que ambos quedamos cubiertos de la cintura para abajo. Me desabroché el cinturón y los pantalones y me desembaracé de la ropa. Ambos nos refocilábamos al mismo tiempo, y yo notaba en el dorso de la mano, al hacer mis movimientos, el tirón de la manta que provocaban los pequeños movimientos de ella. Hice algo así como apalancarme la manta en la polla, sujetando con el dedo pulgar, para tener la mano izquierda libre sin incurrir en desacato al pudor, y me puse a mirarle la cara a Emily. Vi que sus ojos se desplazaban entre polla y polla, en la doble imagen, y le miré los pechos. Me apetecía tocárselos, pero me constaba que con ello complicaría las cosas, que sería un error. Me podría haber corrido en cuanto hubiera querido. Pero de pronto acabó la escena: uno de los hombres se corre en la cara y los pechos de la mujer, y el otro se aparta y eyacula en el pelo púbico, con un esperma destellante de blancura. Emily no estaba servida. Dijo: «¿Te importa que rebobine un poco?» y yo contesté que no, de modo que lo hizo y volvió a pasar un trozo de entrambas pollas. Cuando salió la imagen me dijo, con mucha dulzura: «Me parece que es en esta escena donde voy a liquidar». Yo le contesté «Muy bien», pero todo volvió a pasar demasiado deprisa para su gusto, y tuvo que rebobinar de nuevo, pasándolo por tercera vez. En esta ocasión me limité a mirarla: estaba roja, con las mejillas resplandecientes, transfigurada por el sexo, elegantísima. Bajé la vista y vi que sus dos manos convergían bajo la manta, con ambas muñecas arqueadas, de modo que los brazos le empujaban los pechos hacia adentro, y le pregunté: «¿Me dejas que te toque el brazo?». Ella afirmó con la cabeza y yo situé las yemas de los dedos, ligerísimamente, en la cara interna de su antebrazo, justo por encima de la muñeca, notando el ir y venir de sus músculos mientras se ajetreaba, y aquella sensación indirecta, aquello de percibir el pulso de su masturbación, fue más fuerte que yo. Dije: «Me parece que me voy a correr», y en efecto empecé a eyacular en la manta, y cuando el primer tío de la película se corre encima de la protagonista, Emily apretó las piernas y empezó también a venirse, y cuando el segundo tío se corre encima de la protagonista Emily seguía con su orgasmo, sin sacudidas, muy concentrada, pero me bastaba con oírle la respiración para captar el leve temblor de sus piernas. Fue una experiencia verdaderamente hermosa. Emily recogió del suelo

sus pantis, yo me aparté, se envolvió en la manta y la escolté hasta al cuarto de baño como un lacayo, sosteniendo la punta llena de esperma, para que no entrase en contacto con su falda. Luego la llevé a donde tenía aparcado el coche. Nos besamos ceremoniosamente y ella dijo: «Gracias, Mario». A la mañana siguiente le hice llegar una nota interna de asterisco. Y eso fue todo. Una velada perfecta, perfecta.

—Que no se repitió. ¿O sí?

—Que no se repitió. Seguramente, una amistad de trabajo no puede superar más de una noche de masturbación en paralelo sin meterse en graves complicaciones. O, por lo menos, eso es lo que te diría cualquier Consejera Sentimental. A Emily se le pasó lo de Lee, y creo que el toque final fue la película esa, *Un placer tan profundo*. Ahora sale con un catedrático y parece la mar de contenta. No le he dicho que he vuelto a alquilar la película dos veces, después de aquel día, para revivir todo el montaje. Me llevé una sorpresa al comprobar que, de hecho, no habíamos visto más que media cinta. Pero también comprobé, al seguir viéndola, que lo que faltaba no era tan bueno como lo anterior: lo único que tenía de bueno la película era que la había visto ella, de modo que las partes no vistas por Emily carecían por completo de relieve. Bueno, no *enteramente*, había cosas cachondonas, pero yo lo que hice fue rebobinar y correrme cuando la señora les dice a los tíos aquello de «A lo que me refiero es a mis propias necesidades». Ya que estamos siendo tan sinceros, tan sinceros el uno con el otro, te diré que aquella noche con Emily ha sido probablemente la mejor experiencia sexual que nunca he tenido, o por lo menos una de las poquitas que entran en el cogollo de élite. ¡El sonido de su respiración, cuando se estaba mordiendo la cara interna de las mejillas! ¡Cielos! Y la visión de la manta, resbalándosele poco a poco. Y cuando apretó las rodillas. Y no es que uno no haya hecho alguna vez lo normal, de higos a brevas. Pero la cosa es que se desliza uno dentro y en los primeros instantes es el paraíso, algo incomparable, pero luego hay que ponerse al tajo, y no hay forma de *ver* el clítoris como es debido, ni de concentrarse verdaderamente en la sensación de abrazarse a sus pechos, en el modo que tienen de moverse, está uno distraído, el cerebro se ocupa de moverle a uno las caderas y el torso, agarrado de las tiernas caderas... Oye, ¡qué bien suena! Pero ¿sabes lo que te digo? Cuando me corro dentro es una cosa como mística, de acuerdo, pero apagada: no me siento el perímetro de la polla, comprendes, porque está integrada en el cuerpo de ella, se ha fundido, y lo único que noto es la estructura técnica del conducto interior y cosas así, pero perdiendo el sentido de frontera, de separación. ¿Comprendes? ¿O tú prefieres la presencia física de la polla?

—Bueno, verás —dijo ella—, si tengo una polla por ahí adentro, no le voy a decir que se largue. Pero, de hecho, no creas que no tiene gracia, también hay su pizca de trampa por parte del clítoris. Cuando me voy aproximando al orgasmo, y estoy con un hombre, en un momento dado experimento un deseo intensísimo de tenerlo dentro de mí, pero si lo aparto de lo que esté haciendo y lo guío hasta mi interior, el primer momento es algo increíble, pero en seguida, cómo decirlo, la zona entera se me

distrae, el clítoris se me pone de pronto en íntima relación con la vagina, y me salgo de onda. Y, bueno, sí, también está el problema de que el verdadero sexo, el sexo con penetración, tiende a producirme hongos, debe de ser por la fricción.

—¡Exactamente! ¿Lo ves? ¿A quién le importa mi polla? Allá se las apañe. Es de tu orgasmo de lo que estamos hablando. Estamos hablando de tu orgasmo por refoscachamiento, los gozos que de él se derivan, su triunfo, su grandeza. Pienso en ese momento que me describes, cuando te estás masturbando en la ducha, recién salida del mar, con el contraste entre el agua fría y el agua caliente, y es como si alargara las manos y me depositaran en ellas algo tremendamente valioso.

—Una manta bien plegada —dijo ella.

—¡Tú lo has dicho!

—En resumidas cuentas, si dijéramos que te interesan las mujeres masturbándose no estaríamos engañando a nadie —dijo ella.

—Donde sea que haya una mujer masturbándose, que me avisen. No hay ninguna mujer que no esté hermosa mientras se masturba. Aunque carezca de gracia, aunque le sobren chichas, aunque esté en los huesos, aunque tenga algún grave defecto de carácter, falta de generosidad, o lo que te parezca, todo entra en la receta de su particular transfiguración, todo lo malo sale de ella a presión, mientras está ahí con los ojos bien apretados, masturbándose. En tiempos hubo un anuncito muy pequeño, como de media pulgada, o cosa así, que salía mucho en las revistas para hombre, y se veía a una mujer tendida de espaldas con lo que parecía, porque era difícil decirlo, a aquella escala, con lo que parecía ser el índice y el anular metidos en la vagina, y la cabecera decía: ME ENCANTA MASTURBARME. Si no me hice cincuenta pajas con ese anuncio, no me hice ninguna. Siempre miraba antes las fotos de página entera, pero luego, cuando ya estaba a puntísimo, me tropezaba con el anuncito de marras. Había que enviar una cantidad de dinero a doña Menganita, residente en Van Nuys, y ella haría llegar al remitente seis fotos tuyas y un par de braguitas. Ni que decir tiene que nunca lo hice. Pero el anuncio era una diminuta ventana abierta a algo, a una idea: puesto que *hay* una Menganita en Van Nuys, California, a quien le *encanta* masturbarse, de hecho tiene que haber montones de Menganitas, y la otra, la que no se anuncia en las revistas para hombres, la que no pierde el tiempo en tales menudencias, lo que está haciendo en este momento es sencillamente masturbarse, ahora mismo, y esa idea me llena de energía, es lo único que le pido a la vida, la idea de que hay por ahí mujeres masturbándose, no sé cómo ni dónde, pero masturbándose. Una vez, al terminar el segundo año de *college*, hice el viaje de vuelta en automóvil, toda la noche conduciendo, con una compañera de pabellón del colegio mayor; el coche era de ella, y caía una *lluvia* pesada, misteriosa... No, de veras, hicimos el viaje y no ocurrió nada en absoluto, pero precisamente el año pasado, diez años más tarde, tuvimos una especie de reunión de la gente del pabellón aquel, porque en tiempos habíamos formado un grupito bastante majo, y la chica aquella, que se sentó a mi lado durante la cena, me dijo en voz baja que en

determinado momento de aquel largo viaje, a las seis de la mañana, mientras yo estaba al volante y ella se suponía que estaba durmiendo como un tronco, en determinado momento se había puesto «a gusto» en el asiento trasero, justo mientras pasábamos por Syracuse, por la planta tan enorme que allí tiene la General Electric. No tuve más remedio que darle las gracias, gracias, muchas gracias por decírmelo. Diez jodidos años llevaba ese orgasmo secreto acumulando intereses. A veces me imagino mirando los Estados Unidos, o cualquier otro sitio, pero suelo imaginar más bien los Estados Unidos, desde un satélite, con todas las lucecitas encendiéndose y apagándose, y cada luz es un orgasmo de mujer. Eso es lo que de veras debería significar «orgasmos simultáneos»: la percepción de todos esos orgasmos de mujer ocurriendo simultáneamente. Suponte que las mujeres que se masturban leyendo despiden un resplandor, una especie de infrarrojo distinto del que despiden las mujeres que se masturban imaginando algo, o de las que tienen su orgasmo mientras duermen. Y yo sin perder detalle. La chica que puso las anchoas en la *pizza* que me comí esta noche. Jill, la de la oficina, que me trae a mal traer. Una campesina gorda, con el pelo grasiento y un diente de menos, que no se molesta en cerrar la boca para ocultar el agujero, porque está demasiado a gusto como para preocuparse, no hay nadie cuya presencia la obligue a tener cuidado, y por eso mismo está guapísima. Y está la mujer de la taquilla que te alarga el billete, masturbándose, y Blair Brown, y Elizabeth McGovern, y la chica de las películas de John Hughes, como se llame, esa que tiene una boca tan preciosa, y Jeane O’Kirkpatrick, y Keisha y Christy Canyon, las estrellas del porno, sin necesidad de que las enfoque la cámara, todas masturbándose, cada una con su distinto resplandor. Pon que no sea un satélite, pon que voy en uno de esos aviones espía tan grandes y tan negros, y, oh sorpresa, oh sorpresa, ¿qué es eso?, tú por estas alturas, volando derecha hacia uno de mis motores...

—La cosa resulta bastante poco mirada por tu parte, te das cuenta. Me estás usando como representante de todas las mujeres que se masturban en este mismo momento.

—Pues mira, a lo mejor fue ese, en principio, el motivo de que marcara este número, pero lo cierto es que nunca antes le había *hablado* así a una mujer. Tienes razón, no obstante, me doy cuenta de que la idea de estar ahí suspendido a diez millas de altura sobre un continente de luces que se encienden y se apagan, asimilando así la totalidad de los orgasmos femeninos, puede parecer un tanto indiscriminada. Pero el hecho es que *carezco* de discriminación. Si hubiera marcado el número ese y hubiera topado con una mujer de inteligencia extraordinariamente limitada, que respondiese a mi voz, digamos la tal Carla que estaba en línea cuando tú hiciste entrada por primera vez, y hubiésemos intercambiado nuestros códigos privados y nos hubieran transferido a solas a este «cuartito», y si ella se hubiera masturbado, y yo hubiera podido seguir hablando con ella mientras le venía el orgasmo, habría sido un altísimo honor, y yo también me habría corrido, y habría colgado el teléfono al cabo de veinte

minutos de pasarlo estupendamente. Pero es por eso por lo que hablar contigo me parece una cosa tan milagrosa, de las que suceden una vez en la vida y nunca más, porque tú eres lista y divertida y cachonda y deliciosa... O sea, que no eres representativa. ¡Estamos hablando *de verdad!* Si llegas a masturbarte conmigo, aquí, por este teléfono, en lo que a mí respecta será como la noticia de la semana en el *Washington Week in Review*, será algo mucho más fuerte que cualquier cosa que haya podido experimentar tu amigo el de las grandes barbas, gran comedor también de albóndigas en conserva, será lo *más*, comprendes, ¿te enteras?, porque tú reaccionas ante las cosas de un modo complicado y, cómo te diría yo, un orgasmo es siempre mucho más interesante en una mente complicada que en una mente simplona, aunque vaya usted a saber, a lo mejor las mentes simplonas se hacen más sutiles y delicadas con el orgasmo, puesto que es ese el único ejercicio mental en que de vez en cuando incurren... Pero, vamos, el orgasmo de una mujer inteligente es como una montaña en cuya cima hay un volcán y a cuyas faldas hay una población: está claro el costo opcional del orgasmo, capta uno la fuerza de todas las restantes cosas perceptivas que la mujer podría estar pensando en ese momento, pero que no piensa porque está corriéndose, y enriquecen el orgasmo. ¿Sigues ahí?

—Estoy palpándome el tendón de la muñeca —dijo ella—, para hacerme idea de lo que podría haberte transmitido a ti. De hecho, sabes, hay un músculo pequeño que se mueve en lo alto del antebrazo, por *fuera*, casi a la altura del codo. En mi caso, es el que resulta más visible. La cosa no deja de ser interesante.

—Ayayay, no me lo digas, que me corro en este mismo momento.

—¡Ja ja ja! Me encantan los hombres que saben lo que les gusta. ¿Quieres que te cuente lo que estaba pensando ayer en la ducha, mientras me venía del todo?

—Sí.

—Pues te lo voy a contar. No, espera, ya sé lo que te voy a contar. Voy a empezar por otra cosa. Primero te voy a contar lo de cuando me masturbé delante de otra persona. Es corto.

—Por lo que más quieras, cuéntamelo.

—¿Quieres que te cuente todas las cositas que se me pasan por la cabeza, sin dejarme ninguna?

—Sí.

—Pues te las voy a contar —dijo ella—. Fuimos al circo. Es curioso, pero ya me excito una barbaridad solo con pensar que voy a contarte lo que voy a contarte. Fíjate que en eso está lo bueno, probablemente. Es como cuando estás en la cama y te colocas en posición opuesta para hacer el sesenta y nueve, la sensación de separar las piernas sobre la cara de un hombre, *antes* de que él te agarre por la espalda y te atraiga hacia sí, y los muslos se acuerdan de la última vez, esa sensación de estar encajando en una posición predeterminada, ideal para el ajuste de dos cuerpos humanos, como cuando le cambias el objetivo a la cámara, girándolo hasta escuchar el clic.

—Y el hombre —dijo él— nota un cambio sucesivo de inclinación en la cama, que primero se hunde a un lado de la cabeza, cuando ella apoya una rodilla, y luego al otro lado, cuando ella apoya la otra rodilla. Y él echa hacia atrás la cabeza, abriendo la boca, y la agarra a ella por el trasero, con las manos bien abiertas, y la atrae hacia su lengua.

—Jaiii.

Hubo una pausa.

—¿Estás ahí? —preguntó él.

—Sí.

—Cuéntame lo del circo.

—Vale. Perdona. De un momento a otro me va a hacer falta una toalla de repuesto. Un tío me llevó al circo.

—¿El tío del equipo estereofónico?

—No, otro —dijo ella—. No era el circo de los Hermanos Ringling, ni mucho menos. Era un circo a escala reducida, suramericano, con bien de elefantes, cada uno con una señora en lo alto, toda cubierta de lentejuelas. Hacía un calor increíble en la carpa y todo tenía un tinte como rojizo, porque fuera hacía bastante sol, y la luz se colaba por las rendijas de la lona. Yo iba en pantalones cortos y camiseta, pero estaba empapada, y lo mismo le ocurría a Lawrence, que era como se llamaba el tío, y que también iba en pantalones cortos y camiseta, y lo mismo les ocurría a todas las personas que había a nuestro alrededor, incluidos los artistas. Había un número venezolano en que la chica hacía girar a su alrededor, muy deprisa, unas cuerdas con bolas en la punta, mientras dos hombres tocaban la percusión detrás de ella, y las bolas golpeaban las planchas a un ritmo muy curioso, girando en torno a las piernas de ella, y la chica estaba *chorreando* sudor, preciosa, pero de un modo que me hacía pensar un poco en mí misma, y de pronto los dos hombres dejan de aporrear los tambores y ella se queda clavada en el sitio y suelta un aullido vibrante, un chillido extraño y salvaje. Así como estaba, cubierta de sudor, era exactamente eso lo que parecía, una salvaje, y los dos tipos de detrás, que estaban para migar pan en ellos, llevaban un sombrero negro de ala ancha, con barboquejo, y por un momento me vinieron ganas de ser aquella chica, y mientras ellos hacían sus reverencias yo puse en marcha mi fantasía del estriptis, que la tengo ya muy rodada, y pensé que yo era aquella chica vestida de negro con lentejuelas y que estaba haciendo girar las bolas, muy deprisa, muy deprisa, más que la auténtica, tanto que ni se distinguían unas de otras, tanto que, por alguna razón, como en las peleas de los dibujos animados, cuando solo se ve un revoltijo muy rápido del que salen disparados los objetos, todo lo que llevaba encima se me caía del cuerpo en pedazos, yendo a parar al público... Total, que cuando acaban los tambores y me quedo clavada para lanzar el grito vibrante, estoy totalmente desnuda, y todavía hay trozos de mi ropa volando en todas direcciones. Luego, resulta que cada uno de los tíos que agarra un jirón de ropa, todo húmedo, está que se sale por los bordes, de cachondo, y se forma una fila de señores

haciendo cola para echarme un caliqueño, y mientras los percusionistas sin parar de arrearle al tambor, hasta que sí, se paran y, naturalmente, me echan también su buen polvazo. Pero, no te creas, todo eso no es más que un aparte. Lo interesante era el número de los elefantes. He montado un par de veces en elefante, de pequeña, y me acuerdo de tocarles los grandes lóbulos de la cabeza y, no te vayas a creer, no son precisamente suaves, tienen una piel caliente y seca y muy erizada... O, bueno, así lo recuerdo yo, en todo caso. Y los que te digo no eran pequeños, qué va, eran elefantes hechos y derechos, con unos colmillos de mucha consideración. Bueno, pues las chicas se aupaban por el costado del elefante, hasta ponerse a horcajadas en la nuca, con las piernas entre los ojos del animal, y no hacían más que girar sobre el trasero, sobre el colodrillo del elefante, y llevaban mallas de color carne, o sea que el contacto no era de piel con piel, claro, pero, de todas formas, con lo que suben los bodis esos, la verdad, empecé a preocuparme por la salud de sus traseros, pensando que no podían sentirse tan felices y contentas como sus sonrisas indicaban, y me dije que si yo hubiera ido así vestida, con un bodi tan subido, me habría gustado sentir el cuerpo caliente del elefante en el traserito. Y luego, cuando empezaba el último desfile de los elefantes, una de las chicas iba subida al elefante con una pierna en alto, y al girar el bicho me di cuenta, a pesar de las mallas, me di cuenta de que tenía el culete todo rojo. Era la jefa de las domadoras de elefantes, creo. Total, que para el gran final la chica se pasea durante un par de minutos acodada en los colmillos del elefante, sentada en la trompa, toda compuestita, tan elegante ella, y tan sugerente, pero al final fue cuando hizo lo que verdaderamente me dejó de una pieza. Se agarró de un colmillo y de una oreja, enderezándose, y luego levantó una rodilla hasta introducirla en *la boca* del elefante, y esperó un segundo, a que el animal se la sujetara bien, y luego echó la cabeza hacia atrás, arqueó la espalda y separó los brazos, de modo que se quedó en el aire apoyada solamente en la rodilla, y con la rodilla dentro de la boca del elefante... Imagínate la saliva. Imagínate que un elefante te sujeta la parte de arriba de la pantorrilla y la parte de abajo del muslo con los molares, suavemente, pero sin soltarte, y con toda su lengua de elefante apoyada en tu rodilla. ¡Imagínate el tamaño de las papilas gustativas! El elefante dio una vuelta completa con ella así colocada. Luego, la chica echó pie a tierra, hizo su reverencia y acarició al elefante un poco por debajo del ojo. —¡Caray! ¡Mejor que *King Kong*!

—Figúrate lo impresionada que me quedé. Lawrence, como era a él a quien se le había ocurrido la idea de ir al circo, procuraba no manifestarse demasiado impresionado. Por cierto que era la primera vez que salíamos, aunque yo ya hacía tiempo que le tenía echado el ojo. A la salida, de camino hacia el coche, me dijo: «Da la impresión de que los elefantes son muy fáciles de domar». En su opinión, el elefante no sujetaba la rodilla de la chica con los dientes, sino con la lengua, pasándola por detrás de la corva. La cosa no me convencía mucho, pero sí que resultaba interesante, como idea. Era enternedor comprobar lo encantado que estaba Lawrence con que a mí me hubiese gustado el circo. Estábamos ahí parados en

el aparcamiento, junto a mi coche, y él, tirándose sin parar de los botones de la camisa, me miraba con los ojos entrecerrados. El plan era ir temprano a una marisquería al aire libre y hacer allí una especie de cena pícnic, en una de las mesas que tienen fuera, pero la verdad es que no me apetecía nada. Conque pensé venga, ya que estamos, y le dije: «Estás acaloradísimo, Lawrence. ¿Por qué no vamos a mi apartamento y te das una ducha, y yo lo mismo, y luego nos preparó algo de cenar, y dejamos la marisquería para cualquier otra tarde?». Ipso facto dijo que sí, encantado de que le quitasen de encima la responsabilidad de que saliese o no saliese bien aquella primera cita. Conque se dio una ducha, y luego resultó que le quedaban bien unos pantalones cortos míos, porque eran de esos muy abolsados y con elástico en la cintura, y se los puso con una camiseta grande, y en seguida fui yo quien me duché, y me vestí con unos pantaloncitos y una camiseta de color rojo oscuro, y todo iba la mar de bien.

—Os duchasteis cada uno por vuestro lado, ¿no? Sin desnudos.

—No, no, todo muy casto —dijo ella.

—¿Qué estaba haciendo él cuando tú saliste de la ducha?

—Estaba analizando un pisapapeles veneciano.

—Lo clásico. Evidentemente, te había oído cerrar la ducha y se había quedado ahí de pie, con el pisapapeles delante de los ojos, durante diez minutos, para que no dejaras de sorprenderlo en aquella postura desenfadada, mirando el cachivache aquel.

—Es muy posible. Total, que se sentó en la cocina y estuvimos un rato charlando muy serios, mientras yo preparaba unos macarrones de esos rizaditos y pasaba por el microondas una bandeja de tiras de ternera a la crema, que por cierto es un plato fantástico, Stouffer, tiras de ternera a la crema, con cualquier clase de pasta... Me lo pongo una vez por semana, o poco menos. Lawrence me hizo el numerito completo de qué maravilla de plato, con lo facilísimo que era, y cuando pasé los rizos del escurridor a la fuente se acercó a donde yo estaba y me dijo: «Quiero ver de cerca cómo lo haces». Mi intención era vaciar la bandeja de tiras de ternera a la crema encima de los macarrones, sin más, porque eso es lo que normalmente hago, pero el caso es que me sentía bastante retozona, acuérdate de que acababa de ducharme, y ya sabes cómo me funciona la cosa de la ducha, pero sin llegar a retocarme bien, a pesar de que aquella fantasía del estriptis que me había permitido en el circo era de las de marca mayor, pero, claro, no me resultaba posible, porque tenía un hombre en el apartamento. Total, que me sentía bastante inclinada a andar por malos pasos. Saqué el aceite de oliva y eché unas gotas en los rizos, y él, Lawrence, que evidentemente no sabía ni freír un huevo, aunque tampoco vayas a creerte que yo soy una gran cocinera, ni mucho menos, Lawrence va y me dice: «Claro, así es como logras que no te queden pringosos ni atarugados». Yo me puse a remover los macarrones, y el ruido era casi embarazoso, de lo sexi que sonaban, hasta que de pronto pensé «a tomar por culo, oye, primero lo visto, y ahora voy a darle de comer, así que a este tío me lo seduzco yo hoy mismo, aquí y ahora», y, por consiguiente, le dije, digo: «Qué raro,

acabo de recordar algo que llevaba años sin pasármelo por la cabeza. Me refiero a un chico del colegio a quien tú me recuerdas bastante, que un día me habló de una chica que se metía en los vaqueros a fuerza de aceite de oliva». Bueno, figúrate, a Lawrence se le salían los ojos de las órbitas al escucharme decir aquello. Lo único que se le ocurrió fue un comentario sobre el aceite de oliva virgen prensado en frío, mientras desahogaba por la nariz una especie de risa nerviosa, y yo me dije, tate, aquí eres tú quien manda, nena, y vas a ver con tus ojos cómo se le pone dura la minina al caballero este, y, aunque no puedas echarle el polvo pleno, porque estás comidita de hongos, ya maquinará algún modo de resarcirte. Tenía que ser la venezolana aquella, con tanto revolver las bolas y tanto chillar, quien me había puesto así, aunque eso es ahora cuando lo pienso, claro. Entonces me sentía fuerte y astuta y dueña de la situación, sin necesidad de esforzarme, una sensación que rara vez tengo. Abrí la bandeja de tiras de ternera a la crema y dije, como musitando: Mi abuelita era muy mirada con el dinero. Le tenía más apego que la corteza al tronco, como ella misma decía. Y yo, cuando se lo oía decir, me preguntaba si sería verdad, si la corteza se sentiría pegada a la madera interior del árbol. Era lo que pensaba siempre, cada vez que me ponía o me quitaba los vaqueros. Lawrence exclamó: «¡No me digas!», y yo contesté que sí, aunque la verdad es que nunca me han gustado los vaqueros demasiado ceñidos, ni siquiera entonces. Me gustaban más sueltitos. Lo que me atraía era la tela áspera, el contacto áspero con ella, como de corteza y tronco. Lo que me atraía era estar dentro de esa especie de abrazo masculino total, para luego quedarme toda suavita y redondeada, en cuanto salía de los pantalones. Lawrence dijo que sí con la cabeza, muy serio. Conque añadí, ya lanzada: «Luego, cuando empecé a hacerme la cera, que es un sistemita la mar de costoso, también me acordaba de la frase de marras, *más apego que la corteza al tronco*, mientras Leona, la esteticíen, primero me colocaba en las piernas las tiritas de cera caliente, luego las dejaba enfriarse y al final me las arrancaba de un tirón». Y en este punto rematé: «Por cierto, que ayer mismo fui a que me hiciesen la cera». Lawrence preguntó: «¿Ayer mismo?». Y yo: «Sí, y es curioso lo libre que se siente una con las patitas recién depiladas. Es como si de pronto fueras toda piernas: te entran ganas de ponerte a brincar y dar volteretas por ahí». Hice una pausa, para que se enterase bien, y luego seguí: «Leona es una ucraniana muy bajita, y suelta como una especie de gruñido mientras arranca las tiras de cera y muselina, *rrr*, dejando escapar el aire, y cuando ya me ha hecho las dos piernas y se acabó el hacerme daño, me las frota con una loción, y es una experiencia sorprendentemente sensual». Lawrence se queda callado un rato y al final me dice: «No tengo experiencia alguna en técnicas de depilación. Nunca he conocido a nadie que se hiciese la cera». Y yo dije: «Vamos a cenar».

—¡Qué estrategia, tú!

—No tanto. Total, que cenamos, muy buenecitos los dos. El chico tenía sus puntos favorables, la verdad. Era muy ancho de hombros, por naturaleza, y me miraba muy fijo, parpadeando, como no queriendo perderse una palabra que saliera

de mis labios. Y era listo. Abogado de patentes.

—Ah. ¿De lo más *patente*?

—Eso, de lo más patente. Pero tenía poquísima conversación. Era como cera virgen en mis manos. Bueno, no, la verdad es que me estoy pintando mucho más segura de mí misma de lo que me sentía en aquel momento... Pero sí, sí que llevaba bien cogidas las riendas. Me dio por preguntarle cómo funcionaban las cosas eléctricas, imagínate, qué era la onda corta, cómo operaban los teléfonos inalámbricos y cómo es eso de que ahora, en los cines al aire libre, se pueda oír la película por la FM del coche. Y el tío estaba repleto de información interesante, si lograbas ponerlo en marcha y orientarlo por el buen camino. Aunque el caso era que yo no perdía comba, que me las apañaba para sostener un tonillo picante en la conversación. Le decía, por ejemplo: «¿A qué crees tú que se dedicaban de verdad los radioaficionados? ¿No será que muchos eran maricas y en cuanto se dormían sus mujeres se encerraban en el sótano reformado, para pasarse la noche de charleta con algún *amiguito* de Nueva Zelanda, o de dónde fuera?». Y él contestaba: «Pues supongo que no cabe excluir la posibilidad». Y hablando de los cines al aire libre le salía con cosas como: «Ahora tienen que resultar mucho más cómodos y más *recogidos*, porque se puede subir del todo la ventanilla, sin necesidad de tener ahí enganchada, vigilándote, una cosa con ruido de hojalata, toda cubierta de rayas amarillas. Ahora no hay vínculos con el exterior, tiene que ser talmente como un viaje en tren, en tu compartimento de coche cama». Lawrence dijo que no sabía exactamente cómo se las apañaban los cines al aire libre para emitir el sonido en FM, porque llevaba desde los ocho años sin ir a un cine al aire libre, pero añadiendo que desde el punto de vista técnico el problema no resultaba de difícil solución, por ejemplo: en la contracubierta de *Popular Science* anunciaban una cosa que recoge cualquier sonido de la habitación en que se encuentre, transmitiéndolo en FM a una distancia considerable, a cientos de yardas, se llama Micrófono Biónico Transmisor. Ante lo cual yo exclamé: «¡Oooh! ¡Micrófono Biónico Transmisor!». Y él dijo: «Sí, sí, es un cacharro que lo dejas en esta habitación, por ejemplo, y transmite cualquier ruido que aquí se produzca de modo que lo pueda captar por FM todo aparato correctamente sintonizado». En seguida añadió: «Ni que decir tiene que el anuncio lleva una advertencia en letras grandes, avisando de que el micrófono no debe utilizarse para escuchas ilegales. Pero, claro, seguramente será para tal objeto, mayormente, para lo que se utiliza». «¿Significa eso —pregunté yo—, que alguien que va por ahí, a toda mecha, por la autopista, podría oír por la radio del coche todo lo que yo hiciera, cualquier actividad íntima que emprendiese?». Y él decía: «Sí, claro, estando bien sintonizados, sí». Y yo: «Hmmm». Porque tienes que saber que vivo en un segundo piso, y a trescientos pies pasa un tramo elevado de la autopista.

—En una ciudad del este —dijo él.

—En una ciudad del este —dijo ella.

—Bueno, ¿qué fue lo que hizo Lawrence cuando le expresaste tu ardiente interés

en la descripción del Micrófono Biónico Transistor?

—Transmisor. Preguntó si podía repetir de las tiras de ternera a la crema, y ya iban tres. Cuando terminamos, mientras yo levantaba la mesa, me dijo: «Yo lavo los platos». Yo contesté: «No, ni hablar, ya lo haré luego». Pero él insistió: «No, oye, de veras, si es que me encanta fregar los platos». Total, que le dije que bueno, y el tío aseó la cocina en un periquete, mientras yo le contaba *Crimen perfecto*, deleitándome en la carta cachonda que aparece en el cadáver del tío con las tijeras clavadas en la espalda. ¿Te acuerdas? Lawrence me escuchaba con toda atención: no había visto la película, figúrate, a estas alturas. Me dijo que no le gustaban las películas en blanco y negro, y yo le contesté: «Bueno, pues que no te gusten, porque *Crimen perfecto* es en color». Él soltó un ¡oh! Para luego añadir: «Bueno, la verdad es que Hitchcock siempre me ha parecido un enfermo». Y yo: «Puede que tengas razón». En seguida se secó las manos con papel de cocina y se volvió hacia mí con la botella de aceite de oliva en alto, diciéndome: «¿Dónde te pongo esto?», y yo salgo: «¿Dónde te gustaría ponérmelo?». Y él: «No sé». De manera que no tuve más remedio que decirle: «Pues mira, hay veces, al día siguiente de hacerme la cera, que se me quedan las piernas bastante delicadas, y he descubierto que el aceite de oliva me las alivia muchísimo». Lo cual no era cierto, porque las piernas están tan campantes, al día siguiente, pero qué querías que le dijera.

—Licencia erótica.

—Exacto. Y ahora dice él: «Pero es que se va a poner todo hecho un asco». Y yo le contesto: «Bueno, pues lo hacemos conmigo de pie dentro de la bañera». Y él: «Vas a tener frío y te vas a quedar toda pringosa». Ante lo cual acosté la botella de aceite para meterla en el microondas y marqué veinte segundos. Él dijo: «Lo menos necesita un minuto». Conque ambos nos inclinamos hacia el reloj, mirando el microondas mientras calentaba el aceite. Cuando pieron los cinco pipipipí, Lawrence sacó la botella y nos dirigimos al cuarto de baño. Me coloqué de pie en la bañera y me subí los pantaloncitos a tope, y él, con toda la cachaza del mundo, se echó aceite en los dedos y se puso a restregarme justo por encima de la rodilla.

—¿Se puso de rodillas para hacerlo?

—Sí. La bañera ya no estaba húmeda, en realidad. Bueno, quedaba un poco de agua de las dos duchas, pero no había ningún grifo abierto. Él dijo: «Qué suavita». Y yo le contesté: «Gracias». Estábamos envueltos en un fuerte olor a aceite, y yo empezaba a notarme la mar de mediterránea y de bacante, y también, la verdad, como una especie de champiñón ligeramente salteado. Él no apartaba los ojos de su propia mano, puesta sobre mi piel. Yo no hacía más que subirme las perneras del pantaloncito, para que pudiera aplicarse a mis muslos con mayor fruición, y acabé por decirle: «Leona es de un minucioso... No se le escapa un folículo». Aunque de pronto, ¡jo!, me dije que a lo mejor me estaba pasando con el tío, y lo mismo creía que le estaba dando a entender que Leona había seguido adelante hasta depilarme el pelo púbico, horror de los horrores, y me apresuré a añadir: «Dentro de ciertos

límites, claro». Él siguió dale que te pego, pringándose los dedos y frotándose el aceite. Al cabo de un rato me di la vuelta, agarrándome al tubo de la ducha, y él pasó a ocuparse de la parte de atrás de las piernas. No se daba ni pizca de maña, no tenía ni idea de cómo tratar los músculos más profundos, pero sí que ponía interés e inteligencia en los dedos, cada vez que llegaba a una curva nueva y seca. Sus manos alcanzaron justo debajo del hueco del pantaloncito, para deleite mío. Él seguía sin decir nada, aunque en un momento dado me dio la impresión de que se aclaraba la garganta. Al final dijo: «Bueno, pues me parece que ya está». Yo me di la vuelta y lo miré de arriba a abajo: estaba ahí sentado en el fondo de la bañera, a la moruna, mirándome las piernas de muy cerca, repasándomelas con los ojos, la verdad. Tenía el pelo rizado y, de hecho, no le habría venido mal una visita al peluquero. Sujetaba el tapón del aceite en una mano y la botella en la otra, y antes de levantarse del suelo me pasó el redondel del tapón de plástico, arriba y abajo, por la cara interna de ambos muslos, en zigzag. Luego se puso en pie y me tendió la botella. Estaba como una amapola. Yo, toda sonriente, le dije: «¿Te has quedado todo pringoso y atarugado?». Y él: «Pues sí, un poco». Conque tiré del elástico de sus pantalones y le eché encima el equivalente de una cucharadita de aceite de oliva.

—¡Anda allá!

—Como te lo cuento. El tío se me quedó mirando, petrificado. Me doy cuenta de que no habría sido capaz de hacerlo si no se hubiese tratado de mis propios pantalones cortos, comprendes, los que yo le había prestado. Conque le dije: «Huy, por favor, perdóname, no sé en qué estaría pensando. Quítate esos pantalones, que ahora mismo te busco otros». De modo que el tío la emprendió con el bailoteo ese que hacéis los tíos para quitaros los pantalones. No estaba en erección, desde luego, pero tampoco amodorrado. Le pregunté si había sentido el calorcito del aceite de oliva, y me dijo que sí. Conque me animé a preguntarle: «¿Te apetece otro poquito más?», y él contestó: «A lo mejor sí». Conque situé el pico de la botella exactamente donde le hacía matorrales el pelo púbico, en lo alto de la polla, mejor dicho en la cepa, no cerca de la punta, porque aún estaba todo morcillón, e incliné la botella como para echarle aceite encima, aunque sin permitir que llegase a salir ni una gota. Ante la expectativa del aceite calentito, la polla se le enderezó un poquitín. Yo incliné todavía más la botella, casi hasta salirse, pero todavía sin permitir que cayese una gota. Y la erección subió otro poquitín, lampando por el aceite. Era como un número de levitación. El hombre tenía las manos a ambos lados del cuerpo, con los puños apretados, como un niño pequeño. Cuando ya estaba casi horizontal, pero todavía un poco cuesta abajo, le eché encima, de sopetón, todo lo que quedaba en la botella, *glu... glu... glu... glu... glu*, y le chorreaba por toda la polla abajo, cayendo en la bañera con un ruido como de moscardón. Conste que no estamos hablando de un poco de aceite, porque lo menos quedaba un tercio de la botella. Ya el propio despilfarro me resultaba excitante. Era como cubrir al tío con una capa de ámbar. En seguida separó las piernas, para que el aceite no le salpicara los pies. Para cuando

solo quedaban unas gotitas en la botella, el bueno de Lawrence estaba ya tieso, pero lo que se dice tieso de verdad. Y, cómo voy a explicártelo, ni que decir tiene que el éxito me hacía pensar en otra cosita. Casi me apetecía que se fuera, para darme el último toque yo sola en la ducha, sin ayuda de nadie. Saliendo de la bañera, le dije: «Perdóname, me he lanzado de una manera... Y lo peor es la putada de los hongos, que no me van a permitir dar buena cuenta de esta maravilla tuya, por mucho que me apetezca». Él contestó: «Bueno, no te preocupes, me voy a casa y yo mismo me lo soluciono, sin problemas». «Pero —añadió—, fíjate en cómo hemos puesto la bañera. No tienes más que pedírmelo y te la dejo como una patena». Y yo: «No, por favor, no te preocupes, solo es aceite, nada». Pero él estaba en su trayectoria particular, y dijo: «Vale, de acuerdo, no es más que aceite. Pero es que, además, la bañera tampoco está terriblemente limpia, qué quieres que te diga». Y yo: «No, no, no, que no se te pase por la cabeza, de veras». Agarró un viejo salvauñas Rescue, todo reseco, que había en un rincón y, mostrándomelo, me dijo: «Mira, deja que te limpie la bañera». Ahí estaba, un abogado de patentes con los calzones quitados y con el pito a media asta, con mi camiseta del Danger Mouse puesta, mostrándome con expresión de feroche aquella esponjita Rescue, toda arrugadita y verde. *Estaba empeñado en limpiarme la bañera.* Yo le dije: «Vale, pues estupendo. No te prives. Adelante». Pidió Ajax y se lo traje de la cocina, junto con una silla plegable en que sentarme a contemplar el espectáculo. Y el tal Lawrence se destapa como un auténtico genio de la limpieza. Me va pasando las botellas de champú, una por una. ¡Mi bañera queda totalmente desnuda! Se pone en cuclillas, con los testículos bamboleándosele a dos dedos de la enorme lágrima de aceite que hay en el piso de la bañera, agarra el Ajax y lo pasa por todo el borde de la bañera, apretando por la parte del gollete, dejando todo un *cortinaje* de polvo azul pálido escurriéndose por las paredes abajo, con un efecto como de aurora boreal, y luego humedece el salvauñas Rescue y empieza frotar que te frotar, sin dejarse una esquina ni una curva, que me vengan a mí con movimientos giratorios, ¡Dios del cielo! Limpia el rincón de las botellas de champú, que bien habría merecido la consideración de paraíso de los cercos enmohecidos, dale que te pego, *grrr, grrr*, retorciendo y estrujando el salvauñas. No es que yo tuviera la bañera hecha un asco, ni mucho menos; sencillamente: no estaba como los chorros del oro, y *hay* un olor muy tenue, como a moho, que tiene algo vagamente biológico y que me gusta, claro, porque a estas alturas lo tengo perfectamente asociado con mis esparcimientos íntimos de cuarto de baño y ducha. ¡Pero ahí me tenías, mirando al tío aquel mientras *me* limpiaba la bañera! Se hizo con el Water Pik, lo puso en posición de masaje, y enjuagó las zonas que acababa de fregotear. Luego fue empujando el aceite hacia el desagüe, a fuerza de agua caliente, y el aceite, mezclado con el Ajax, tenía un aspecto asquerosamente repulsivo, primero rojizo, y luego como una especie de espuma amarillenta, según se iba juntando cada vez con más agua. Pero el tío, sin cortarse un pelo, lo largó todo por el desagüe abajo. Y a continuación empieza a abrirse camino hacia la grifería, aplicando generosas cantidades de Ajax y agua

caliente. Y me dice: «No te importará que quede alguna que otra rayadura, ¿verdad?». Le digo que no y se enzarza a frotar el grifo del agua caliente, y luego el del agua fría, y luego el clitorito ese con la cadeneta del tapón, y luego, cuando todo el resto de la bañera estaba perfectamente *resplandeciente*, le planta cara al propio desagüe: quita el filtro, hunde dos dedos en el orificio y los saca con una especie de colgajo pringoso y asqueroso, que se sacude contra un costado de la bañera. Y entonces fue cuando se puso de verdad a limpiar el desagüe, frotando una y otra vez el redondel cromado, y metiéndose a fondo, hasta esa cruceta toda renegrida que yo nunca alcanzo, hasta ahí metió el salvauñas, *grrr*, venga de Ajax, venga de frotar, venga de agua caliente. Yo estaba que no me lo creía, de veras.

—Supongo.

—Luego le acerqué el cubo de la basura y él arrojó dentro la porquería del desagüe y el salvauñas Rescue. Luego se enjuagó las manos, se enderezó y, en mitad de la bañera recién fregada, se puso a enjuagarse el aceite de la polla y las piernas, mientras yo observaba cómo el agua le recorría el cuerpo, cómo los chorritos de la ducha que tenía en la mano, tan regulares, le alineaban el vello de las piernas en surcos perfectos, como un campo de trigo ideal, con lo peludo que era el hombre. Total, que me desembaracé del pantaloncito y de las bragas y me senté en la otra punta de la bañera, apuntando el pie izquierdo en la barra vertical del toallero y pasando la pierna derecha por encima del borde de la bañera, abierta de par en par. Entonces le dije: «Estoy salidísima, por favor, ayúdame», y él dirigió la ducha primero hacia mis piernas, luego directamente hacia... hacia mi feminidad. Yo me sujetaba los labios para que estuviesen bien abiertos y quedara bien visible el hueso de la suerte, con las gotitas de agua estrellándosele encima, y él, con la cosa del riego, fue volviendo a empalmarse. Pero con agua sola no soy capaz de correrme, de modo que empecé a acariciarme, mientras él me regaba la mano, que era una sensación la mar de agradable. En un momento dado alargué la otra mano y él maniobró para situarse más cerca, y yo le agarré la polla para hacerle una paja. Pero no había forma, porque el dedo que tenía en el clítoris me acaparaba toda la atención, con la labor tan tiernecita que estaba haciendo, y no conseguía mantener los dos movimientos masturbatorios independientemente, uno con la izquierda y otro con la derecha, y con la polla me salían una especie de círculos más bien estrambóticos. Total, que le quité el mango de la ducha, le dije: «Cada cual a lo suyo», y le rocié la polla y el faldón de su camiseta de Danger Mouse, es decir de *mi* camiseta de Danger Mouse. Él empezó a meneársela sin perder un segundo, mirándome las piernas y la vulva desplegada. A mí me encantaba echarle agua, apuntándole al puño de la puñeta, me moría de gusto viéndolo todo mojado, y además el tío tenía una polla, no está bien que yo lo diga, pero tenía una polla terrorífica, un auténtico monstruo, y ya el mero alivio de no verme obligada a recibir semejante pieza casi me bastaba para centrifugarme del todo, por no decir que quedaba bastante más aceptable vista a través de las gotas. Lo malo era que también yo quería agua en mis cositas, es decir, quería regarlo a él pero

que el agua también me alcanzase a mí, y de pronto se me ocurrió lo más natural del mundo, acordándome de la domadora de elefantes cuando levantaba la rodilla, y, total, que alargué ambos brazos, lo atraje hacia mí por las caderas, hasta ponérmelo a caballo sobre la pierna izquierda, levanté la rodilla, y él me la apretó entre los muslos. Como la otra pierna la tenía completamente al bies, quedé lo que se dice de par en par, y, ahora, el agua que yo le echaba en la polla y en la mano le fluía por los muslos abajo, luego me bajaba por la pierna y al final acababa exactamente donde yo quería que acabase. Aquello era una gozada, y se lo dije, y entonces él, de pronto, empezó a meneársela a una velocidad increíble, que ni se veía, como una máquina de coser a toda pastilla, y le salió un chorreón de esperma en diagonal al círculo de agua de la ducha, de modo que tuvo que abrirse camino entre las gotas, haciéndose jirones, por decirlo de algún modo, mientras el hombre me presionaba la pierna, la suave pierna, con todas sus fuerzas, con aquellos muslos suyos tan bien cepilladitos por la ducha, mientras yo me ladeaba con mucha habilidad, para evitar que la combinación de agua y esperma escalfado fuera a caerme directamente dentro, y dar la lata, pero logrando que de todas formas sí me llegase. Luego, él volvió a apoderarse del mango de la ducha y, sin soltar la polla ni aflojar la presión en mi rodilla, me fue regando los muslos y la mano laboriosa, desde muy cerquita, hasta que cerré los ojos y me vine del todo, imaginando que tenía delante el público entero del circo. Estuvo muy bien, la verdad.

—¡Dios misericordioso, qué ataque de celos me está entrando!

—Pues que no te entre —dijo ella—. Creo que yo lo desilusioné a él cuando salí con lo de los hongos, y él desde luego me desilusionó a mí con el caprichito de la limpieza. Total, el caso es que lo que te acabo de contar guarda relación con la charla que ahora estamos manteniendo, porque ayer, cuando estaba en la ducha, a puntito de orgasmo...

—Con los tres pintores en la cabeza...

—No, *después* de los tres pintores, cuando ya estaba a punto de correrme, pensaba en aquella vez con Lawrence, como a veces me ocurre, que me acuerdo de cuando me pasaba las botellas de champú con una expresión la mar de seria, o de algún otro fragmento de la historia... Total, que ayer me acordé del Micrófono Biónico Transmisor que Lawrence me había descrito, y la emprendí con unos alaridos puro teatro, del tipo «sí, sí, más, métemela más, así, así, hasta el fondo, asiii», imaginándome que alguien hubiera colocado un Micrófono Biónico Transmisor en mi cuarto de baño y que unos tíos, no me importaba quiénes, al azar, fuesen por la autopista, buscando una emisora en la radio del coche, y de pronto les saliese yo, con esa exageración de alaridos en la ducha. Cuando ya vi que no tenía marcha atrás, que me venía, que me venía, me llené la boca de agua pensando en los tíos de la autopista oyéndolo, oyendo el ruido del agua al rebosarme de los labios y caerme por la barbilla, directa ahí abajo, que es lo que suelo hacer, y entonces se me escapó, porque eso sí que lo dije de veras, sin teatro ninguno, solté: «Venga, venga, gilipollas, quiero

que os corráis ahí mismo», confundiendo un poco las cosas, con la marcha que llevaba.

—Perfectamente comprensible. Y esta noche llamaste...

—Esta noche llamé, creo yo, por el mismo impulso, la idea de que cinco o seis hombres me estuviesen oyendo mientras me masturbaba, como si mi voz fuese una cosa, un cuerpo incorpóreo, por ahí afuera, y ellos, al gemir por su parte, al aportar sus propios gemidos, estarían como corriéndose dentro de mi voz. La idea me resultaba muy atrayente, pero luego, cuando de veras marqué el número, lo que resultó fue que los tíos eran más bien irritantes, o más bien pasivos, esperando que yo los divirtiera a ellos, o más bien inclinados a hacer preguntas de «cómo de grandes»... Total, que me quedé callada un rato, y entonces oí tu voz y me gustó.

—Gracias. Tú también la tienes muy bonita. Muy suave.

—Sí, es que ayer mismo le hice la cera. Oye, ¿qué te parece, no crees que ya deberíamos, bueno, no crees que ya deberíamos ir a por el orgasmo?

—Sí, sí, tienes toda la razón. ¿Estás desnuda?

—Un segundo. Ya. Ahora estoy oficialmente desnuda, menos el sujetador.

—¿Tienes las piernas separadas?

—Tengo los dedos de los pies apoyados en el borde de la mesa de centro.

—¿Te estás tocando el clítoris con la mano derecha?

—¡Serás impertinente! Pero bueno, sí, la respuesta es sí. De hecho, estoy presionándome el clítoris con los dos dedos índice, el de la mano derecha y el de la mano izquierda, uno a cada lado.

—Muy bien. Pues tú haces lo que quieras con tus dos dedos índice y mientras yo te cuento lo del aparato receptor que yo tengo. ¿Para qué sirve? No para escuchar, no para recoger sonidos de ningún tipo, sino simplemente para detectar la presencia de cualquier mujer inteligente que se esté refoscachando por los alrededores. Es parecido a un reloj de bolsillo de esos que se usaban antes, de oro, con tapa, pero cuando lo abres en lugar de la esfera lo que hay al fondo es un fluido misterioso, un fluido muy especial, que destella en diversos tonos de color cuando se cumplen las condiciones. No está muy claro el motivo de esta reacción, salvo, quizá, que una mujer masturbándose constituye un hecho tan importante en el universo físico, que tiene efecto en las relaciones elementales de la materia, y en el fluido del reloj hay unas tensiones que se desplazan lentamente en cierta dirección, como líneas de fuerza, y ello suministra una indicación de cuándo se aproximan las señales masturbatorias, aunque hagan falta años de práctica y, por supuesto, muchísimo talento innato, para aprender a leer el fluido correctamente. Se llama Detector Biónico Gustoso, ya te puedes figurar por qué. Bueno, pues una noche, a eso de las diez, voy por una autopista que pasa por cierta ciudad del este, en viaje de negocios, conduciendo un coche alquilado de tamaño medio, un Ford Topaz, con la radio puesta en una emisora de esas de éxitos de antaño, que ahora mismo está emitiendo *Ain't Nobody*. Voy concentrado en la conducción, pero, como de costumbre, llevo el

Detector Biónico Gustoso destapado, ahí en el asiento del pasajero. El fluido está oscuro, sin embargo. De pronto entro en una curva que atraviesa una zona residencial, con los edificios muy pegados a la carretera, por ambos lados, y echo un vistazo al asiento contiguo y, ¡cielos!, la señal es fortísima y se ajusta a unas pautas onduladas que nunca había visto antes. Total, que torciendo el cuello logro vislumbrar una ventana iluminada, y sé que tras ella estás tú arrancando, poniéndote en marcha. Mis años de práctica en la lectura de las pautas fluidas del reloj me indican que se trata de algo muy especial, que no puedo pasármelo de largo, de modo que doy un volantazo para meterme por la rampa de salida y trato de desandar el camino por unas calles estrechas, soltando una palabrota ante cada dirección prohibida que se me pone por delante. Al fin, cuando me hallo ante la puerta en que confluyen todas las Fuerzas Gustosas, aparco en un sitio de esos de multa segura, dejando puestas las luces de emergencia, y me meto en el portalillo. Hay una hilera de botones, cada uno con su nombre. Voy tanteándolos todos con el detector hasta que uno, el tercero empezando por abajo, hace que el Detector Biónico Gustoso se ponga a destellar en todos los colores posibles. Entonces me entra la duda, porque por una parte me consta que corro el riesgo de interrumpirte, y no es eso lo que pretendo, pero por otra también tengo claro, por las ondas de fuerza, que eso sería lo que tú quemas, si me conocieses: que te interrumpiera. La convicción de que esta última posibilidad tiene que ser la verdadera va creciendo en mi interior, y el dedo me tiembla frente a tu timbre, y surge una tremenda lucha interior entre la reticencia y la atracción, entre el temor a inspirarte temor y la certeza de que no voy a inspirarte temor, que vamos a gustarnos, que no tengo más que pulsar el timbre. Miro el Detector Gustoso y veo que estás a menos de cuatro minutos del orgasmo, suponiendo que sigas a ese ritmo, porque el caso es que vas a toda marcha, y los colores se oscurecen cada vez más, y yo estoy ahí trémulo, con la tiritona encima, pero al final algo me empuja y aprieto el timbre, *bzzzzt*. Tú estás en la cama y llevas una camisa azul de manga larga, de las de sacar por la cabeza, y pantalones negros, y zapatos de lona negra, pero tienes los pantalones en los tobillos, y con la mano izquierda sostienes un ejemplar de *Fórum* muy baqueteado. Lo que lees trata de una entrevista de trabajo en que la entrevistadora se la chupa al entrevistado, y estás en mitad de la acción cuando, *bzzzzt*, el timbre. ¿Quién será?

—Conque me subo los pantalones, me acerco al interfono y digo: «¿Sí?».

—Y yo contesto: Hola, me llamo Jim. Ya sé que es tarde, pero querría pedirle que me dejase hacer una llamada telefónica. Se me acaba de parar el motor del coche y tengo encendidas todas las luces de aviso del salpicadero. No me atrevo a seguir adelante, y el teléfono público de la esquina está averiado.

—Yo entonces te pregunto que por qué has llamado a mi piso.

—Y yo te explico: «Es que en los demás no contesta nadie. Hace usted muy bien en recelar, pero, mire, esta no es una situación normal, se trata de una urgencia, tengo que volver al hotel, tengo todo un día de citas de trabajo por delante, mañana, y si no

duermo un *mínimo* de siete horas y media luego no funciona. Así que, por favor, déjeme llamar desde su teléfono. Le aseguro que estoy bastante en mis cabales, y que soy pacífico, y que normalmente no haría una cosa como esta, que normalmente no me atrevería a invadir su intimidad, pero ya le digo que es una cuestión de vital importancia. *Se lo ruego*». Y tú, dejándote ganar por mi tono convincente, pulsas el botón de apertura.

—Bueno, no, primero vuelvo a apretar el interfono, para que me oigas, y grito al vacío de mi apartamento: «¡Jeff! ¿Me oyes? ¡Deja las pesas un momento! ¿Os importa a ti y a tu amigo el Quebrantahuesos que suba un señor a llamar por teléfono?». *Entonces* es cuando pulso la apertura del portal, sabiendo que puedo verte por la mirilla de la puerta y llamar a Bobby, el portero, en cuanto te note la más mínima pinta rara.

—Exacto. Yo subo al segundo y localizo tu puerta, y antes de ponerme delante compruebo el Sensitómetro Gustoso, según el cual tu excitación ha experimentado cierto descenso, aunque el brillo no ha llegado a desaparecer del todo. Llamo y me pongo a dar paseítos delante de la puerta, como quien está impaciente por hacer su llamada telefónica y largarse. Tú miras por la mirilla y ves un individuo de estatura media, con el pelo negro, no mal parecido, con un poco de cara de cansancio, dando paseítos delante de tu puerta y mirando su reloj de bolsillo. Me abres. Yo me presento y pido perdón por molestarte y te sonrío, e inmediatamente leo en tu cara lo lista y lo inteligente que eres, y me doy cuenta de que vamos a entendernos, y sé que el Sensitómetro Gustoso no me engaña. Lo malo es que he tenido que mentir para que me abrieras la puerta, y ahí está el problema.

—¡Desde luego, porque si llego a saberlo...!

—Se terminó, telón. Pero, total, me llevas al teléfono y yo me siento en el borde de una silla del comedor, y marco mi propio número y le cuento a mi contestador automático el asunto de los avisadores encendidos por todo el salpicadero, que acuda alguien a echarme una mano, que me den el número del radiotaxi, etcétera, y luego, de pronto, me paro en mitad de una frase, corto el teléfono y digo: «No me sale».

—¿Qué es lo que no te sale?

—«No me sale. No soy capaz de fingir». Y te confieso la mentira, que a mi coche no le pasa nada, que iba por la autopista y que mi Sensitómetro Gustoso, o Detector Gustoso, o como quiera que lo esté llamando, arrojó de pronto una lectura insólita, por no decir única... Total, que me saco el aparato del bolsillo y levanto la tapa finamente tallada para enseñártelo, y me pongo a explicarte que, esto, verás, lo que hace es, bueno, lo que hace es captar el flujo de tensión que se produce cuando una mujer inteligente sé, cómo te diría yo, se masturba. Y te enseño cómo brilla, haciéndote ver que las ondas fluyen en dirección a ti, y te digo: «Ahora han bajado un poco, pero no cabe duda de que siguen ahí, y la verdad es que tienen una pinta fantástica. Vamos a ver qué ocurre si hago lo que voy a hacer». Y me coloco a tu lado, poniéndote el Detector Gustoso a dos palmos de la punta de la nariz, para que

puedas verlo bien, y lo paso lentamente, primero por un pecho, luego por el otro, muy cerquita pero sin tocarte, y las curvas se empiezan a desplazar de un modo complicadísimo. Y te digo: «No obstante, como puede usted ver, aparecen otras lecturas, unas franjas de interferencia». De modo que me aproximo, con el aparato en alto, a la pared de tu vestíbulo, donde a través de la pintura se adivina una especie de estampa rural, y te digo: «Fíjese en las paredes, por ejemplo, qué curioso», sacudiendo la cabeza, como perplejo, y luego voy siguiendo las líneas de tensión hasta un cajón de la cocina que resulta estar repleto de cubiertos, qué cosa tan rara, y sigo hasta el cuarto de baño, contigo detrás, y meto medio cuerpo en la ducha, pasando el Detector Gustoso por la grifería, por el desagüe, por las botellas de champú, y vaya cambios de color y vaya convergencia de flujos sinodales, conque al final te digo, meneando la cabeza: «Qué bárbaro, nunca había visto una riqueza semejante». En seguida continúo, siguiendo las indicaciones de la tensión, que me llevan al dormitorio, contigo detrás, y digo: «¡Uau! Aquí sí que son altos los niveles de flujo», y paso el contador por la colcha de gusanillo y te comento: «Es evidente que los pies los ha tenido usted puestos aquí y aquí», señalando dos puntos de la cama bastante apartados el uno del otro, y me consta que todo lo que estoy haciendo es muy atrevido, que es verdaderamente imperdonable, pero, por una parte, en cierto modo, a ti te está picando la curiosidad, y, por otra parte, lo único que yo hago es poner de manifiesto determinados hechos. Y además estoy percibiendo que no te disgusta el cariz que van tomando las cosas, conque meto el Detector Gustoso bajo la almohada, y tras él una mano, y saco el ejemplar de *Fórum* hecho jirones, y me siento en la cama y me pongo a hojearlo lentamente, pasando el aparato por cada página, hasta llegar a una en concreto. Entonces, primero miro muy atentamente el sensitómetro y luego te lo coloco muy cerca del botón de los pantalones, y en seguida vuelta a mirar atentamente, hasta que al final levanto la cabeza, te tiendo la revista con una sonrisa, señalándote algo en la página abierta, y te digo: «Estaba usted leyendo este párrafo, concretamente esta frase, cuando yo llamé a su interfono».

—Y yo —dijo ella— cojo el *Fórum* y leo lo que me señalas, y has estado a punto de acertar, no es exactamente la frase, pero sí el párrafo en que estaba. Y me quedo sin saber qué hacer. Ya debería haber llamado a la comisaría más próxima, seguramente, porque sabes demasiadas cosas de mí, pero, por otra parte, ahí estás, y yo sigo con la punta de la barriguita bastante alterada, y a ti no te falta atractivo, por no hablar de ese intrigante reloj... Total, que acabo ofreciéndote... ¿Qué es lo que te ofrezco? Un vermú seco con hielo. Y tú aceptas.

—Acepto, tienes razón —dijo él—. Y ahora estoy sentado en un sillón, viéndote venir con las copas. Es un sillón bajo, lo cual me obliga a sentarme con las piernas muy separadas, pero sin malicia alguna por mi parte. En seguida hago como que limpio el polvo del sillón por la parte que me queda entre las piernas, para indicarte que puedes tomar asiento y recostarte contra mí, si te apetece, sin problemas. Y tú, en efecto, das media vuelta y te sientas, pero no te echas hacia atrás, sino hacia adelante.

Conque ahí tengo esa espalda tan cálida, cubierta por un blusón de color azul, delante de los ojos, un milagro de espalda. Bebo un sorbito de mi copa y la pongo sobre la mesa de centro, encima de una servilleta, para que no deje cerco, y me inclino para apagar la lámpara de sobremesa y que haya algo menos de luz, y cierro los ojos y te busco los hombros con las manos y tú me preguntas que de dónde he sacado el Detector Gustoso, y yo te describo el mostrador de porquerías donde lo encontré, en el rastro de Anaheim, ciento cuarenta dólares, sin manual de instrucciones, y te cuento cómo fui aprendiendo a manejarlo, y mientras te lo cuento estoy desplazando los pulgares, ligeramente arqueados, por entre tus omoplatos, para arriba y para abajo, que es lo máximo que me sale en cuanto masaje de espalda, porque la noción de algo llamado masaje de espalda es suficiente para dejarme la cabeza exhausta en un momento, y no soy capaz de llevar adelante nada relacionado con esa cosa, por muy interesados que estén mis dedos en tu espalda, y viceversa. Mis dedos, porque lo que a mí me interesa, si quieres que te diga la verdad, es tu sujetador, de modo que aflojo un poco la mano izquierda y dejo que se deslice por el centro de tu espalda, dejo que los dedos se deslicen muy ligeramente sobre la tela de tu camisa, hasta llegar al sitio donde se abrocha el sujetador, y con los ojos cerrados, y con tu trasero entre las piernas, calentito, pero todavía inocente, localizo al tacto las tres posiciones en que puede prenderse el pequeño cierre, y compruebo que lo tienes abrochado en la última, seguramente porque te ha encogido el sujetador al lavarlo, y con los dedos me pongo a seguir el borde del sujetador, por donde se curva hacia arriba, en dirección a los hombros, y siguiendo ese trazado subo hasta el centro y vuelvo a bajar, y otra vez al centro de la espalda. Es como ir por el puente de San Francisco. Luego sigo el contorno del borde inferior, en horizontal, pasando por debajo de tus brazos, justo hasta alcanzar la costura donde empieza la copa, y tú todo esto lo percibes tenuemente, porque es a través de la camisa y del sujetador, pero, eso sí, te has hecho más consciente de la forma que tiene tu sujetador, y yo la emprendo de nuevo con el cierre y efectúo el tradicional pellizco liberador, soltando los prendedores a través de la camisa, y el sujetador se separa por ambos lados, y ahora noto un carril central perfecto, sin interrupciones, y te pongo la palma de la mano izquierda entre los omoplatos, y luego la dejo caer, haciendo que se desplace la camisa, notando las arrugas que se forman a mi paso, y también los pequeños abultamientos de tu espina dorsal... ¡Qué espalda tan hermosa y tan tibia! Me apetece mucho sentir tu piel. Conque te pongo ambas manos en las caderas y meto el pulgar y el índice bajo el borde inferior de la camisa, mejor dicho, no: agarro la camisa por ambos lados y luego tiro, porque la llevabas metida en el pantalón, y así te la saco, y luego introduzco las manos bajo el faldón, y percibo el ligero movimiento de tu carne cuando mis dedos la tocan por primera vez, justo por encima de las caderas, y, retrocediendo, te recorro por dentro el elástico del pantalón, y noto el calor de tus nalgas, y en seguida pongo las manos planas contra tu espalda y las meto por debajo de la camisa, hacia arriba, ayayay, hasta arriba del todo, haciendo que los dedos

lleguen a asomar un poco por el cuello de la camisa, rozándote el pelo, antes de emprender la retirada. Es una camisa amplia, no te preocupes. ¿Voy demasiado deprisa para tu gusto?

—No, no, sigue, está muy bien.

—Me encanta recorrerte con las manos, por debajo de la camisa. Me encanta. Te deslizo las manos en torno al estómago, hasta que mis dedos se encuentran, y lo noto meterse, y luego te subo por las costillas, y cuando llego a las curvas donde te empiezan los pechos, los contorneo por fuera, y luego vuelvo por debajo al centro, para subir por la hondonada, rozándote solo con la yema de los dedos, hasta el esternón, qué nombre, empujando el sujetador ya suelto, y luego un poco más arriba, incluso, siguiendo la línea de la laringe, hasta donde te empieza el mentón, y tú echas la cabeza hacia atrás, tanto que me llega el olor de tu pelo, y luego desando el camino, evitando con mucho cuidado todo contacto con tus pechos.

—Y yo me pongo de pie —dijo ella—, me doy la vuelta para situarme de frente a ti, con las espinillas contra el asiento del sillón, y me desabrocho el pantalón.

—Yo entonces alargó la mano —dijo él— y empiezo a ocuparme de la cremallera, bajándotela poquito a poco, presionándote de paso el monte de Venus, no el clítoris, sino por encima, y metiendo los dedos por debajo del elástico hago que los pantalones superen las curvas de la cintura y del trasero, y cuando los tienes por las rodillas acabo de bajártelos con el pie, sujetándotelos en el suelo para que puedas salirte de ellos con facilidad, y por el olor me doy cuenta de lo húmeda que estás, y te deslizo las manos por las piernas arriba y paso los dedos por debajo del elástico de las braguitas, y las bajo un poco, y luego las voy enrollando hacia abajo con la palma de la mano, hasta dejarlas a tus pies, hechas un tirabuzón, para que también puedas quitártelas con toda facilidad...

—Y entonces —dijo ella—, tú te desabrochas el cinturón y el botón de arriba de los pantalones, y el chasquido de la hebilla es como un campanillazo anunciando que ahora las cosas van en serio. Y yo voy bajando la cremallera por sobre el empinado bulto de tu erección, y tú alzas el trasero para que te pueda quitar los pantalones, aunque no los calzoncillos, y luego yo deslizo una rodilla por el asiento del sillón, entre tus piernas, presionándote los huevos, y la otra pierna por fuera, hasta descargar todo mi peso en tu muslo, de modo que quedamos muy cerca, pero cara a cara.

—Y, al principio —dijo él—, yo siento la aspereza de tu pelo púbico en la pierna, como un rasguño, pero en seguida te noto abierta, percibo un óvalo de calor húmedo en el muslo, y bajo la cabeza para mirarte las piernas, dobladas hacia adentro, a horcajadas en mi muslo, y te las recorro con las manos, hasta volver a introducirme bajo la camisa, y luego sigo subiendo, pero esta vez me llevo la camisa hacia arriba, según voy ascendiendo con las manos, y mirando, mirando subir la camisa, con el dobladillo a la altura de mis muñecas, hasta que al llegar a los pechos levanto todavía un poco más la tela, y levanto también el sujetador, y, oh maravilla, aquí están los pezones, por fin, y tú miras mientras los saco a relucir, y yo miro el leve

desplazamiento de tus pechos en la respiración, y luego, de pronto, como si se me acabara de ocurrir, me enderezo y me paso la lengua por los labios y te beso, y con qué calor me recibe tu lengua.

—¡Huuuú!

—Y me inclino hacia adelante para alcanzarte uno de los pechos, y abro la boca, que ahora por fin se acuerda de cómo se besa, porque acaba de besarte, y exhalo el aliento sobre el pezón, y la camisa intenta tapanlo, y yo la alejo con la lengua y luego la mantengo aparte con una mano, y ahora tengo tu pecho enteramente rodeado entre las palmas de mis manos, y tú te lo notas sujeto, completamente a mi cargo, y yo con la punta de la lengua establezco contacto, mero contacto, con el pezón, que está casi plano, duro, y luego abro la boca, recogiendo la lengua hasta el fondo, y tú arqueas la espalda ligeramente, y mis labios toman contacto con tu pecho, circundándote el pezón, pero *sin* tocarlo, y yo succiono, siempre sin tocarlo, y tú sientes el tirón cuando empieza a metérseme en la boca, ablandándose incluso, o perdiendo definición, por causa del modo en que se ve arrastrado, ansioso de contacto directo, y entonces sientes que la punta de mi lengua primero toca la base del pezón y luego le pinta una raya vertical por encima, hacia atrás, hacia adelante, luego la lengua entera, más ancha, más gorda, te presiona el pezón, y luego mantengo inmóviles la boca y la lengua, dejándolas un poco flojas, y luego con las manos te voy moviendo el pecho entero, en círculos, sintiendo todo su tamaño en mis manos, así, mientras te succiono...

—Y yo te sujeto la cabeza mientras me estás succionando el pecho, y noto a través de tus mejillas los vaivenes que hace tu lengua para proporcionarme todo ese gusto. Estoy *mojadísima*.

—Sí, y yo endurezco el músculo de la pierna por donde tú presionas con la vulva, y noto que tu humedad resbala por mi carne, y levanto la cabeza, y vuelvo a besarte, y te deslizo las manos por las caderas, empujando hacia abajo, para aumentar la presión de tu entrepierna, y percibo los ligeros movimientos que hacen tus caderas para mejorar el ajuste y llevar al máximo la sensación.

—Y mientras nos besamos yo te echo mano hacia abajo y meto los dedos por un pernil del calzoncillo, y subo hasta alcanzar la polla y los huevos, y luego te agarro los huevos por un segundo, y luego te aprieto la cabeza de la polla en el hueco de la mano, tirando de ella hacia arriba y hacia abajo, sin dejar de presionar.

—Y tú notas que los labios se me ponen en forma de exclamación, *oh*, mientras nos besamos, por el placer que me está proporcionando tu mano, y, ayayay, me es indispensable lamerte el clítoris cuanto antes, porque noto que el esperma se me acumula dentro, con ganas de salir, conque intercambiamos posiciones, tú sentada en el sillón y yo arrodillado frente a ti en el suelo, y tú adelantas las caderas hasta situar el trasero justo al borde del asiento, y mirando hacia abajo te ves el pecho, el pelo púbico y las rodillas juntas, con mis manos encima, y ves la zona húmeda que tengo en el muslo, y luego te rodeo ambas piernas con una mano, sosteniéndolas juntas, y

me inclino hacia tu matorral y exhalo el aliento en lo poquito de él que tengo a la vista, y recorro con los dedos la larga zona de contacto entre ambas caras internas de tus muslos, hasta llegar a la rodilla, y luego te libero las piernas y ellas solas se separan un poco, y cuando mis manos empiezan a movérseles por dentro, con los dedos desplegados, se van apartando progresivamente, y acabas por levantar las rodillas y apuntalarlas en los brazos del sillón, de modo que ahora te me ofreces completamente abierta, aunque en la oscuridad tu matorral no se vislumbra del todo bien, y yo te miro a la cara, moviendo las rodillas para estar más cerca, tanto que podría deslizarte la polla dentro, si quisiera, y te toco los hombros con las manos y luego, sobre las yemas de los dedos, bajo hasta el pecho, hasta el estómago, hasta el pelo púbico, ligeramente, solo para sentirlo, y entonces te digo: «Voy a besarte ahí», y me despido rápidamente de los dos pezones, con la lengua, y voy trazando con el aliento todo el recorrido hacia abajo, y paso por encima de tu matorral, esta vez con la boca, y veo dónde se detiene el moreno del sol y dónde empieza el pelo, y sigo bajando, y tú tienes las piernas completamente separadas, y te beso la cara interna de una rodilla, y cruzo a la de enfrente, y subo, y vuelvo a bajar a la rodilla, y al final de cada beso hago un leve movimiento de avance con la lengua, un poquito, otro poquito, acercándome cada vez más al punto en que confluyen tus muslos. Y, por fin, vuelvo la cabeza y ya no hay nada que hacer, tengo la boca hundida en tu pelo púbico, y respiro a través de él, llenándolo de calor, y abro más la boca, y saco la lengua, y empiezo por abajo, y el revés de la lengua me presiona los dientes inferiores, y voy subiendo lentamente, hasta llegar al sitio en que la piel está más plegada, y localizo la hermosura del clítoris, y me muevo por encima de él con la lengua, y luego cuando lo tengo bien a tiro hundo la boca, haciendo una especie de nido y apartando todo el pelo púbico, de modo que mis labios te circundan por completo el clítoris, y te sostengo los muslos muy arriba, palpando la tensión de los músculos, para que seas consciente de lo abierta que estás, y succiono la piel de alrededor del clítoris, como hice con el pezón, para que lo sientas penetrar en la boca, y cuando lo estás sintiendo entra en acción la lengua, muy hacia arriba, cerca de la base del clítoris, donde se nota el comienzo de una amiguita, y empiezo a recorrerla, lentamente, una y otra vez, y tú notas la punta de la lengua desplazándose hacia donde mayor es la temperatura, y luego te alcanzo la parte más plena del clítoris, y tú levantas las caderas levemente para ajustarte a esa sensación, y yo te sujeto las nalgas con las manos y te empujo hacia mi boca, y me concentro en la lengua, moviendo la cabeza muy deprisa, muy deprisa, como si estuviera negando algo con mucha insistencia, cuando lo que hago es decirle que sí a tu clítoris con la lengua...

—Estoy a punto de correrme. Méteme la polla, quiero pensar en tu polla dentro de mí.

—¿Tienes las piernas separadas?

—Sí.

—¿Y llevas bien trabajado el clítoris? —Sí.

—Bueno, pues te paso la lengua por última vez por los labios de abajo, y luego me enderezo. Te sigo sujetando los cachetes del culo con las manos, y ahora estás enteramente visible, abierta a más no poder, húmeda hasta las entretelas, y yo me agarro la polla con una mano y la hago como vibrar en tu clítoris, y tú bajas las manos y te abres la vulva con los dedos, y en seguida yo empujo hacia adelante con la polla, notando lo caliente que estás, y me deslizo del todo hacia adentro, y luego hacia afuera, casi del todo, y otra vez hacia adentro, hasta lo hondo de esa hermosa nasturcia, y cada vez que me aparto veo tu mano afanándose en el clítoris, y vuelvo a deslizarme hasta tropezar contigo con el pubis, y veo que los pechos se te agitan cada vez que yo topo con ese límite, y jodemos, jodemos, jodemos...

—¡Oh!

—Y el dedo te revolotea por el clítoris, tienes la mano separada del cuerpo y el dedo trazando círculos, sin una pausa, y yo te sujeto las nalgas con ambas manos, para que sientas el tirón en el ano, y me meto y me extraigo de ti en largos movimientos, hasta el fondo, hacia afuera, hasta el fondo, y veo que las tetas se te mueven cada vez...

—¡Oh! ¡Oh!

—Y estoy empezando a correrme para ti, tengo la polla como un émbolo, dentro de ti...

—¡Oh! ¡Nnnnnnnn! ¡Nnn! ¡Nnn! ¡Nnn! ¡Nnn! ¡Nnn! ¡Nnn!

—¡Está saliendo! ¡No hay quien lo pare! ¡Ah! ¡Ah! Oooooo.

Hubo una pausa.

—Qué bárbaro —dijo él—. ¡Jo! ¿Estás ahí?

—Eso parece.

Él tragó saliva.

—Ha sido... ha sido... ¡Qué barbaridad! —dijo ella—. Deja que recupere el aliento. He visto el gran sello del Estado de Massachusetts mientras me venía.

—Te he oído correrte y correrte y correrte —dijo él.

—¡Uuuh! ¿Cuánto tiempo hemos estado hablando?

—Horas y horas.

—Horas y horas y más horas —dijo ella—. Tengo los labios agrietados. Demasiado morreo.

—¿Tienes dolorida la garganta?

—Y que lo digas. ¡Huú! Caray, *otra vez* voy a tener que llamar diciendo que estoy enferma. Voy a dormir el día entero, mmm, qué perspectiva tan deliciosa. El zumbido de la línea es muy alto ahora, ¿no? Hay que ver la compañía que hace. Siempre aumenta cuando las conversaciones están llegando a su fin.

—¡Oh, no! ¡No me digas que ya estamos en el final! —dijo él—. ¿No sería mejor que la charla se fuese perdiendo gradualmente, sin interrumpirse, como la música de que tú hablabas antes? No se me ocurre nada mejor en que invertir los ahorros de mi vida. Aunque tampoco es que yo sea un gran ahorrador.

—Pero en cambio eres un consumado telefonador.

—¡Anda que tú! ¡Lo digo en serio! Esta ha sido una de las charlas más agradables que he tenido en mi vida.

—No ha estado mal, no —dijo ella—. Aunque, no sé... ¿Crees que hemos agotado el tema del sexo?

—Ni por asomo. ¿Tú crees...?

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Tú crees que nuestras... que nuestros cables telefónicos volverán a cruzarse?

—No sé. No lo sé. ¿A ti qué te parece?

—Te puedo dar mi número —dijo él—. Bueno, si sigues queriéndolo. Pero no voy a pedirte el tuyo, así no te pongo en el brete de tener que negármelo. O también nos podemos encontrar aquí, si te parece mejor.

—¿Aquí, bajo las estrellas? No puedo permitírmelo. Dónde diablos habrá un lápiz. Aquí hay uno, con la punta bien gastadita. Dime tu número.

Él se lo dijo. Ella lo repitió.

—Llámame pronto —dijo él—. Mira, mejor, llámame dentro de unas horas, cuando salgas de la ducha con el último toque recién dado.

—Me conoces demasiado.

—Me gustas muchísimo.

—Me pregunto qué aspecto tendrás —dijo ella.

—Sorprendentemente normal. Puede que alguna vez llegues a comprobarlo.

—Es una posibilidad.

—Al principio no sabríamos dónde meternos, si nos encontrásemos cara a cara. Pero luego...

—Luego empezaríamos a masturbarnos como posesos —dijo ella—, para romper el hielo.

—Exacto. Espero que llames. Acuérdate de los pantis que tengo aquí sin abrir.

—¿Talla pequeña?

—Talla pequeña. Color verde helécho. Que Leona ponga manos a la obra y te deje las piernas bien depiladitas, porque allá voy yo. No. Pero llámame pronto. Pronto... Pronto... Pronto. Espero que lo hagas.

—Vale —dijo ella—; pero deja que me piense las cosas, deja que absorba todo esto tan raro.

—¿Qué tiene de raro?

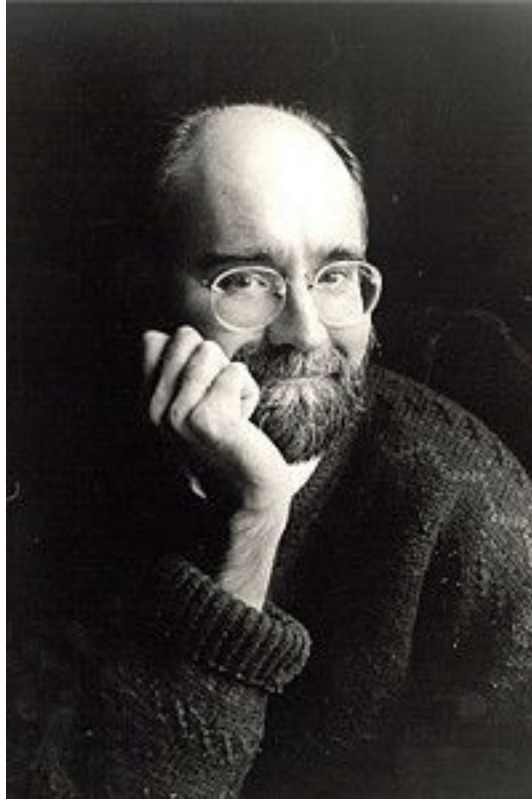
—Nada —dijo ella—. Supongo que nada. Pero ahora sí que voy a tener que colgar. Hay aquí un montón de toallas que meter en la lavadora.

—Ya me figuro. Vale. Gracias por marcar este número.

—Gracias *a ti*. Hasta luego, Jim.

—Hasta luego, Abby. Hasta luego.

Y colgaron.



NICHOLSON BAKER, nacido el 7 de enero de 1957, Nueva York es un ensayista y novelista norteamericano. Se licenció en Filosofía en el Haverford College y es profesor de Poesía en la European Graduate School (EGS). Publicó por primera vez en 1988 y es un activista en la protección y archivo de libros y periódicos. En el año 2001 ganó el National Book Critics Circle Award.

Ha escrito numerosas novelas, como *La entreplanta* (1990), *Vox* (1992), *La Fermata* (1994), *Checkpoint* (2004), *Humo humano* (2009), *El antólogo* (2010) y *La casa de los agujeros* (2012).